





ALVEAR

PRESIDENTE
DE LA
REPUBLICA
1922 - 1928



Pruebe el delicioso
CHAMPAGNE
TIRASSO
Es elaborado a fermentación natural como en las mejores bodegas de Europa, y compite con las marcas extranjeras más acreditadas.
CHAMPAGNE TIRASSO
DEMI SEC
CHAMPAGNE
Tirasso



Los TEATROS y la MÚSICA en BUENOS AIRES

«Buenos Aires Chic o París Reo», de don Ivo Pelay. — La compañía de comedias, sainetes y revistas Muiño-Alippi ha estrenado en el teatro Buenos Aires la «revista-parodia-lírico-fantástico-satírico-bailable» titulada «Buenos Aires Chic o París Reo», firmada por don Ivo Pelay, bien que se dice que en ella ha colaborado un conocido autor. Desde su presentación ha recogido un éxito tan extraordinario, que ofreciéndose tres y cuatro veces por día, llega a estas fechas a más de la centésima ejecución. Parecería, en consecuencia, que se tratara de una composición de mérito excepcional, o por lo menos de una pieza de gran espectáculo, construída con elementos superiores, puesto que el público le concede la atención y el interés que suscita aquel éxito; pero necesario es dejar constancia, para los que pudieran guiarse al atribuir excelencias por el número de representaciones, de que la gran masa de espectadores en Buenos Aires demuestra en estos últimos años una preferencia marcadísima por las obras que no dejan en el espíritu impresión de ninguna clase, buena ni mala, agradable o penosa; revela una inclinación sorprendente por las composiciones teatrales carentes en absoluto de toda emoción estética.

La revista-parodia intenta imitar las escenas de otro espectáculo que tuvo hace poco favorable acogida, y el episodio más interesante o gracioso es, en efecto, el comentario que uno de los directores de la compañía hace, en versos ingeniosos y con agudezas felices, acerca de la actuación y el éxito de aquellos artistas extranjeros. Pero al imitar vagamente el género no se ha tratado de realizar lo que constituía el verdadero mérito de las representaciones, con la armonización de luces y colores en cuadros de composición pictórica, sino más bien se remeda la prosecución inconexa de las escenas, en una serie de incidentes que exhiben un baile de los bajos fondos parisienses, una inundación en los barrios apartados de Buenos Aires y tipos caricaturales de nuestro pueblo.

La obra no es, pues, de las que pueden dejar un recuerdo siquiera ligero de la vida metropolitana o del momento social. Simple arreglo de escenas de farsa, sólo sirve para el pasajero entretenimiento del espectador, sin intención de conmoverlo o de proporcionarle impresiones duraderas.

Se destacan en su realización las señoras Cornaro y Bessé, y los señores Muiño y Alippi. No denotan mucho buen gusto las decoraciones y los trajes.

«El Café del Marsellés», de don Francisco Collazo. — Ya es cuestión averiguada que no puede escribirse drama o comedia en que no se ponga en escena un cabaret o un café-concierto. No se oculta en los títulos la aparición de semejantes cuadros, antes bien se los anuncia especialmente, como si se quisiera ofrecer al público, más el espectáculo de los números de variedades que se estilan en tales sitios, que una acción propiamente desarrollada. En este género, el teatro Apolo, con la compañía de don César Ratti, se ha distinguido sobremanera, halagando el mal gusto general con una serie de piezas más que mediocres.

Después del formidable éxito conseguido con «El bailarín del cabaret», de don Manuel Romero, que ya se acerca a la cuadragentésima representación, se ha estrenado «El Café del Marsellés», de don Francisco Collazo, cuyo argumento, como lo demuestra el título, sólo es el pretexto para enseñarnos una de esas tabernas de ínfima categoría donde marineros y gentes de mal vivir se embriagan abyectamente. Cierto negociante sin escrúpulos provoca la caída de una muchacha honrada por simple espíritu de lucro, e Isabel, la hermana de la pobre perdida, jura vengarla. Para ello, sin ser reconocida por el criminal, desempeña en el Cafe del Marsellés el oficio de camarera. Allí la encuentra un antiguo enamorado, que se ofrece a salvarla de esa vida. El Marsellés, a quien marea con halagos de novia, es el consabido tratante en blancas, y cuando el galán, provocado por el dueño del negocio, se traba en lucha, Isabel descubre su odio al patrón, se precipita en defensa del otro y con un hierro candente marca al infame en la frente.

Bien se advierte así que la acción no sirve más que para la presentación de los diversos tipos del café de la Boca, que, lamentables o ridículos, entristecen o hacen reir. La camarera española, cínica y desvergonzada ante los hipos de los marineros cosmopolitas que forman la clientela del establecimiento; el borracho pendenciero al que el patrón arroja a la calle a empellones; el eterno zapateador norteamericano; la cantora de canciones seudocriollas que recibe impávida en el pequeño tablado los dicharachos de la alegre gente de mar; dos personajes completamente imaginarios que ocupan la atención del público durante más de la mitad del acto con excesivas payasadas, y el inverosímil espectáculo de uno de los clientes — el enamorado de Isabel — que canta un tango para solaz y diversión de los concurrentes: tales son los modelos de seres humanos que aparecen en el cuadro, fuera — claro está — de la joven terrible y del no menos atroz Marsellés.

La decidida predilección del público por las piezas que ocurren en cabarets o en sitios en que se finge una representación dentro de otra, provienen, sin duda ninguna, de la falta de interés de la acción, substituída por las canciones, los bailes y hasta los ejercicios acrobáticos. El recurso, como medio artístico de atraer la atención del espectador, no es de buena ley; denota más bien la falta de ingenio dramático y la pobreza de imaginación, pues que para el caso se confía el éxito a las dotes de parodistas y cancioneros y no a la obra misma.

En la interpretación de «El Café del Marsellés» sobresalen las señoras Martínez, Cordero y García y los señores Corsini, Mariño y Dorrego.

«Milonguita», de don Samuel Linnig. — Después de haber luchado casi con denuedo para apartar su teatro de la común declinación que lleva los espectáculos a las escenas de cabarets, el joven y laborioso empresario y director del teatro Nacional, D. P. E. Carcavallo, ha tenido que poner de nuevo en las tablas los cuadros de cafés cantantes, estrenando la pieza «Milonguita», de don Samuel Linnig.

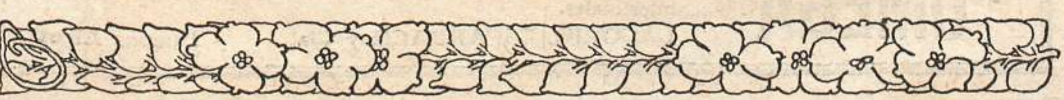
En un barrio obrero viven con su padre dos muchachas, Esther y María Angélica, sosteniéndose con su trabajo. En la misma casa tiene también su consultorio de adivina la «madre Gualicho», zurcidora de voluntades más que echadora de cartas, que con sus manejos ayuda a Carlos en la empresa de seducir a Esther. La acción comienza con una larga escena en que el ex fotógrafo Urruchúa, que tiene la manía de lamerse la mano, quiere significar su amor a María Angélica, y la Gualicho le hace un horóscopo de chunga con la baraja. La pobre Esther está triste; hace una semana que no ve a Carlos, y su júbilo no tiene límites cuando la adivina le entrega una carta del galán, en que le anuncia su visita. Llega éste luego, en efecto, con varios amigos y mujeres de vida airada, que después de permitirse diversas cuchufletas con el fotógrafo, van a presenciar el gran juego de cartomancia de la Gualicho. Quedan solos Carlos y Esther, y aquél le exige a la joven que lo siga, amenazándola con abandonarla para siempre si no le obedece. Dominada por el amor, Esther promete ir al anochecer a encontrarlo, y satisfecho el otro se retira con sus compañeros al consultorio de la adivina. Esther monologa con su muñeca, le cuenta su dicha, le predice días felices, y ensimismada, no advierte la presencia de Nicanor. Este es un buen muchacho, compañero de Carlos, que sin duda quiere de veras a Esther, aunque la pieza no explica el por qué de su venida; toma de manos de la joven la muñeca y a su vez le habla; ella será feliz los primeros tiempos, tendrá joyas y dinero, se divertirá en las fiestas y paseos, pero un día amanecerá en el cajón de los desperdicios, tirada como cosa inservible... Casi contestándose a sí propia, Esther dice en alta voz que irá, suceda lo que quiera, y Nicanor comprende que ya es inútil todo, reprimiendo un sollozo. La joven asombrada ve la emoción de Nicanor y le pregunta la razón de ella, pero él lanza una carcajada contestándole que no es posible que el loco Nicanor haya llorado nunca; más sorprendida todavía, Esther le pide que no se ría, y sin poderse contener quiere taparle con la mano la boca, en el momento que vuelve Carlos y los encuentra así unidos. Es imposible no creer en una traición, y Carlos fuera de sí quiere saberlo; Esther lo niega, y los demás, que acuden a las voces, oyen que Carlos increpa a Nicanor haberle tratado de arrebatar su mujer, y escuchan estupefactos que Nicanor le contesta que puede llevársela puesto que es suya. La Gualicho recuerda, ante la hilaridad de todos, que las cartas ya dijeron que Nicanor estaba condenado por el destino a recoger lo que los otros abandonan. Todos se marchan dejando a Esther sola que, llorando, envuelve su muñeca; pero entra Carlos, le arranca de las manos la muñeca y la arroja al suelo, y tomando a la joven por la cintura la arrastra a la calle. Nicanor sale también, y al ver la muñeca la recoge, la envuelve en un papel y se la lleva tristemente.

El segundo cuadro es el infaltable y eterno cabaret. Una sociedad de borrachos y de cortesanas baila tangos y shimmies, dos bailarines acróbatas danzan diversos pasos internacionales; el ex fotógrafo Urruchúa, que ya se ha olvidado de lamerse la mano, es uno de los camareros, y el otro es un andaluz jugador de quinielas. Los incidentes y episodios de estos dos personajes son tan interminables como inútiles para el desarrollo de la acción. Allí está también Nicanor, y según es natural, allí va igualmente Carlos; pero va con María Angélica. Carlos ya ha abandonado a Esther por su hermana, y se entrega a la bebida con una dedicación devota. Como es claro, entra muy luego Esther, y Carlos, borracho, quiere obligarla a bailar; en su defensa sale Nicanor, y los dos galanes van a trabarse en pugilato si no intervinieran los circunstantes, que echan a Carlos. El «maitre» del cabaret significa a Esther que no debe frecuentar la casa, y como ésta ha vendido su tapado, se echa a llorar de frío. Nicanor se le acerca, la envuelve como a la muñeca en su gabán y se la lleva, como a la muñeca.

En medio de toda la falsedad de la comedia, hay un personaje interesante: el de Nicanor, que bien tratado y caracterizado habría sido, indudablemente, un tipo de gran relieve teatral. La creación de ese tipo revela en el señor Linnig un talento que no se encuentra en sus colegas.

Las señoras Poli y Borda y los señores Passano, Lusiardo y Otal demostraron cualidades excelentes en la interpretación.

José Ojeda.





Concurrentes al baile organizado por la Sociedad «Atletas Torniquete» en el salón del Club Español.

¿POR QUÉ SE VE EL FOGONAZO DE UN CAÑÓN ANTES DE OIR EL ESTAMPIDO?

Al disparar el cañón se produce en el mismo instante la luz, o sea el fogonazo, y el sonido o estampido. La luz es una onda que se mueve en algo que se halla en todas partes y que llamamos éter; y el sonido es otra onda que se mueve en el aire.

Como todas las ondas, ya en el agua o en el éter, éstas necesitan algún tiempo para recorrer su camino. Pero las ondas sonoras viajan muy lentamente, si las comparamos con las luminosas. El sonido se mueve solamente a la velocidad de 340 metros por segundo, en tanto que la luz recorre más de 300.000 kilómetros en el mismo tiempo. Si estuviéramos muy cerca del cañón, oiríamos el estampido y veríamos el fogonazo casi tan juntos que no podríamos decir cuál de los dos fué primero; pero cuanto más lejos nos hallemos, tanto mayor será la diferencia de tiempo entre ambos, ya que la luz nos llega con extrema rapidez y el sonido avanza lentamente. Y si observamos con mucha atención vemos el fogonazo una pequeñísima fracción de segundo después de haberse producido; pero la onda sonora tardará en llegar a nuestros oídos mayor o menor número de segundos según la distancia a que nos encontremos. Si asistimos de lejos a una partida de pelota, observaremos una cosa parecida: veremos que cuando la pala o la cesta lanzan la pelota, el ruido que produce no se oye en aquel momento sino algo después.

La luz recorre en unos ocho minutos la distancia que hay del sol a la tierra, y desde la estrella más próxima hasta nuestro planeta tarda unos cuatro años. No nos llega jamás sonido proveniente de la luna, del sol o de las estrellas, porque no hay entre ellos y la tierra aire que pueda servir de conductor.


No se apene
ni permita que su espí-
ritu decaiga.
Recuerde que la ancianidad no significa decrepitud ni mucho menos. Que la juventud puede ser patrimonio del anciano, aun cuando esta afirmación parezca un contrasentido. Todo depende de que se haya sabido conservar el cuerpo sano y vigoroso, a pesar de los años que pasan.
IPERBIOTINA
MALESCI
es el gran tónico de la sangre y de los nervios, que prolonga la juventud, que hace hombres fuertes y vigorosos, que conserva las energías físicas y mentales hasta edad avanzada.
Empiece hoy mismo su tratamiento.
VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:
M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires



PÉREZ POÉTICO

(EN COLABORACIÓN CON VARIOS AUTORES)

Se empeña Pérez en cantarlo todo
y Pérez canta del siguiente modo:

La testa reclinas
con aire cansado.
Me dejas pasmado,
solemne Salinas.
¡Figura graciosa!
¡Figura hechicera,
como una vaquera
de la Finojosa!
PÉREZ Y EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
Los Ugartes ¿dónde están?
Y a los Crotto ¿en qué rincón
los metieron?
PÉREZ Y JORGE MANRIQUE.

Rodríguez a Torello da un abrazo
y le dice con voz desgarradora:
— Acepté el ministerio a corto plazo,
y de mí mismo ya me corro agora.
PÉREZ Y GARCILASO DE LA VEGA.

Ojos de Gómez, de malicia llenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.
PÉREZ Y GUTIERRE DE CETINA.

¡Qué descansada vida
la de aquel que, discreto y comedido,
llega a la apetecida
silla en la que han dormido
los mil Barnetche *que en el mundo han sido.*
PÉREZ Y FRAY LUIS DE LEÓN.

— Quizás Alvear me mande
a Europa, conociendo mi destreza —
divaga Pueyrredón. — *¡Lástima grande*
que no sea verdad tanta belleza.
PÉREZ Y ARGENSOLA.

Hipólito se pasea
lentamente y en silencio,
y pensando en ciertos hombres
dice para su coleto:
— Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.
PÉREZ Y LOPE DE VEGA.

El fuerte Eudoro desarruga el ceño
y pregunta risueño:
— *¿Por qué mi musa, descompuesta y bronca,*
despierta nadie *del antiguo sueño*
en cuyos brazos descuidada ronca?
PÉREZ Y QUEVEDO.

Como un banquero inglés le ofrece plata,
Salaberry, aunque trata
de contenerse, grita: — ¡Al fin respiro!
Inglés te aborrecí, héroe te admiro.
PÉREZ Y QUINTANA.

— ¿Me conoces? Lo dudo.
Mas, no importa, he venido a saludarte.
Para y óyeme, Alvear. *Yo te saludo*
y, extático ante ti, me atrevo a hablarte.
PÉREZ Y ESPRONCEDA.

— *¡Hola, hidalgos y escuderos*
de mi alcurnia y mi blasón!
¡Hola!... ¡Teléfono infame!
¡Señorita, por favor!
PÉREZ Y EL DUQUE DE RIVAS.

Elpidio vocifera de repente:
— ¡Oh Moreno! ¡Oh Zurueta!
El porvenir, señores, os inquieta,
sin que más esperanza os alimente
que ir contando las horas tristemente.
PÉREZ Y ZORRILLA.

Los unos más vivos,
los otros más torpes,
sin gran disimulo
se apartan del Hombre.
¿Marcelo?, preguntan.
Marcelo, responden.
Y en pos de Marcelo
se marchan, veloces.
¡Dios mío, qué solo
se queda Irigoyen!
PÉREZ Y BÉCQUER.

— *La Noche Buena se viene,*
la Noche Buena se va —
gimen algunos ministros.
y añaden con gravedad:
— *Y nosotros nos iremos*
y no volveremos más.
PÉREZ Y P. A. DE ALARCÓN.

DIBUJO DE MACAYA.

LUIS GARCÍA.


A Toda Edad
PATE PECTORALE
A L'
IODEINE MONTAGU
MONTAGU
ARGENTINE
Que hacer para no toser?
Tener siempre a mano una caja de
Pastillas Iodeina Montagu
y tan pronto sienta Vd. la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjele derretir.
A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeina (*producto descubierto por Montagu*), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.
De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeina Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.
Las pastillas Iodeina Montagu es remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuburculosis, etc., etc.
Montagu - 49, Bd. de Port Royal - Paris
DEPOSITO GENERAL:
Farmacia Franco-Inglesa
LA MAYOR DEL MUNDO
Sarmiento y Florida — Buenos Aires
YACO

De isla Maciel



Los calcisanos (de Pisa, Toscana) residentes en Buenos Aires que festejaron la tradicional fiesta de su pueblo con una excursión a la pintoresca isla Maciel.

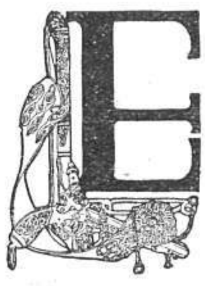


LOS FANTASMAS

por

SANTIAGO MACIEL

(Del libro "Estirpe Brava", recientemente aparecido.)



En esto de las aparisiones, hay que destinguir — dijo el viejo Quilques, persignándose, — porque no siempre son ánimas en pena las que a uno se le ponen por delante. Mandinga también sabe haser de las suyas, y más de un pantasma no es otra cosa que el diablo disfrasao...

— Por lo que se ve — interrumpió el comisario, que con el juez de paz formaba auditorio permanente del viejo, — usté, amigaso, es catedrático en la cencia del otro mundo...

— Crea que sería un güen comisario del purgatorio, porque parese que por aquellos pagos el gobierno es más delicao qui aquí en la elesión de las autoridades. Yo tengo alguna confiansa en el Padre Eterno...

La última frase produjo hilaridad general, un poco inconveniente, como es costumbre entre los paisanos, cuando se disponen a no tomar en serio las autoalabanzas.

El viejo, habituado a las imprudencias de la gente ignorante, no se dió por ofendido sin embargo, limitándose su protesta a un encogimiento de hombros, mientras se acariciaba, resignado, la rala barbilla, por entre cuyos pelos grises asomaban las arrugas, a manera de escuetas ramazones.

Luego, reanudando su cuento, dijo:

— Ustedes no lo quedrán creer, porque la verdá no es pa tuitos, como susede con la bota e potro y las medias e seda, pero yo me he encontrao frente a frente con las ánimas y el diablo, en muchas ocasiones.

— ¿Y no le tembló la osamenta? — interrogó el comisario, sonriendo.

— Mentiría si dijese que en esos transes no hise juersa pa mantener firme el esqueleto, pero mi voluntá es como freno mulero pa los sustos. El miedo me corcovea adentro con ganas de disparar, pero el hombre de coraje sabe pegar un sofrenaso a los nervios y el güeserio y los hace sentar arrosinaos.

— Oigalé el crudo — dijo el pulpero, — nunca se vido en el mundo un domador del miedo tan superior como éste; al menos, naide ha pintao el cuadro tan lindamente, dispués de pasao el peligro.

— Ya dije qui hay hombres duros, como piedra, pa la fe, pero a esos los engaña cualquier sonso un poco ladino. Digo esto, porque parese — si no me engaño — que están dudando de mi palabra.

— ¿Quién va a dudar, amigo Quilques? — contestó el juez, tratando de poner cara seria. — Naide que conozca su heroísmo puede hacerle tan grande ofensa.

— De juro — agregó un paisano, — ¿cómo vamos a extrañar que se le haiga presentao el diablo pa tentarlo? Eso pasa siempre con el que vale algo, porque a los rejugaos hasta mandinga los despresea...

— Muchas grasias — respondió Quilques, satisfecho por el elogio, — y aura verán — agregó — un caso que me pasó con el condenao de las uñas largas.

Yo andaba hasiendo vida de matrero, en mi mesmo campo, pa no servir a naide en la guerra, porque entonses era rico estansiero, y tuitos los días, al escureser, salía con mucho tiento del monte, que era muy espeso, a buscar la comida. Una noche — nunca me olvidaré — en que ya iba a degollar una oveja gorda que había tráido, sentí un ruido como de ramas movidas por el viento. Al prensipio creí que era un puma o algún gato montés que venía refalándose por las hojarascas y charamuscas pa haserme compañía, a ver si podía merendar antes o dispués que yo, pero por más que miré y revisé no vide nada entre los árboles.

Güeno — dije pa mí, — es el óido que me ha engañao o los quebrachos que están conversando, como suelen haserlo cuando creen que están solos, y me agaché pa seguir mi trabajo. Otra güelta el ruido, más juerte y más serca, me hiso enderesar el cuerpo. Miré de nuevo, con más cuidao, y nada tampoco. Yo, que ya había estao juntando rabia, no pude aguantarme más, y grité:

«Aunque sea el mesmo diablo, queda convidao al banquete.»

¡Ave María purísima! ¿Pa qué me metí a nombrarlo? Ahí no más, recostao a un tembetari, estaba un hombre armao hasta los dientes. Paresía que había salido del mesmo tronco o que se había descolgao del ramaje como un macaco.

Yo me quedé como muerto de asombrao que estaba. Se me ñublaron los ojos en un redepente y se me aflojaron las piernas, como pa cairme, sintiendo un dolor en los garrones como si me hubieran desjarretao. ¡Canejo! Yo no soy maula, como ya lo tengo probao en sien ocasiones, pero esa ves tuve que haser juersa pa volver en mí y mantener firmes los caracuses...

— Es claro — interrumpió el juez de paz; — un hombre puede ser guapo con un hombre que lo ataca o con mil hombres, si llega el caso, pero con un fantasma no hay coraje que valga, ni cuerpo que se resista.

— Ansina es, amigaso. Pero hay que haser la pata ancha, como disen, y yo la hise. Me aserqué tuito lo que pude al hombre, que sin hablar me miraba con ojos que echaban chispas, de enojao de juro, y cuál no sería mi sorpresa al ver que el maldito tenía la mesma cara del comisario del pago, el que me andaba rondiando hasia más de mes pa prenderme...

— ¿Qué quiere aquí? — le pregunté, desenvainando el puñal y poniendomé en guardia, por si el bárbaro se atrevía a atacarme, porque hay gente loca que no respeta ni a los hombres templaos, curaos en el peligro de tuita la vida...

El no contestó ni palabra, ni se movió siquiera, como si lo hubieran atao al árbol.

Entonses ya no pude aguantarme más y lo atropellé, sin miramiento. Como si se hubiese evaporao, el hombre desaparesió de golpe; lo mesmo que si se lo hubiese tragao la tierra.

—Güeno—me dije al ratito,—estoy viendo visiones. —Y me puse otra güelta a carniar. Apenas me agaché, sas, otra ves aparesió el pantasma. Era demasiao, ¿verdá? La rabia me puso siego y, echándome con tuito el cuerpo sobre él, le clavé el puñal en el pecho.

Ansina me paresió, pero... dispués vide con espanto que el fierro estaba encajao en el tronco, simbriando entuavía del envión que le había dao.

En seguidita oí una carcajada que m'hiso parar los pelos de punta, porque me sonó adentro, lo mesmo que si yo me la hubiese tragao.

— ¡Crus diablo! — grité, echando espuma por la boca, y al nombrar la crus, el árbol se quebró en dos pedasos, saliendo del tronco, serca e la raíses, una lluvia de chispas verdes y coloradas, que paresía de juegos artificiales en un festejo de día patrio.

Comprendí, dispués de tanto afán, que era mandinga en persona que se estaba burlando de mí, y que se me había aparesido a ver si me hasía recular de miedo... pero se chasquió de lo lindo. Entuavía quedan algunos hombres capases de peliar con los bandidos de este mundo y del otro también...

— Lo que hay es — arguyó el comisario, como siempre incrédulo — que la oveja era el produto de un abigeato, y los remordimientos, en ocasiones, le hacen ver a uno cosas de sueño. Esto lo digo sin querer poner en duda su guapesa, que eso ya no se discute, sino con el intento de aclarar ese caso tan estraordinario.

— En eso de los remordimientos — contestó el viejo sin inmutarse — puede que usté carcule por lo que le habrá pasao, pero, al empesar m'historia hise la salvedá de que yo matreriaba en el monte de mi propio campo, y que, por lo tanto, los animales eran míos y con mi marca. Pal diablo — tuitos lo saben y usté el primero — no hay derecho, y no sabe reconoser la propiedá de naide, como si juera autoridá en tiempo e guerra... y en tiempo e paz, tamién. Ansina, pues, grasias a mi resolusión de nombrar la crus pude carniar a mi gusto y comerme un güen churrasco sin tener convidaos a la sena.

———

— Ta bien — dijo el juez, después que amainaron las risas y los comentarios, — ese ha sido un suceso presentao por usté pa probar que mandinga quiso hacerle creer que era ánima en pena...

— A mí me han contao — interrumpió el viejo Quilques — que cuando uno duerme el alma se va a calaveriar por áhi, aprovechándose de que el cuerpo no puede sujetarla, y vaya usté a saber si a la cuenta, lo que a mí se me aparesió era la del comisario, que por no desmentir la profesión y las costumbres de su dueño le dió por incomodarme tuita la noche, de mano dada con Lusifer...

— Y aura — prosiguió — verán otro caso que les voy a contar, de un ánima en pena medio endiablada, que de juro se había escapao del purgatorio, porque Satanás la iba persiguiendo, pisándole los talones...

Digo que voy a contar, si no están aburridos...

— ¡Qué vamos a estar! — dijeron en coro los circunstantes. — Como sabemos que hasta la mentira en su boca se cambea en verdá, no somos duros pa la fe, como usté dice con tuita rasón y juicio...

— Grasias, compañeros, por el honor que me hasen.

— Usté se lo ha ganao — agregó el juez sentenciosamente, — porque su conduta ha sido siempre correta.

El viejo inclinó la cabeza, como abrumado por tantos elogios, mientras los paisanos sonreían al observar sus manifestaciones de modestia.

— Sigo la historia, pues — dijo Quilques, reaccionando.

Una noche, tan escura que ni las manos podía verme, volvía yo de mi querensia, dispués de haber estao ausente largo tiempo. Al dar güelta el camino me topé con el viejo camposanto e la cuchilla; ya naide enterraba los dijuntos en él, porque, a disir verdá, estaba demasiao alto, y el viento que se encajonaba entre los pedregales voltiaba las cruses y escarvaba la tierra, hasiendo remolinos terribles, pero entuavía se veían algunas cruses medio deshechas. Yo, al darme cuenta del lugar en que me encontraba, me persiné y le serré piernas al pingo, pa pasar ligero, pero no contaba con la mala intensión de algunas ánimas de hombres que jueron criminales en vida. Vi como un viboriar de llama verdosa que se arrastraba por el suelo y se entreveraba con los pastos. En seguidita la víbora de juego se arrolló formando un globo que subía y bajaba, como si juera una pelota ensendida. ¡Dios bendito! En un dos por tres el globo hiso un gambeteo y se me vino ensima. Yo le amagué un rebencaso, y muy tranquilamente, por burlarse de mí, se me plantó en l'anca del caballo, que empesó a pararse de manos, asustao, queriéndosemé disparar campo ajuera. Pero no era eso tuito. Detrás de la lus aparesió un endivido peludo como un chivo, con unos cuernos largos y puntiagudos, echando chispas por ojos y narises, con una espesie de lansa ganchuda en la mano.

— ¿Y vió tuito eso con la noche tan escura? — interrumpió el juez, dejándose llevar de su espíritu investigador. — Hay que convenir en que la vista, amigo Quilques, no se le enturbió por la sorpresa.

— Usté, amigo — replicó impasible el viejo, — tiene muy mala memoria, y si se olvida de los argumentos qui hasen los litigantes con tanta fasilidá, ¡cómo quedará de amolada la justisia! Ya les conté que el ánima en pena era una llama viva y que el bicho fiero que la perseguía lansaba lumbre por tuitos los aujeros.

— Tiene rasón — articuló el juez; — no había considerao que con semejantes candiles la escuridá de la noche no podía ser tan espesa...

— Güeno — continuó el viejo, gozoso por el golpe que había asestado a su eterno contrincante, — ansina las cosas, con el caballo alborotao y hecho un loro, no tuve más remedio qui haser frente a la situasión. Bien comprendí lo que susedía. Aquella ánima, de juro, se había escapao del puchero de pes ardiendo, como gallina que cae, sin querer, en el tacho de agua caliente, y el diablo que la vido juir corrió en su persecusión a ver si la pinchaba con el tenedor y la largaba otra ves en la caserola.

Yo no esperé más. Como pude, desprendí el laso, lo armé en un santiamén y se lo largué al diablo por la cabesa. El se agachó, pero no le valieron mañas. El caballo, como si no esperara más que eso, pegó el arrancón, y el diablo, agarrao por los cuernos, cayó dando un chillido tan largo y juerte que no paresía sino que tenía un pito de vigilante en la boca. Lo arrastré como dos cuadras, y cuando carculé que ya estaría muerto me abajé del caballo y juí a ver qué había susedido. Me quedé frío al encontrar que lo que tenía agarrao era un matorral de chilcas. ¡Si es al cuete! Con el demonio no puede ningún cristiano.

— Y el ánima en pena, ¿qué jué de ella? — preguntó el comisario con un poco de emoción. — ¡Se habrá quedao loca de contenta!...

— Loca no más, comisario. Usté ha asertao lindamente. ¡La hubiera visto cómo se puso! Bailaba, corría, se paraba, saltaba y creo que hasta me dió las grasias, hasiendo un arco, como se tuerse el cuerpo pa adelante pa saludar a una persona que nos ha hecho un gran servisio...

———

— ¡Lindo cuento y muy bien arreglao! — expresó el comisario, interpretando el sentimiento de todos los presentes.

— Sépanse — contestó al punto el viejo Quilques,

— porque hay que dejar las cosas en su lugar, que yo no he arreglao nada, porque lo que he narrao no es invensión mía, sino un hecho rial y verdadero, aunque a mí no me importa que haiga alguno que resele...

—No, esa no ha sido mi intensión, cumpa. Dije que estaba bien arreglao por desir que estaba bien contao.

—Eso es otra cosa, y retiro mis palabras, si en algo lo han ofendido.

—Pa acabar — siguió el viejo — les voy a relatar lo que me pasó una ocasión en casa de mi compadre Cosme Gonsales, dueño de la pulpería de Barriga Negra. Ustedes saben que estas aparisiones del otro mundo sólo se ven de noche, porque parese que las ánimas le juyen a la luz. Son tuitas enemigas del sol.

Güeno; jué una noche de jolgorio, guitarreo, gato y pericón, con motivo de un casorio. La gente se había alborotao demasiao en el salón de baile y las bebidas habían trastornao un poco a hombres y mujeres. Yo y unos cuantos más, al ver que adentro no se hasía más que bailar, no dejando lugar pa meter una payada, nos juimos, a eso de la medianoche, a sentarnos en rueda, en una enramada distante de las casas, donde pensamos que nos dejarían divertirnos a nuestro gusto.

Es claro que el qu'iba a bordonear era yo, porque en aquellos tiempos tenía mentas de güen cantor y guitarrero. Había vensido en payadas de contrapunto a unos cuantos maistros del pago y juera d'él, y cuando yo agarraba la guitarra caían los oyentes como moscas al dulse, y ya sabía el paisanaje qu'iba a oir cosas de mi flor, bien cantadas, con sentimiento, porque pa tocar el alma hay que tocar con el alma...

—Eso es hablar, canejo — interrumpió el comisario con entusiasmo incontenido, — y son muy escasos los hombres que saben sentir y pensar hondo como usté, viejo, que no parese sino que se ha quedao parao en los veinte años. Es lo que le queda a uno, dispués de haber andao la vida trompesando y cayendo, pa levantarse otra güelta, como bola sin manija. La parada y las memorias no se pierden nunca, aunque nos haiga guasquiao el destino en el pasao...

—Y en el presente — repuso el viejo, apurando el resto de ginebra que tenía en el vaso.—Los recuerdos son dijuntos que resusitan apenas uno los llama con voluntá, porque son obedientes como corderitos guachos.

—¡Bravo! — gritó encantado el juez; — quien así sabe espresar los pensamientos tiene que haber sido rival de Martín Fierro y Aniseto el Gallo...

—No tanto — contestó con modestia Quilques, — pero no habría hecho muy mal papel entre ellos como pa desmereser. Muchas veses uno no sabe lo que vale sino cuando se mide con otros afamaos; al revés de lo que pasa con el oro, que se conose refregandoló con una piedra ordinaria y untandoló con un poco e agua juerte.

— Lindo no más, viejo — dijo el pulpero, llenándolo otra vez el vaso, — y tomeseló de un golpe, porque parese que con el riego brotan tuitas las flores que tiene adentro.

— Bien dicho, porque, como ya asiguró el gran payador de esta tierra, el hombre, como el horno, por la boca se calienta.

—Callesén aura — gritó el comisario dirigiéndose a los circunstantes, que habían explosionado al oír la última frase, — y dejelón que siga el cuento, porque este hombre es como el piano, que suena en cualquier tecla que le pongan el dedo...

—Menos en una, porque se le ha aflojao la cuerda... y es la tecla e la juventú.

Como era de esperarse, la algarabía, en este punto, llegó al extremo de ensordecer a todos, y el comisario tuvo que imponerse con toda su autoridad para restablecer el silencio.

—Aura puede seguir, amigo — dijo dirigiéndose al viejo, — y no haga caso a naide, aunque le corten el chorro, porque si no este va a ser el cuento de las mil y una noches.

—No lo conosco, porque se presisa ser comisario pa tener tanta sabiduría.

— Basta de rodeos — dijo con energía el aludido,— y le ordeno que siga la marcha sin mirar pa atrás y menos pa los costaos...

— Obedesco, cumpa — contestó el viejo haciendo la venia como buen veterano sometido a la disciplina militar, — y tengan cuidao en no ponerse en medio del camino, porque los voy a arriar sin lástima... a rebencasos.

Y aura — prosiguió pensativo — pongan atensión si quieren, pero echelén la llave al candao de la boca y metasén la lengua en el tragadero.

Como iba disiendo, señores, yo me tenía fe pa la improvisasión y disponia de una vos bastante espesial. A más, mi figura de gaucho bien empilchao y güen mozo, asigún aseguraban las mujeres, injundía un poquito de respeto y consideración ande me presentaba.

De modo que, en cuanto la mosada me vió salir del rancho con la guitarra enarbolada como una banderola, tuitos quisieron seguirme, pero yo, dándome güelta, les grité enojao: «No dejen las compañeras, porque será al cuete; hoy no canto sino pa los que no saben bailar, que son unos pocos, y si se empeñan en venir dejo el estrumento y me voy.» Grasias a eso conseguí que se quedaran, que con tanta gente no se puede haser puesía ni en noche de luna, ni aunque los campos duerman tapaos por el poncho de las sombras...

— Callesén — se anticipó a ordenar el comisario, previendo los aplausos y las manifestaciones estrepitosas de aquel auditorio dispuesto a vibrar al primer contacto eléctrico de la emoción criolla.

Los paisanos casi no pudieron contenerse a tiempo y se oyeron algunos gritos reprimidos y taconazos en el piso de ladrillos del salón, atestado de concurrencia.

El viejo continuó, gracias a tan oportuna intervención, no sin antes agradecer al comisario su fineza, inclinando el torso significativamente.

— Eramos una dosena de amigos — dijo, — tuitos afisionados a la música campera. Me rodearon apenas me senté en uno de los bancos que había en la enramada, y me puse a templar la guitarra.

Ajuera la lus de la luna había iluminao hasta el último rincón de los potreros, viéndose, de ande estábamos, el agua de los tajamares y los bultos de los animales que pastaban sosegaos en la llanura. He visto muchas noches lindas, pero ninguna como aquella, ni más silensiosa, porque a gatas se oían las conversasiones de la reunión en las casas y algunos ladridos de perros de las estansias vesinas. Yo me largué a cantar, afinando la voz y hasiendo gorgoritos y primores en las bordonas y en la prima, y mis oyentes abrían la boca de puro gusto, cuando redepente se nos presentó en medio de la rueda un gaucho como no he visto otro en mi vida, de bien formao y vestido con el traje que antes se usaba: sombrero en la nuca, chiripá negro nuevito y calsonsillos cribaos, y una cara hermosa, unos ojasos que despedían juego y una barba escura, lo mesmo quì un Cristo Nasareno.

Tuitos nos quedamos helaos ante la aparisión. Ninguno lo habíamos sentido entrar, ni hasía sombra tampoco, y comprendimos en seguida que aquel endevido no era de este mundo.

—¡Es Santos Vega! — dijo bajito un paisano, persinándose, y tuitos nos persinamos tamién, sin juerza pa llevar la mano a la frente.

El me miraba como enojao y, sacando de la sintura un puñal, se adelantó sin haser ruido ninguno y de un revés me cortó tuitas las cuerdas de la guitarra, y con una vos que paresía venir de muy lejos me dijo:

— Eso pa que otra vez respete el arte.

Y se jué como había venido, sin caminar, como hasen los pantasmas y tuitas las ánimas en pena.

En medio del estupor general, que la narración había producido, el juez de paz, como siempre inoportuno, dijo:

— Y dése por bien servido que no le haiga cortao otra cosa...

— Es que, amigo — replicó el viejo sin incomodarse, — las ánimas en pena no han acabao de purgar los delitos que cometieron en el mundo, y seguramente la envidia es el último pecao que les queda.

F I N

De Ramos Mejía



Grupo de conocidas señoritas de esta localidad que tuvieron a su cargo el programa de conmemoración del 72.° aniversario de la muerte del general San Martín.

Demostración

Lunch ofrecido al señor James Money, gerente general de la General Motor de Nueva York, por los agentes de dicha compañía de Buenos Aires con motivo de su llegada a esta capital.

En la exposición Ganadera de Palermo



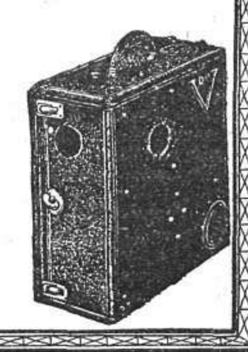
tenemos instalados en nuestro kiosco (ubicado en la calle principal) los diferentes modelos de los equipos

DELCO LUZ

donde nuestros empleados están a su disposición para responder a toda información que les sea solicitada.

No olvide que más de 1800 DELCO-LUZ están funcionando en la Argentina, desde hace más de 5 años.

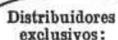
DeVry



La máquina cinematográfica portátil, especial para casas de familia, clubs, estancias, escuelas, embarcaciones, etc., usa películas comunes (paso universal) y puede ser manejado por cualquier persona. Corriente a 32, 110 y 220 volts.

DELCO-LUZ

Si Vd. no puede visitar nuestro kiosco, solicítenos folletos explicativos que enviamos gratis.



Distribuidores exclusivos:

Pratt & Cia.

626 - Sarmiento - 656

Buenos Aires

Rosario y Córdoba

En los hogares modernos

es complemento indispensable de confort y buen gusto el poseer un aparato parlante "VICTOR" o "VICTROLA" y una selecta colección de discos VICTOR.
En el surtido de discos VICTOR que recientemente hemos recibido hallará usted los de su agrado.

A continuación detallamos algunos entre la gran variedad:

Discos doble faz, de 25 ctms, a $ 3 c/u.

Por Orquestas Americanas.

18895 { **Lonesome Mama.** Fox Trot. / **Memphis Blues.** Fox Trot.
18907 { **Moon River.** Waltz. / **Love sends a Little Gift.** Waltz.
18910 { **Soothing.** Fox Trot. / **Night.** Fox Trot.
18912 { **Syncopate.** Fox Trot. / **Little Thoughts.** Fox Trot.
18913 { **Nobody Lied.** Fox Trot. / **The Yankee Doodle Blues.** F.T.
73289 { **Margarita.** Fox Trot. / **Despedida.** Valse.

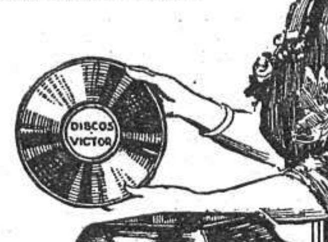
Repertorio Nacional

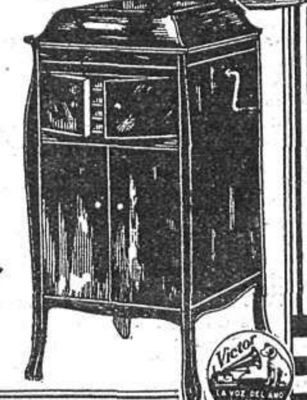
73410 { **Sangre Azul.** Tango. Orquesta Típica Fresedo. / **Biscuit.** Tango. Orquesta Típica Fresedo.
73413 { **Firpo.** Tango. Orquesta Típica Fresedo. / **Alhambra.** (Piano y violín). Tango. Flores-Ferrazzano.
73414 { **Flores.** (Piano y violín). Tango. Flores-Ferrazzano. / **Lina.** Tango. Orquesta Típica Fresedo.
73411 { **La Anciana.** (Canción). Acompto. guitarra. R. Ferari. / **En tu alero.** (Estilo). Acompto. piano. Alda Rivier.
73412 { **La Despedida.** (Estilo). Acompto. guitarra. R. Ferrari. / **Lamento gaucho.** (Estilo) Acomp. piano. Alda Rivier.

CANTADOS Y EJECUTADOS POR CELEBRIDADES

Discos sello rojo, de 25 ctms., a $ 4.30.

66069 — **Coq D'Or.** (Hymne au Soleil) *Galli-Curci.*
66070 — **Le Roi d'Ys.** «Vainement, ma Bien aimée». B. Gigli.
66073 — **La Cinquantaine.** (Violín). M. Elman.
66074 — **At the Fountain.** (Viol.) Morini.
66075 — **Spring Song.** (Piano). Samaroff.
87344 — **When Love is Kind.** L. Bori.





Los pedidos del interior acompañados de su importe o contra reembolso se despachan en el día.

Soliciten el catálogo de aparatos y discos "VICTOR" que enviamos gratis.

Notas Sociales

Sería materialmente imposible en los días que corren concentrar la tensión de nuestro espíritu en una solamente de nuestras actividades sociales... El prodigioso engranaje de esta vida nuestra nos arrastra sin tregua ni reposo, combinando tan diversas impresiones a la vez, que para deslindar unas de otras habríamos de emprender durante el breve plazo dedicado al reposo la tarea impuesta, según la fantástica leyenda, a aquella fina y tímida princesita Graciosa; era orden inapelable del hada maligna que la retenía prisionera separar y clasificar en breves horas algunas toneladas de plumas de mil colores pertenecientes a las innumerables castas de avecillas que anidaban en las selvas y montañas de la sierra...

Acongojada la tímida princesita ante la magnitud de la tarea no se decidía a elegir entre aquella avalancha de colores...

Más de una de nosotras, amigas lectoras, ha de hallarse tan perpleja como la princesa Graciosa si al retirarse a su alcoba, muy entrada la noche, o ya muy entrada la mañana, debiera clasificar metódicamente las diversas actividades del día transcurrido...

Las recepciones se multiplican; ¿para qué mencionar ya teatros, cines, conferencias y conciertos? Y como han llegado recientemente a esta nuestra prodigiosa cosmópolis las más altas eminencias del clero católico, de la política, de las artes y las letras, henos aquí deslumbradas, pero sinceramente orgullosas al convencernos que somos país grato para los peregrinos del saber... Orgullosas, sí, pero también sinceramente conmovidas al escuchar los conceptos con que se expresan de la mujer — y tomamos por cierto la parte que nos corresponde — los eminentes jurisconsultos que se han congregado para exponer sus doctrinas sobre el derecho internacional y han sido nuestros huéspedes ilustres, los que han recordado que el cambio en la condición de la mujer en el mundo entero influirá felizmente en la vida colectiva. Al mencionar la feliz evolución, firmemente cimentada en la Gran Bretaña, expresó su delegado que tal evolución «ensancha la vida moral al ampliar aptitudes probadas de mentalidad fuerte e independiente en armonía con la del marido que halla a su lado un ser que de día en día adquiere mayor poder para ayudarle por igual con su amor y con su consejo». En igual sentido se expresaba ese día el delegado de Francia, apoyando sus argumentos el representante del Uruguay, que afirmó con toda autoridad que en el país hermano «el hombre coloca a la mujer en igualdad de condiciones, tanto en lo que respecta a los derechos civiles como a los políticos...»

¡Y fué *un argentino*, amigas mías, el que dió la nota ingrata, felizmente bastante censurada! Vibraba aún la palabra del eminente delegado británico, que decía en uno de sus hermosos párrafos: «Confío este asunto a la caballerosidad de las razas latinas, dentro de las cuales el respeto tributado a la mujer ha llegado a ser un culto de la naturaleza casi *religioso*...» Y nuestro compatriota, justamente el que debía confirmar con caballeresca actitud tan elevados conceptos, declaró que se oponía terminantemente a tales proposiciones, porque «si se concedían a la mujer los mismos derechos políticos que al hombre debían también imponérsele los mismos deberes», y aquí apareció el decantado argumento de «nuestras condiciones físicas...» Debo de confesar a ustedes, lectoras amigas, que al clasificar las impresiones del día, según el método impuesto a la princesita del cuento, me fué muy fácil separar las plumas del águila que «con vista perspicaz, rápido vuelo — desciende veloz de junto al cielo» de las del cuervo infelice, que «para castigo de su intento necio — bien merece la burla y el desprecio». (1).

Pero dejemos lugar ahora a otras impresiones menos severas tal vez... Y es que entre el abigarrado plumaje abundan las notas risueñas, sobre todo, si analizamos con cierto método el empleo de las horas transcurridas y el comentario que se extiende en derredor de cada una de las aristocráticas recepciones en las que es imprescindible reunir a las eminentes personalidades que se hallan de paso en la ciudad del ruido...

Constituye por cierto la nota ultra-chic la asistencia a ellas de algún prelado ilustre, y mucho más cuando se trata de una eminencia europea... Y es de ver entonces con qué íntima satisfacción suele anunciar alguna distinguida dama: «¡No me falte usted mañana, porque mi recepción será muy lucida; contamos con *cuatro* monseñores!» Naturalmente, el comentario maligno hace circular profusamente la frase histórica con que una de nuestras damas, muy devota y llena de buena voluntad, saludara a una de estas ilustres personalidades: «¡Nous sommes trés heureuses, monseigneur, de recevoir votre Grandeur... vous nous arrivez, précedé, d'une *femme*!»

¡Ya pueden imaginar ustedes, lectoras amigas, el asombro del eminente prelado al escuchar tal enormidad!

Pero si se anhela el ver honrada una recepción mundana con la asistencia de tan ilustres huéspedes, parece que ciertas aristocráticas figuras femeninas no se conforman con no poder hospedar en su palacio a algún otro príncipe de la Iglesia... Y cuentan por ahí una broma muy ingeniosa, por cierto: hace pocos días llegaba a una de las más suntuosas mansiones del *faubourg* del norte un precioso *cardenal* prisionero en su dorada jaula... Alguna amiga quiso, sin duda, aliviar en tan delicada forma el desconsuelo de la acaudalada dama...

Confieso que no podría terminar las anotaciones del día sin informarlas a ustedes que el entusiasmo por el baile es ya un verdadero furor... ¡Hace pocas horas me anunciaba, por teléfono, la presidenta de una institución con fines religiosos, que preparaba un te danzante, porque era necesario allegar recursos para el Santísimo! Se baila locamente a todas las edades y en toda situación. En otros tiempos las jóvenes casadas acostumbraban pasar ciertas épocas de su vida recluídas en el hogar recostadas con encantadora indolencia en la *chaise-longue* llena de almohadones... ¿Pero a quién se le ocurriría hoy tal antigüedad? Hay que bailar hasta último momento, ya que la moda actual da cierta vaguedad a la silueta femenina... Pero ninguna de esas prestigiosas y brillantes figuras de mundanas se ve libre del comentario, y cuando se menciona entre el grupo de sus amigas íntimas al bebé que se espera de un momento a otro es para designarle con un nombre de rigurosa actualidad: «Le Danseur Inconnu»...

LA DAMA DUENDE.

Buenos Aires, agosto 30, 1922.

(1) Samaniego. Fábulas.

TRISTEZA VESPERTINA

Llora el sauce en silencio, sueña el lago dormido,
surca lenta la nube y percibo en su suelo
la serena tristeza que en mi alma hace nido
y se esparce silente por el diáfano cielo.

Todo es triste en la tarde que agoniza, es la hora
que algo grave desciende hasta el alma y la oprime,
cuando el sol sueves besos ya postreros, desflora
y la brisa es más dulce porque lánguida gime.

Vuelve el ave a la rama y la barca a la vera,
todos buscan el nido que contemplo llorosa,
yo me entrego al ensueño, pero a veces quisiera

que esas horas que pasan con dulcísimo alarde
como el viento que lleva en silencio a la rosa,
se llevaran mi vida al caer de una tarde!...

ALCIRA BONAZZOLA



GRIET PARFUMEUR
Un Grato Aroma
a Flores Frescas
rodea a las damas que utilizan en su tocador los finos
PERFUMES
Excelsior
GRIET & Cia
RICOS, PUROS Y DELICADOS, como lo son invariablemente las exquisitas
AGUAS DE COLONIA
EXCELSIOR
(Extra Concentrée)
FLIRT ARGENTIN
(Extra Fina)
INGLESA EXCELSIOR
(Ideal pora el baño)
GLADYS
(Ambrée)
Gladys
(Ambrée)
Frasco grande
$ 6.50
Frasco medio
$ 4.40
Excelsior
(Extra Concentrée)
Frasco grande
$ 6.20
Frasco medio
$ 4.70
Frasco cuarto
$ 2.80
FLIRT ARGENTIN
(Extra Fina)
POLVO
FLIRT ARGENTIN
Ricamente perfumado.
Poudre de Beauté
Perfumeria Excelsior
M. GRIET & Cia
Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e invisible.
Se prepara en los tonos Blanco, Rosa y Rachel y en los finísimos perfumes de Jazmín, Bouquet, Violeta, Heliotropo y Rosa.
Precio de la caja $ 1.50
Griet & Cia
Perfumeria Excelsior
LAVALLE, 717 — BUENOS AIRES

De Quilmes



Concurrentes a la fiesta celebrada en casa de los esposos Amaral-Cavilondo con motivo de una fecha íntima.

PASAN LOS AÑOS

y al pasar arrastran consigo cuanto es débil y perecedero. Sólo las cosas realmante sólidas y firmes resisten a su empuje. Por eso, mientras los substitutos y las imitaciones son flores de un día que la corriente del tiempo destruye, la fama de las legítimas Tabletas Bayer de Aspirina se mantiene alta y firme. En todos los países del mundo civilizado el público sensato las prefiere y las seguirá prefiriendo siempre, puesto que son el producto genuino y proceden de la fuente original. Jamás acepte usted otras. Para identificarlas y evitarse un peligroso engaño, fíjese en la Cruz Bayer y en que la cajita de cartón que contiene el tubo lleve la



Estampilla Sanitaria Oficial de Color Aranjado.

De Campana

Brillante aspecto que presentaba el salón de baile de la sociedad "Fratellanza Alta Italia" en la última fiesta social que dió la institución.

El timbre del gerente sonó dos toques cortos y uno largo. Cordelia, sintiéndose aludida, tomó su anotador y su lápiz y pasó al despacho de Mr. Adams.

Mr. Adams era grueso, robusto, y el abuso del alcohol y las viandas de cerdo habían abotagado su faz, joven sí que bien parecida, para tratarse de un importador recién llegado al país.

—¿Qué desea, señor? — dijo Cordelia, afectando indiferencia. E introdujo la punta del lapiz entre sus labios virginales, para dar a entender que tenía prisa por retirarse.

—Tome asiento, miss Cordelia — invitóla el gerente, con sonrisa de fauno.

—¡De ninguna manera! — objetó la niña, — ¿cómo voy a hacer eso?

—Poniendo sobre la silla la parte inferior de la espalda — insistió el mercader obsequioso, y agregó, dándole el ejemplo: Pruebe, es fácil...

Cordelia se sentó en la silla de felpa, roja de pudor, y con un gesto divino escondió los pies debajo del asiento, pues bien se le alcanzaba que no había vuelto todavía la moda de las polleras largas, que ahora triunfa «chez» las casas de «robes» y «manteaux». El silencio se hacía penoso y la joven, incapaz de prolongar el «interview» con los recursos de su imaginación, bajó la cabeza y se sacudió ligeramente la falda con el dorso de la mano, como si tuviese miguitas, pero al solo efecto de ocultar su turbación. Mr. Adams emitió por fin una de esas toses secas con que se acostumbra iniciar las conversaciones importantes entre gentes de distinta posición social, y preguntó a Cordelia:



—¿Ha amado usted alguna vez?

Una descarga magnética, una onda hertziana no hubieran producido mayor conmoción sobre la desgraciada niña, que saltó como un reóforo y murmuró para sus adentros:

—¡Ah!... — se llevó las dos manos al corazón al tiempo que retiraba la silla, alzó la vista hacia el mapa de Bolivia pendiente en la pared, y volvió luego a desplomarse sobre su asiento suspirando un «Sí» que los elásticos del mueble comentaron con un chirrido siniestro.

—¿Y ese amor — insistió implacable el capitalista — tuvo acaso consecuencias? ¿La sedujo, el infame? ¿Es usted madre, por ventura? ¿Trabaja usted tal vez, tan niña y tan pura, para costear la educación de un hijo apócrifo en un internado, o ha preferido más bien el sistema de los cursos por correspondencia?...

—Es usted demasiado bueno, Mr. Adams, al interesarse de ese modo por el destino de la infeliz criaturita — interrumpió Cordelia, emocionándose hasta el blanco de los ojos; — pero sus hipótesis son prematuras, señor, pues aunque me esté mal el decirlo, soy doncella desde mi más tierna infancia.

Al oir estas palabras el rostro de su interlocutor se iluminó de júbilo, y echándose a las plantas de Cordelia le suspiró al oído, con énfasis:

—Me hace usted el hombre más venturoso de la Unión Americana y demás países comprendidos liberalmente en la Doctrina de Monroe. Permítame que aprisione entre las mías esta manita suya, y con su auxilio me alce de esta posición sincera pero improrogable para un caballero de 187 libras de peso, y deposite un beso de amor, un ósculo de reconocimiento sobre su frente más pura que las perlas de Trafalgar. Cordelia: deme usted un «kiss».

Pero nuestra heroína dió un paso atrás, se arremangó los puños como una leona a la que arrebatasen sus cachorros y replicó con sublime indignación:

—¡Atrás, rústico mercader de ultramarinos; torpe burgués, atrás, atrás!... Sábete, menguado envenenador de Chicago, que jamás seré tuya; jamás tu aliento impuro contaminará los pétalos pascuales de mis pulcritudes eucarísticas; Amo a Roberto con todo mi corazón.

Y cayó desmayada como una piedra.

Cuando volvió en sí, ya era de noche. Los relámpagos se filtraban a torrentes por las banderolas del despacho de Mr. Adams. Un silencio profundo venía de la calle. Cordelia se tocó la *frente*, y la *retiró* manchada de sangre. Después sintió un gusto amargo en la boca, una puntada fulgurante en el cuarto espacio intercostal y comprendió, horrorizada, que pronto iba a ser madre.

II

Ahora nuestros distinguidos lectores tendrán a bien acompañarnos a dar un breve paseo por los alrededores de Palermo. Si nosotros siguiésemos las normas literarias del conocido escritor Víctor Hugo, nos creeríamos obligados a abrir aquí un paréntesis a la narración para describir el sitio, su historia y demás bambalinas de nuestro escenario, tal como él hizo con el Pequeño Picpusy etcétera. Pero por nuestra parte nos limitaremos a recordar que este nombre, que evoca el de una de las más florecientes ciudades de la península itálica, lo debe el paseo al cuartel de negros y mulatos fundado durante la revolución de la independencia y puesto, por motivo de color, bajo la advocación de San Benito. Llegado el fuerte, no sabemos si por herencia, a manos de Don Juan Manuel de Rozas, éste lo uso como Bastilla Federal y en sus

muros escribió Mármol los inmortales endecasílabos:

"Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas
Pero como argentino, las de mi Patria: ¡No!!".

Arrasado a cañonazos durante la batalla de Caseros, el intendente municipal don Torcuato de Alvear concibió la idea de aprovechar el terreno despejado para echar los cimientos a un jardín, que empezó por ser simplemente zoológico, luego se amplió a botánico, y hoy con un Vivero, un hipódromo y un Parque Japonés constituiría el mejor Luna Park del mundo, si no existiese el de Baltimore, al decir de los entendidos y turistas que han tenido ocasión de visitarlo; pues a fuer de sinceros, nuestra información se basa en una colección de postales coloreadas que poseemos.

En cuanto a las costumbres del paseo, ya es sabido que de día van allá las familias en su composición heterogénea de chicos y grandes, de modo que aquello recuerda por su inocencia y animación al Jardín de las Hespérides; pero como de noche sólo se aventuran por esos apartados extramuros las parejas de enamorados, ya se adivinará qué orgías romanas, qué suburras, qué Kermesses y qué Kindergartens se celebrarán allí en la obscuridad impenetrable aún para los ojos de los mismos vigilantes. Para peor, en ambas aceras del paseo pululan los más orgiásticos comercios: no solo hay piletas donde se paga por bañarse todos juntos, sino también restaurants donde se comen ranas, fumaderos de opio, recreos con emparrados verticales para evitar que los concurrentes puedan reconocerse pues se matarían; y cabarets como en París, donde las carcajadas del fandango y el chillido histérico de las bailarinas cancaneras se mezclan con los coros de los marineros que añorando su Esmirna y su Malstrom, cantan macabras canciones nórdicas, como la siguiente, que tomo de un tomo de versos:

Tres palos tiene la barca,
De madera de abedul...
Zarpa la barca
Rumbo a Estambul.
Dos ojos tiene la Parca,
Uno negro y otro azul,
Porque es zarca...
Pero ella también se embarca
Con secreto...
Que el vista de aduana no vió el esqueleto
Que va en el baúl!!!...

(Sobre esto de las barcas se viene escribiendo mucho en Buenos Aires, así que no nos vituperarán por haber reproducido esa hermosa composición).

Pues bien; como íbamos diciendo, en medio de esa degradación todavía hay almas piadosas que se atreven a aventurar su salvación eterna por evitar la condenación de tales malvados, y a tal efecto les ofrecen en venta publicaciones religiosas, escapularios benditos y novelas de la más estricta moralidad como todas las impresas con permiso del arzobispado por la casa editora Alpha y Beta. Aunque parezca mentira, en cuanto en un salón de tango aparece una de esas misioneras y proclama «¡El Cruzado!» hasta los más empedernidos se santiguan y rezan en voz baja. Eso sí, cuando ella se ha retirado satisfecha de su influjo, los demás siguen la farra hasta pasadas las doce de la noche. La Municipalidad ha tomado medidas para cortar tales excesos, pero ¡quiá!... no ha conseguido nada, pues de Buenos Aires sólo puede repetirse lo que exclamó aquella vez Rubén Darío: «¡Cosmópolis!», que es como decir: «¡Recórcholis!»

Terminada esta breve disgresión, con la que no pretendemos imitar en lo más mínimo la anticuada escuela de Paúl de Saint Víctor Hugo, pasemos a lo que importa.

A la orilla del Lago de Palermo hay un banco. En el banco hay un bulto. Abulta como Cordelia, pero no la vemos. ¿Por qué? Porque la luna, la blanca viajera del espacio, — ave que vaga, nave que boga, boga que nada — nada alumbra en este hemisferio pues por prescripción cosmográfica le toca hoy llover sus ondas de impalpable claridad sobre las antípodas, ¡ay!... más afortunadas.

En el reloj de una iglesia cercana dan las dos de la madrugada. El bulto las cuenta penosamente y cerebra. Cerebra que es tarde. De un fondín de la avenida Alvear llegó el rumor de una discusión entre un honrado obrero milanés y el mozo que le cobra. Es apenas un eco en el silencio, así:

— Trí de pan, trí de vin, trí de luganeguín...

El bulto suma con los dedos, y cerebra: «¡Hambre!». Entonces da un grito, un gran grito, y se arroja al lago.

El cisne negro, el pato tordo, el peti-rojo, comentan en la umbría: «¡Un grito en la noche...!»

III

Una fresca mañana del mes de abril el doctor Roberto Conrado Menchaca Pareja, médico cirujano, salía de su casa situada en la intersección de la calle Arroyo con otra que la discreción periodística nos impide señalar, con dirección al centro.

Aunque estaba apurado, vestía un terno claro, pantalón del mismo color, polainas que hacían juego con la galerita y botines de charol francés con cañas de fantasía. Un junco de Malaca con puño de tachuelas doradas jugaba entre sus dedos ágiles con la misma soltura con que manejaba el bisturí. Anduvo abúlico algunas cuadras por la acera de enfrente, con esa «nonchalance» de las personas acostumbradas por la gimnasia sueca a hollar las veredas como si fuesen verdaderos «parterres»; después llamó un «taxicab» que divagaba casualmente por el aristocrático «faubourg», y cuando el conductor, gorra en mano, le abrió la portezuela con la cortesanía propia de un palaciego consumado, Menchaca Pareja le indicó sonriendo llanamente, como pudiera hacerlo un partidario de la tercera internacional, que fuese, a la vez, un «gentleman» bien educado:

—¡A la Morgue!...

Llegaron en un tris. Una multitud de curiosos se apeñuscaba ante el piadoso edificio de la avenida Callao, y los más osados exclamaban al verle:

— Es el doctor Menchaca, el hábil cirujano, una gloria de la medicina porteña adscripta al servicio de la policía de investigaciones; —y otros elogios y panegíricos que Roberto con su natural modestia fingía no escuchar, atento sólo al taxi que volaba desatado. Disimulando su emoción, abonó el mísero la consumación mecánica y aun dió al auriga un suntuoso «pourboire» de quince centavos. Después, abriéndose paso entre la turba ávida de impresiones fuertes, allegóse a pisar los dinteles del referido nosocomio y, pasando, inquirió al portero:

— ¿Hay algo, Manuel?

— Sí, señor doctor — contestó éste haciéndole profundas reverencias, — han traído un cadáver que se estaba ahogando en el Lago de Palermo.

— ¡Sapristi! — dijo Roberto palideciendo por intuición, y se lanzó a las escaleras trepando los peldaños de dos en dos, como una verdadera exhalación.

¿Qué era lo que estaba pasando, entretanto, allá en el quinto piso en la sala de operaciones? Cordelia yacía blanca e inmóvil sobre la mesa de mármol de disección, y media docena de practicantes sin escrúpulos se aprestaban a cortarle los pedazos de sus respectivas predilecciones para elaborar «at-home» preparaciones anatómicas. Pero Roberto se precipita como un tigre y ordena perentorio:

— ¡Apartaos, bárbaros; dejádmela, que es mía! — Con estrépito metálico caen al suelo vendas, serruchos y bisturíes, y frases de excusa se profieren en los cuatro puntos cardinales de la sala morgánica.

— ¡Manes de Pasteur, Charcot, Hata Yogui y

otros cirujanos de nota: Protegedme!... — clama Roberto como un poseído, hasta que una fugacísima llama de inspiración luliana brilla un segundo sobre su frente libre de pelos por la acción de la gomina. Es evidente que ha concebido una idea genial.

— ¡A la obra! — exclama, y luego explica:

— La asfixia *por inmersión se produce por derrame* de bióxido de hidrógeno en cantidad inconveniente en las cavidades pneumónicas y pleuréticas. El hidrógeno, como todos los hidargirios sólo es tolerado por vía bucal y digestiva. Si introducimos ahora en los bronquios, vía La Laringe, una sonda esofágica y en su interior un gálvano cauterio con sus respectivos alambres, y damos una corriente de 220 volts, la chispa pone el cauterio al rojo blanco, el agua estancada entra en ebullición a los 63 grados centígrados, pues ya se suman los 37 del cuerpo, y el bióxido referido se escapa por la ley de la densidad hacia la parte superior del receptáculo. Tendremos pues la precaución de mantener a la ahogada de pie, para que el vapor salga por la boca, y no por otra parte. Cuando el pulmón quede seco, la reacción se operará con *simple tracción rítmica de la lengua.* ¿Qué os parece?

Los alumnos aplauden entusiasmados, y a los cinco minutos de comenzada la intervención una doble columna de vapor se escapa de las narices de Cordelia como del pico de una cafetera.

— Ahora, la tracción — insiste Roberto. Pero Cordelia escupe la sonda, carraspea y exclama:

— ¡Gracias, amor mío, muchas gracias; pero soy mujer y no conviene tirarme de la lengua. — Y como la ropa de la ex ahogada se ha secado ya en la estufa de lysoformo, Cordelia se viste, saluda con una sonrisa, y sale del brazo de Roberto.

IV

— Ignoro meridianamente lo que ustedes me imputan — dice *algunos minutos después* Mr. Adams, en su propio despacho, cuando el doctor Menchaca Pareja lo invita a reparar su falta casándose con Cordelia y divorciándose inmediatamente para que ésta pueda elegir según los dictados de su corazón. — Cuando la señorita cayó desmayada, yo oí el pito de la estación del Retiro y corrí a alcanzar el tren, pues de lo contrario hubiera tomado frío mi «mutton broth», y eso es muy indigesto. De lo que puede haberle sucedido después, durante su prolongado desmayo, yo no soy en manera alguna responsable; pero si la señorita desea abandonar su empleo, estoy dispuesto a darle dos meses de retiro y certificados de primer orden como shorthand y *dactilógrafa.*

Y uniendo la acción a la palabra, el generoso hijo de Tío Sam va hacia la caja de hierro, la abre, y lanza un grito de pánico:

— ¡Rabonisky!...

— ¡Sí, soy yo; — murmura desde el interior del sólido mueble una voz moribunda. Soy Rabonisky, el hebreo de Astrakán, que vengo siguiendo tus huellas desde hace veintitres años y algunos meses. Y te he hallado. Y me he vengado. No sólo he deshonrado a esa señorita, que si no es tu hija se te parece mucho, sino que también te he arruinado, pues durante los cuatro días que he permanecido en el interior de tu «safe», me he comido las doscientas cincuenta acciones de mil pesos, del Ferrocarril Midland de Entre Ríos, que aquí guardabas y que constituyen toda tu fortuna.

— Pediré duplicado de esos valores — responde *imperturbable* Mr. Adams; — *la autopsia demostrará* que los títulos originales han sido inutilizados por la acción del jugo gástrico.

— ¡Ah!... ¡me has vencido!!!... — exclama Rabonisky expirando de rabia e indigestión.

— Entretanto, señorita — continúa el capitalista volviéndose hacia Cordelia, — yo mantengo mi primitiva proposición. ¿Y usted, doctor?

— Yo la retiro.

— Usted es un gentleman, Mr. Adams.

— Indudablemente, Miss Cordelia. Y además, me consta que el hebreo de Astrakán, enamorado en su juventud de la favorita del Emir de Podolia, sacrificó cuanto tenía para ser su guardián.

FIN

(El segundo tomo de esta novela se llamará «Ancheta» y en ella se dilucidará quien es el que se queda con la muchacha. No lo publico todavía porque quiero ver que éxito alcanza «Un jardín sur l'Oronte» de este mozo Barrés. A mí no me gusta gran cosa, como que me parece un remedo de «La Gloria» de d'Annunzio. Isabel y *la Commena son la misma psicología* en la misma mujer; ambas repiten a la mente del triunfador: «La gloria mi somiglia». Y literariamente Barrés es oriental como es griego Racine.)

NOTA A LOS CRITICOS. Ustedes se quedaron chatos cuando Camilo Mauclair ensalzó el Jardín, y no supieron ver el plagio, porque ustedes no se meten más que con nosotros los grandes novelistas nacionales. Ya sé que en cuanto aparezca esta obra mía le dedicarán juicios *malévolos* y *envidiosos, pretendiendo* establecer comparaciones con otras producciones de que soy autor, obras de juventud, algunas; a las que debo los records que detento como primer vendedor de novelas nacionales al por mayor y al menudeo. Ustedes se fríen la sangre porque yo escribo para el pueblo cosas inteligibles y claras, y no trato de «epater le bourgeois» con quintas esencias, ironías, academicismos e ideas extranjeras tomadas de autores repudiados por la moral y la Iglesia. En mis obras todo es mío, menos las tapas, que se las encargo unas veces a Henner y otras a Fragonard, y les pago lo que piden. Pero digan lo que quieran, yo no los escucho, y en última instancia si *me hacen una guerra indigna,* me defenderé visitando uno por uno a los miembros del Jurado Literario Municipal, los convenceré de que con esta novela he creado el Werther Argentino y les mostraré cartas autógrafas de Armando Palacios Valdés, Max Nordau y Bernardino de Saint Pierre que me acreditan como el único y exclusivo verdadero novelador psicológico y realista de los tiempos que corren, ¡ay! para las bellas artes, en ambas márgenes del Plata.

Vale.

(Es copia.)



Enlaces



Señorita María Luisa Yamero con el señor Emiliano Izquierdo. — Capital.



Señorita María Luisa Monthieu con el señor Esteban Acerbo. — Juan A. de la Peña (F. C. C. A.).



Señorita Ana Zunino con el señor Alesio Zunino. — Lincoln.



Señorita Delia Gilardi con el doctor Guillermo Ulke. — Dolores.



Gallini-Herrero. — Quemú Quemú.

MIRESE EN EL ESPEJO

Si su cutis refleja imperfecciones, puede fácilmente corregirlas empleando algunas recetas caseras y sencillas.

Por ALICE DELYSIA.

Las arrugas desaparecen.

Las arrugas prematuras en el rostro de una dama aun joven son una injusticia y constituyen por eso su diaria pesadilla. ¡Cuántos sacrificios se impondrían con tal de restaurar la lozanía y frescura de su cutis envejecido por el empleo de materias nocivas en el tocador! Se conocen casos de cantidades fabulosas pagadas con el fin de someter las arrugas a tratamientos por demás costosos y que al fin no han dado resultado. En la actualidad no hay necesidad de tales extravagancias, porque si usted siente su espíritu deprimido por la temprana aparición de arrugas en el rostro no tiene más que obtener un poco de buena cera mercolizada en cualquier farmacia seria, y, al acostarse, previa ablución con agua templada, extender la cera en todo el rostro hasta el cuello, sin hacer masaje, volviendo por la mañana a lavarse con agua caliente. Sometidas las arrugas a este tratamiento, por el espacio de una semana, desaparecen paulatinamente, y el cutis recobra la frescura y la lozanía propias de la juventud. Por medio de este económico y sencillo remedio puede usted aparecer mucho más joven y mantener en su apogeo la belleza de su rostro.

El cutis puede renovarse.

Las damas que, mediante un detenido examen ante un espejo, no tienen la valentía de reconocer los defectos de su cutis, se limitan solamente a una ligera mirada e ingenuamente creen que, con el auxilio de un prolijo acicalamiento, los defectos no serán visibles a la luz del día. Pocas mujeres conservan en perfecto estado el cutis de su juventud, y estas mismas, si se disponen a revisar detenidamente su rostro, encontrarán, a pesar suyo, algunos defectos, como grasitud, dilatación de los poros, etc., que lentamente van produciendo su acción deplorable sobre una faz hermosa, pues los poros dilatados permiten el paso de esa substancia grasosa que precede a la brillantez, y el acumulamiento de aquélla trae como consecuencia la aparición de los detestables barrillos que nadie quiere ostentar. Para preparar una ablución astringente que simultáneamente contraiga los poros dilatados y extirpe la brillantez y los barrillos basta conseguir algunas tabletas de stymol y disolver una de ellas en un vaso de agua caliente. Lavando el rostro con esta sencilla preparación se nota inmediatamente su efecto maravilloso, pues el cutis queda limpio y alisado por la desaparición de los barrillos que se desprenden fácilmente lo mismo que la grasitud, y los poros dilatados se habrán contraído, presentando su rostro un aspecto encantador.

El sonrosado de las mejillas.

En numerosas oportunidades he visto los estragos que el uso de coloretes hace en el rostro de las mujeres que, desprovistas de colores naturales, quieren dar a sus mejillas el arrebol de la primera juventud; por eso hállome sobradamente autorizada para afirmar de la manera más rotunda que el empleo de carmines, rouges y demás coloretes es sumamente perjudicial, por cuanto dichas substancias, si logran dar por un momento la ilusión de los hermosos colores naturales, en cambio, con el tiempo, terminan por arruinar irreparablemente el cutis de quien tuvo la imprudencia de usarlas. Pero, afortunadamente, he de agregar que existe una substancia que, dada su especial naturaleza, permite dar al rostro el encanto y la hermosura de un sonrosado colorido natural, sin que la tez sufra en nada por su aplicación y sin que nadie pueda apercibirse de su aplicación misma. Esta maravillosa substancia tiene, además, la peculiar virtud de no notarse, pues es tan tenue que ni el ojo más experimentado podría observarla sobre el cutis de la dama que haga uso de ella, apareciendo, así, sus efectos como el producto de una legítima y natural coloración de la piel, lo que, indudablemente, constituye una ventaja que ningún otro preparado de tocador puede ofrecer. Esta substancia tan eficaz y tan discreta es el rubinol.

La hermosura de una abundante cabellera.

No hay nada tan encantador en una dama como la ostentación de una hermosa cabellera, que, para parecer tal, debe ser brillante, sedosa y ondulada. Una mujer que une a sus encantos este complemento indiscutible de su gracia natural es sencillamente seductora. En la conservación del cabello y su mejoramiento interviene en primer lugar la calidad del shampoo que se emplea, pues si éste no produce buena espuma lo higieniza relativamente y, en consecuencia, nunca ostenta ese brillo que debe tener. En cambio, un shampoo preparado con granulados stallax y agua caliente produce una abundante espuma y limpia eficazmente el cabello. Después de enjuagarlo se seca con toallas calientes y el resultado obtenido es admirable. Toda la brillantez oculta del cabello es revelada, y él queda sedoso, ondulado y fácil para peinar. En los casos de persistente grasitud en el cuero cabelludo el stallax es un correctivo irreemplazable, y a las personas que tienen el cabello quebradizo y seco se les recomienda, antes de cada shampoo, un masaje en la cabeza, con aceite de oliva.

Exterminio del vello.

Una hermosa y abundante cabellera, digno marco de pobladas cejas y largas pestañas, es lo más admirable en una dama, que puede sentirse orgullosa de tan seductores atractivos, pero en numerosos casos esa riqueza capilar paga su tributo con exceso, apareciendo también en forma de abundante vello superfluo en diversas partes del rostro, cuello, brazos, etc., lo cual desfigura totalmente una faz agraciada. Ya las mujeres de la antigua Grecia tenían el mismo criterio al respecto y se preocupaban de cambiar el vello por medio de pastas. En la actualidad los métodos para extirparlo son numerosos y en la mayor parte de los casos poco satisfactorios. El tratamiento eléctrico, tan recomendado, es hoy muy costoso, lento y doloroso. En cambio, el sistema de más resultado parece ser el antiguo, pues es económico, sin dolor y rápido, es decir, cuestión de minutos. Se prepara la pasta a base de porlac puro pulverizado, mezclado con un poco de agua, y se aplica a la parte afectada por el vello superfluo, dejándola secarse encima, y, cuando al lavarse se saca la pasta ya seca, con ella desaparece también el vello, quedando el cutis completamente alisado y libre de inflamación. Este sencillo procedimiento tiene, entre sus grandes ventajas, la propiedad de matar el vello en su misma raíz.

Alice Delysia.



Grandiosa recepción tributada al gobernador, vicegobernador y ministro por las autoridades locales y el pueblo que acudió en masa a la llegada a la estación.

OTRA OPINIÓN ACERCA DEL HUNDIMIENTO DEL "HAMPSHIRE"

Con motivo de una película inglesa según la cual el hundimiento del «Hampshire», en que viajaba lord Kitchener, se debió a una traición, el capitán retirado que firma con las iniciales R. N. de Edimburgo dirige una carta al «Daily Mail» de la capital inglesa, diciéndole: «Inútil me parece decir a usted que la historieta de esa película es una grosera ficción. Está prácticamente demostrado que el crucero «Hampshire» fué hundido por una de las minas que colocó el «U-75», un gran submarino alemán colocador de minas que portaba consigo 36, y no por las minas colocadas por el «Moewe» más hacia el oeste. El «U-75» colocó sus minas el 29 de mayo como un movimiento preliminar de las operaciones de Jutlandia. Los alemanes deseaban mostrarse con su flota en el mar del Norte, a fin de atraer a la flota inflesa fuera de sus lugares de abrigo. Una vez conseguido esto, la atacarían los submarinos alemanes que se hallaban frente a Orkney, Moray y otros puntos. El plan se frustró por lo que hace a los submarinos, y éstos volvieron a Alemania en 1.º de junio. Lord Kitchener llegó a Scapa en 5 de junio. En circunstancias ordinarias, habría navegado por la parte oriental de Orkney. Pero un fuerte oleaje del noroeste estaba soplando. A causa de esto lord Jellicoe decidió enviar el «Hampshire» por la costa occidental. Es decir, fué una decisión que por sí misma descarta toda responsabilidad de espionaje relacionado con la colocación de las minas del «U-75», puesto que éstas fueron puestas el 29 de mayo y la decisión del almirantazgo vino una semana después. El «Hampshire» fué rozado por una mina y echado a pique. Las demás minas fueron recogidas tan pronto como se moderó el tiempo. (La mujer a quien se atribuye la obtención de los datos sobre la partida de lord Kitchener se llama Elbie Beoker, pero la verdad es que cuatro semanas antes del desastre del «Hampshire» ya estaba presa por sospechosa, de manera que esto echa por tierra la afirmación de su participación en el desastre).

MALTA URANO IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.

Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársele más barato que los otros, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.



Satisface las exigencias de las autoridades y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores:

ESCALADA & Co.
1170-BARTOLOMÉ MITRE-1174
TELÉFONOS: { Unión Telef., Rivadavia, 1990
Coop. Telef., Central, 133

La pobre muchacha

Por ISMAEL NAVARRO PUENTES

La pobre muchacha que la noche toda
con los ojos fijos y la frente baja
se pasó cosiendo su traje de boda,
cosió, sin saberlo, su propia mortaja.

¡Quién hubiera dicho que su mano breve,
antes de que diese la última puntada,
iba, entre sus dedos, a estrujar la nieve
de los insondables mundos de la nada!

¡Quién hubiese dicho que tan pronto una
existencia llena de ensueños nupciales
rodara cual blanco pétalo de luna
girando en las vagas sombras funerales!

Y así fué. Gemía la triste campana,
el cajón sacamos... se cerró la puerta...
y la alegre gloria de otoñal mañana
alumbró el entierro de la novia muerta...

Y llegó a la iglesia con el novio al lado,
ella que soñaba verse ante el altar
uniendo su vida con la de su amado,
llegó... pero muerta... ¡qué horrible llegar!

Después la carroza con su larga fila
de coches, camino de la tierra santa....
bajamos y el llanto quemó la pupila
y el dolor se hizo nudo en la garganta.

Después la apurada vuelta a los hogares,
un recuerdo... alguna crónica... y después
un sepulcro, un fresco ramo de azahares
caído en la sombra de aquellos lugares,
unas letras y una cruz bajo un ciprés!...

EL AUSENTE

No me animo a esperarle... — ¿y si volviera?
se obstina en repetir la voz secreta,
¿si su mano empujara blandamente
esa cancela para él siempre abierta?

Pienso a veces que vuelve, que vuelve muy cambiado;
un hombre ya el que era entonces casi un niño,
por el mar castigadas las rosadas mejillas
y en los ojos visiones de lejanos destinos.
Su pie desflora tímido el umbral de mi puerta,
un instante vacila... Hace ya tanto tiempo
que no oye su paso resonar en el patio
que se siente un extraño y quizás tiene miedo.
"¿Qué encontraré—se dice—de aquello que he dejado?
¿recordarán mi rostro y mi voz? ¡Borra el tiempo
las imágenes tanto! ¡El corazón olvida
cuando de cada hora no recoge un recuerdo!
"¿Quién es ese extranjero de mirada lejana
que hoy llama a nuestra puerta sin aliento ni fe?
¿Qué mundos le cambiaron y qué vacilaciones
hacen que pose ahora tan inseguro el pie?
"¿Quizás la casa amiga no recuerde al ingrato
que así como quien huye, una vez la dejó,
y soy como un capítulo de la vieja novela
leída y olvidada en el primer rincón?"

No me animo a esperarle — ¿y si volviese? —
repite sin cesar la voz secreta.
¡Oh! si volviera encontraría mi alma
de par en par, cual la cancela, abierta!

MERCEDES DANTAS LACOMBE

PASEO MATINAL

Septiembre, cómo late tu fresco corazón!
Acacias y perales en flor — evocación
De chicas en su blanca primera comunión...

Sonríe tiernamente, recién púber, la viña,
Y la quinta con todos los colores se aliña.
Bajo un nogal anciano conversa el agua niña.

Y la mañana mira con ojos transparentes
La fiesta del paisaje. Esa fragancia ¿sientes?
Es de la vieja tierra y las rosas recientes.

Con un cesto y montando en pelo su borrico,
Por el camino solo pasa silbando un chico.
Una curruca tiene un palito en el pico.

La vecinita me habla, tan linda en su sonrojo,
Que no sé cómo diablos llego a vencer mi antojo:
Besarla con el beso más húmedo y más rojo.

Está violeta y húmedo el cerro matinal.
Y dice sus tres sílabas divinas el zorzal.
El corazón se aclara de emoción musical.

Y ante el puro misterio de la estación florida
Pienso en todas las cosas y en su ida y su venida
En esta eterna danza circular de la vida.

LUIS L. FRANCO


Dientes como perlas
se consiguen usando á diario
Pasta DENS
Limpia y desinfecta la dentadura
y perfuma la boca.
PERFUMERIA GAL
MADRID
GAL

De Valentín Alsina

Una de las principales calles de Valentín Alsina trasformada en un lago.

La línea del tranvía que lleva a Villa Calzada cortada por las aguas.

Lanús Oeste, donde las aguas alcanzaron dos metros de altura.



Antes o después de las comidas

nada mejor y saludable que una
copita del higiénico y eficaz

FERNET-BRANCA

Asegura la buena asimilación de
los alimentos.

APERITIVO-TÓNICO-DIGESTIVO

Unicos Concesionarios: HOFER & Cía. - Bs. Aires

MADAME BAPTISTE



o primero que hice fué mirar al reloj, mientras entraba al salón de espera de la estación de Lovaina, y advertí que tendría que esperar dos horas y diez minutos antes de que pasara el expreso de París.

Había caminado veinte millas y me sentía cansado. No encontrando nada que me distrajese en las paredes de la estación, salí afuera y estuve devanándome los sesos pensando en lo que debería hacer. La calle era una especie de boulevard plantado de acacias y en ambos lados una línea de casas de distintas formas y diferentes estilos de arquitectura, casas que sólo se ven en los pequeños pueblos, y que ascendían a una pequeña loma, a cuyo extremo había algunos árboles como si terminara en un parque.

De tiempo en tiempo un gato atravesaba la calle y saltaba sobre los tejados cuidadosamente. Un perro endeble olfateaba cada uno de los árboles y buscaba desperdicios de las cocinas. No se veía ningún ser humano, lo cual me descorazonaba. ¿Qué debía hacer conmigo?

Ya estaba pensando en la inevitable e interminable visita al pequeño café del restaurant de la estación, donde tendría que sentarme frente a un vaso de imbebible cerveza e ilegibles periódicos, cuando distinguí una procesión fúnebre saliendo de una bocacalle hacia la que yo estaba, y la vista del *carro fúnebre* fué un alivio para mí. Tendría que darme a cualquier precio, algo que hacer por diez minutos. Repentinamente mi curiosidad despertóse. El carro iba seguido por ocho caballeros, uno de los cuales iba sollozando, mientras los demás conversaban.

Mi trivial curiosidad me sugirió la extraña idea de seguirlo, con los ocho caballeros. Eso me tomaría una hora por lo menos, y caminé con los otros, poniendo cara triste. Al ver esto, los últimos dos se volvieron sorprendidos y en seguida se hablaron en voz baja.

Supuse que se preguntaban si yo pertenecía al lugar, y en seguida consultaban a los dos que iban delante, quienes me examinaron de pies a cabeza. Este cuidadoso escrutinio me apenó y para ponerle fin, me adelanté hasta ellos y, después de inclinarme, dije:

—Pido perdón a ustedes por interrumpir su conversación; pero, viendo un entierro civil, lo he seguido a pesar de no haber conocido al muerto que ustedes acompañan.

—Era una mujer — dijo uno de ellos.

Fué mayor mi sorpresa al oír esto, y pregunté:

—¿Pero es un entierro civil, no es así?

Los otros caballeros, quienes parecían desear comunicarme todo al respecto, dijeron.

—Sí y no.

No podía comprenderlo todo, pero mi complaciente vecino continuó.

—Es una historia larga. Esta joven se suicidó y esa es la razón porque no puede ser enterrada con ceremonia religiosa. El caballero que va delante sollozando es su esposo.

Yo repliqué con vacilación:

—Usted me sorprende e interesa mucho, señor. ¿Seré indiscreto si le pregunto la verdad del caso? Si le molesto, olvide que le he dicho algo al respecto.

El caballero tomó mi brazo familiarmente.

—No, en absoluto. Quedemos algo detrás de los otros, y se lo contaré a usted; es una historia muy triste. Tenemos tiempo antes de llegar al cementerio, cuyos árboles usted puede divisar desde aquí, allá arriba, en una loma bastante empinada.

Y comenzó:

—Esta joven, madame Paúl Hamot, fué la hija de un rico comerciante de la vecindad, monsieur

Fontanelle. Cuando era apenas una niña de once años, tuvo una repugnante aventura.

Un mozo de cordel la atacó y ella se vió a la muerte.

Un caso criminal terrible fué el resultado, y el hombre fué sentenciado a trabajos forzados para toda su vida.

La pequeña creció estigmatizada por la desgracia, sola, sin compañeros; y mientras crecía, la gente apenas la besaba, porque se ensuciaba los labios si tocaban su frente, y terminó por ser como un monstruo, un fenómeno para todo el pueblo. La gente se decía en secreto: «Usted sabe... la pequeña Fontanelle...» y todo el mundo le volvía la espalda al pasar. Sus padres ni siquiera podían conseguir una aya que la llevara de paseo, porque las otras sirvientas no se acercaban a ella, como si su contacto las envenenara.

Daba lástima ver a la niña ir a jugar todas las tardes. Permanecía desolada, de pie, cerca de su aya, mirando a los otros niños divertirse. Algunas veces, obedeciendo a un irresistible deseo de juntarse con los demás niños, ella avanzaba tímida, con gestos nerviosos, y se mezclaba con ellos, con furtivos pasos, como consciente de su propia desgracia. Pero inmediatamente las madres, las tías, las ayas, llegaban corriendo de todos los bancos, tomaban a los niños de la mano y se los llevaban de un modo brutal.

La pequeña Fontanelle permanecía desesperada, sin comprender lo que aquello significaba, y en seguida comenzaba a llorar, con el corazón partido de pena; después emprendía veloz carrera a esconder la cabecita entre las piernas de su aya, sollozando.

Una vez crecida fué peor todavía. Las niñas huían de ella como si estuviese apestada. Pensaban que ella no tenía nada que aprender, nada; que ni siquiera le cabía el derecho al simbólico ornamento de las flores de naranjo; que, casi antes de que aprendiera a leer, se había penetrado de ese temible misterio que las madres apenas permiten a sus hijas que se lo imaginen; y que tiemblan cuando se lo dicen en la noche de su matrimonio.

Cuando ella salía a la calle, siempre acompañada de su guía — como si sus padres temieran algún atrevimiento — con los ojos bajos, llenos de esa misteriosa desgracia que sentía pesar sobre ella, las otras niñas, tan inocentes como la gente creía, pero sabedoras, secreteábanse mirándola, e inmediatamente volvían la cabeza si ella las sorprendía. Muy pocas la saludaban y las madres pretendían no verla. A veces algún mal intencionado la llamaba «Madame Baptiste», nombre que correspondía al del individuo que la había asaltado.

Nadie conocía el secreto que torturaba su imaginación, porque ella casi nunca hablaba y jamás reía; y hasta sus mismos padres parecían inconformes a su presencia, como si les hiciese llevar una eterna mancha por la falta irreparable. Un hombre honrado no daría con gusto su mano a un convicto libertado, aunque éste fuese su propio hijo. Y monsieur y madame Fontanelle miraban a su hija como a un hijo que acaba de salir de la cárcel.

Ella era bonita y pálida, alta, esbelta, de aspecto distinguido, y me hubiera agradado a mí, señor, a no ser por ese infortunado asunto.

Bien; cuando un nuevo subprefecto fué nombrado aquí, hace diez y ocho meses, trajo consigo a su secretario privado. Era éste un inteligente muchacho que al parecer había vivido en el barrio latino. Vió a madamoiselle Fontanelle y se enamoró de ella, y cuando alguien le dijo lo que había ocurrido, contestó secamente.

—¡Bah! Esa es una garantía para el futuro y prefiero que haya sucedido antes de casarme que después. Yo viviré tranquilo con esa mujer.

La visitó, pidió su mano y se casó con ella, y en seguida, hizo las visitas de matrimonio, como si nada hubiera sucedido. Algunas personas las pagaron, otras no; pero de todos modos, el asunto principió a olvidarse y ella tomó el lugar que le correspondía en la sociedad.

Adoraba a su marido como si hubiera sido un dios; porque usted debe comprender que él la había vuelto al honor y a la vida social, había vencido la opinión pública, se había encarado al insulto; en una palabra, había ejecutado tantos actos de coraje como pocos hombres son capaces de hacer, y ella sentía un exaltado y tierno amor hacia él.

Cuando resultó encinta y esto fué sabido, los más allegados le abrieron sus puertas, como si hubiera sido definitivamente purificada por la maternidad.

Es extraño pero así es: todas las cosas caminaban tan bien como es posible, hasta el otro día en que se celebraba la fiesta del santo patrono del pueblo. El prefecto, rodeado de su estado mayor y las autoridades, presidió un concurso musical, y cuando concluyó su discurso, comenzó la distribución de medallas, las que Paúl Hamot, su secretario privado, entregaba a aquellos a quienes habían sido asignadas.

Como usted sabe, siempre hay celos y rivalidades que hacen a las personas olvidar sus deberes. Todas las señoras del pueblo estaban allí sobre la plataforma, y a su turno había venido el director de la banda de la villa de Mourmillón. Esta banda debía recibir solamente una medalla de segunda clase, porque no se puede dar medallas de primera clase a todo el mundo, ¿no le parece? Y cuando el secretario privado le ofreció el premio, el hombre se lo arrojó a la cara exclamando:

—¡Puede usted guardar su medalla para Baptiste. Usted le debe una de primera clase, como la que me debe a mí!

Hubo personas que soltaron la risa.

La vida común no es ni caritativa ni refinada y todos los ojos se dirigieron hacia la pobre mujer. ¿Ha visto alguna vez volverse loca a una mujer, señor? ¡Bien, nosotros pudimos verlo! Ella se incorporó y volvió a caer en la silla tres veces consecutivas, como si deseara escapar, pero pensó que no podría pasar a través de la multitud, y en seguida se oyó a la muchedumbre que exclamaba:

—¡Oh! ¡Oh! ¡madame Baptiste!

Y un gran murmullo, parte risas, parte indignación, se suscitó. La frase fué repetida una y otra y muchas veces; la gente se ponía en la punta de los pies para ver la cara de la infeliz; los maridos levantaban a sus mujeres en brazos, de manera que la pudieran ver mejor, y la gente preguntaba:

—¿Quién es? ¿La del vestido azul?

Los muchachos gritaban imitando a los gallos, y las risas estallaban por todas partes.

Ella no se movió más, sentada en su silla como si la hubiesen puesto allí para que el pueblo la mirase. No pudo moverse ni coordinar sus ideas, ni siquiera esconder su rostro. Sus párpados se movían nerviosamente, como si una vívida luz brillara sobre ellos, y respiraba fatigosamente como un caballo que va descendiendo una loma empinada, de tal manera que se nos partía el corazón al verla. Mientras tanto monsieur Hamot había agarrado al rufián por el cuello y rodaban juntos por el suelo en una escena de indescriptible confusión, y la ceremonia fué interrumpida.

Una hora más tarde, mientras los Hamot regresaban a su hogar, la joven, que no había articulado una palabra desde el insulto, pero que iba temblando como si sus nervios hubieran sido puestos en movimiento por invisibles muelles, de pronto saltó sobre el parapeto del puente y se tiró al río antes de que su marido pudiera evitarlo.

El agua es muy profunda bajo los arcos y no fué sino hasta después de dos horas que su cuerpo pudo ser rescatado. Por supuesto, estaba muerta.

El narrador se detuvo, y en seguida agregó:

—Es lo mejor que pudo haber hecho bajo tales circunstancias.

Atravesamos las grandes puertas del cementerio Conmovido con lo que había oído, cuando el ataúd fué depositado en su bóveda, me adelanté hasta donde estaba el esposo sollozando violentamente, a estrecharle la mano con efusión.

Me miró sorprendido a través de sus lágrimas y me dijo.

—Mil gracias, señor.

GUY DE MAUPASSANT

DIBUJO DE MACAYA.

De San Isidro

Alumnos del Colegio Santa María que tomaron parte en el cuadro artístico "Las Flores", en el festival organizado en honor de la Hermana Superiora.



La Hermana Superiora Sor Juana y distinguidas familias de esta localidad que concurrieron a saludarla en el día de su cumpleaños, en el salón donde se verificó el homenaje.

«ALLÁ EN EL SUR»

A cuya exhibición privada hemos asistido, es una película nacional que continúa la serie de las filmadas por la casa Federico Valle por tierras de la Patagonia.

Esta cinta se diferencia de la anterior en dos puntos: en el paisaje y en el argumento; es decir, que la anterior abundaba en bellos y bien logrados panoramas de la Naturaleza, careciendo de argumento propiamente dicho, lo contrario que ocurre con la que acaba de estrenarse.

Ni se trata de un defecto ni de una ventaja artística. Simplemente de que la serie ha entrado en «acción» por medio del artificio, o sean los intérpretes, los cuales, en amigable colaboración con aquel medio, nos sirven un episodio literario de carácter dramático.

Hay un señor Sander cuyos negocios no prosperan; posee una esposa digna a quien Menton, el usurero de la comarca, prestó cierta cantidad con la malvada intención de exigir luego el pago aun a costa de la honra de esa mujer. Tal suma, a escondidas del marido, fué empleada por la consorte en los gastos del viaje de una «obeja descarriada», su hermana, infeliz pecadora arrepentida que regresa al hogar... El primer movimiento de Sander, cuando comparece su cuñada, es de rechazo. No la quiere bajo su honrado techo, no le perdona sus debilidades; mas intercede su esposa y el buen hombre consiente en admitirla.

Menton, entre tanto, apremia a la esposa para que le pague; también apremia a Sander por otras deudas, y... llega un día — una noche — en que la esposa, resuelta al sacrificio para saldar la oculta deuda con el usurero, salta del lecho conyugal y se dispone para la cita. La sorprende su hermana; adivina su «fatal» propósito y encerrándola de modo que no pueda salir y entregarse a Menton, acude ella. Aquí se nos presenta una escena «realista». El usurero, en su casa, aguarda impaciente a la víctima. Muévese el pestillo, ábrese la puerta... el semblante del hombre va reflejando a la bestia... y aparece la «otra», la hermana, que viene dispuesta a entregarse por substitución, para aplacar a la fiera.

Y ya Menton, después de la natural y hostil sorpresa por el «cambio», va reaccionando hacia ella, que se abandona, pasiva y anhelante; y ya las manos y los ojos ávidos de acariciar las semidesnudeces del busto de ella... y al abrazarla y juntarse los rostros un certero disparo hiere y tumba a la fiera. Era el obrero «bueno», el peón «regenerado» de Sander, ayer exigente por sus jornales y ahora, acaso por virtud de una mirada y de un agradecimiento, el salvador oportuno...

Este retazo del argumento explicará al lector el interés de la película. En cuanto a los intérpretes, todos bastante discretos, sin desentonar.

«CHICHINETTE Y COMPAÑÍA»

PRODUCCIÓN francesa, es una comedia sentimental muy agradable, tomada, para su adaptación cinematográfica, de una obra de Pierre Courlot. Es un episodio muy parisiense, de bohemia «bien» que concluye en un enlace un tanto previsto.

«EL LEGADO DE LA MODELO»

ES una cinta yanqui de gastado argumento. Artistas, modelos, etc. Tema muy socorrido y sin ninguna originalidad, pero, en cambio, bien presentado e interpretado, a su «modo», por artistas conocidos como Lila Lee, Thomas Meigham, Katheryn Williams...



Arauco Radal, un buen "papel" en la cinta "Allá en el Sur".

TEATRO DEL SILENCIO

«CON RIESGO DE SU VIDA»

A base de William Fairbanks, es una buena cinta «rural», de las muchas y excelentes que, en este estilo a lo *cow-boy*, produce Norte América sin agotar todavía la materia, bien que no todas brillen por su novedad.

«EL AMIGO DE SU MARIDO»

CONSTITUYE una «variación» de escenas bastante caprichosas; el argumento o lo que sea lo van deshilvanando, «sobre el terreno», Enid Bennet y Rolland Lee; la primera con alardes de un sentimentalismo cursi; el segundo de una «pasividad» escénica deplorable. Juzgando, pues, por comparación, digamos que esta película es del género malo y acertaremos.

«POR LOS QUE AMAMOS»

CELULOIDE melodramático, nos «convence» a medias porque Betty Compson en primer lugar y Lon Chaney después, exhiben actitudes que nos agradan; pero no por el «hilo» del episodio.

«LORD BLUFF»

ES película didáctica, de enseñanzas «sociales», que ridiculiza con gracia el exceso detectivesco, ya en decadencia como plato literario. Al estilo de «Lord Bluff», deberían filmarse otras muchas películas «reventadoras» de los múltiples aspectos que abarca el «bluff». ¡Hay tantos «blofistas» en el mundo! «Blofista» *sentimental*, que se apoya en la tradición, lo es el que, generalmente de origen latino, «opera» en grandes urbes, viste con elegancia aristocrática, pronuncia con pintoresco acento extranjero el idioma del país en que «aventurea», concurre a los tes danzantes de los grandes hoteles y concluye por casarse con una viuda o divorciada, crédula «jamona» y rentista... Esto supone cierta inteligencia cínica, labia, presentación... Aparecer como víctima heroica de la guerra europea y además ser pariente de un grande de España o de un cardenal italiano, es de «positivos» resultados matrimoniales. Recordamos que, hace cosa de siete meses, metió ruido en Nueva York un «príncipe» Enrique Alfonso de Borbón, que se hacía pasar — y pasaba en ciertos círculos — por hermano de don Alfonso XIII... Se casó con una viuda inglesa y millonaria, que era lo que se trataba de demostrar.

Siguen luego los «blofistas» comerciales, ricos tipos atareadísimos en la apariencia, hartos de pingües negocios, sobre cuyas mesas de trabajo, en las oficinas, «ruedan» varias libretas de cheques como al descuido, para «epatar» al visitante, presunta víctima; los «blofistas» literarios — otra «fauna» interesante — y también la de los políticos, sin olvidar la espectacular, en que se codean barulleros empresarios, productores y artistas.

En fin, un mundo muy curioso y divertido que debería salir retratado en películas que pudiéramos llamar «desinfectantes».

FLAPPER

PALABRITA que en Nueva York se ha puesto de moda, se aplica a las mujeres en general y en particular a las «girls», mitad «vamps» y mitad ingenuas, que taconean por las avenidas con exceso. *Tobilleras* es la traducción «convencional», la traducción del sentido que se le atribuye ahora al término, porque *flappers* llaman los ingleses, por los movimientos y contoneos «graciosos» que producen, a los patitos que se ejercitan en la natación.

Dorothy Gish está filmando ahora «La Tobillera rústica» (*The country flapper*) y habrá que verla — dentro de bastantes meses: los estrenos vienen muy despacio, después de explotados «convenientemente» por Yanquilandia — habrá que verla con sus hermosas pantorrillas inquietas e inquietantes.

SALONES Y VARIEDADES

UNA espontánea y amable comunicante mujer, y de las finas, a juzgar por su firma y por los delicados rasgos caligráficos de su cartita, nos «reconviene» porque no «pasamos un vistazo» por los salones, dedicándoles algunas líneas. «Las variedades y los salones «en sí» también son «hijos de Dios» — nos dice nuestra asidua lectora — y convendría que el cronista nos orientara *semanalmente*, a ver si «acierta» y «coincide» con nuestros gustos... porque no todos los salones ni todas las variedades justifican el reclamo».

Conformes...

Escribiremos, pues, en estilo telegráfico con el fin de multiplicar nuestras informaciones; y con la venia de usted, y con a de la Dirección, por supuesto, desde la próxima semana la complaceremos, y al público en general también.

«Que tanto puede una mujer que *ruega*», digamos con una «ligera» variante al verso clásico.

NARCISO ROBLEDAL.



Las dos intérpretes de "Allá en el Sur", película nacional. La de la izquierda — Amelia Mirel — caracterizó a la "obeja descarriada que vuelve al redil", pintándose con exceso; su compañera, hizo de esposa en punto de sacrificio y se llama Raquel Garín. Ambas "prometen". A ver si cumplen.



Comisión directiva del centro filodramático "Gabriel D'Annunzio" y asistentes al baile dado en honor de los marinos de la Armada

LA INMENSA MELANCOLÍA

Muchas veces he pensado que no es posible hallar serenidad en medio del grave y aterrador misterio de las cosas; que el espectáculo del dolor, de lo irreparable, de esa enorme incoherente que llamamos vida, es causa suficiente para amargar las horas de un hombre de buen corazón. Adonde quiera que nuestros ojos se asomen verán presentes las máscaras del dolor, los ojos arrasados de lágrimas, los labios temblorosos, las manos suplicantes... Hasta en los ojos sin pensamiento del animal encontramos la misma honda tristeza. Yo, cuando alguna vez sentí el ciego impluso de cometer violencia con uno de mis semejantes, le miré intensamente a los ojos, y la tristeza de ellos me aplacó la cólera y me hizo abrir los brazos. Hay una infinita melancolía en el fondo de las almas y en el abismo de los ojos.

RICARDO LEÓN.

REFLEXIONES

Los viejos se apegan demasiado a sus ideas. Por eso los naturales de las islas Fidji matan a sus padres cuando son ancianos. Así facilitan la evolución, mientras que nosotros la retardamos fundando academias.

— La intolerancia pertenece a todos los tiempos. No hay religión que no haya tenido sus fanáticos. Todos nos sentimos inclinados a la adoración. Todo nos parece excelente en lo que amamos y nos causa pena que se nos muestren los defectos de nuestros ídolos. Los hombres se niegan a poner un poco de crítica en las fuentes de sus creencias y en los orígenes de su fe. Verdad es que si se meditase mucho en los principios, jamás se creería en nada.

ANATOLE FRANCE.

Compañía SUOMI (S. V. K.)

SAN MARTIN, 201 — BUENOS AIRES

Dirección Telegráfica: SUOMI — TELÉFONOS: 2052, Avenida; 4228, „

Casa Matriz: HELSINKI, SUOMI (Finlandia)

Importación - Exportación
Navegación

Es la casa principal en el intercambio entre las Repúblicas Argentina y Suomi, siendo este último País el más importante proveedor de Papel y Pasta para la República Argentina.



16 Colores
Negro Brillante
Negro Mate
Rojo Cardenal
Amarillo
Azul Marino
Azul Eléctrico
Azul Victoria
Verde Manzano
Lila
Rosa Viejo
Cereza
Champaña
Moreno
Violeta
Gris
Natural

APLICADO con un pincel, COLORITE obra como una varilla mágica, pues transforma su sombrero de paja viejo en uno nuevo, impartiéndole a la vez el color de última moda. Su sombrero de paja del año pasado le quedaba muy bien, pero su color se ha desteñido o no hace juego con su vestido. No compre uno nuevo. Trátelo con COLORITE. Sus amigas no notarán la diferencia.

Con un pincel aplique el color que más le guste a su sombrero de paja viejo. En media hora se secará, produciendo un color permanente e impermeable. Un sombrero nuevo en pocos minutos y gastando muy poco — tal es el efecto mágico del COLORITE.

Cualquiera puede usar COLORITE. En cada cajita hay instrucciones claras y un pincel para aplicarlo. Si Vd. quiere resultados seguros, insista en COLORITE. Ninguna imitación le satisfará.

Venta en Farmacias, Droguerías, Pinturerías y Ferreterías.

PRECIO DE VENTA con pincel, $ 1.— el frasco. — **16 COLORES** para satisfacer sus deseos.

Cuidado con las imitaciones. Exija



Agentes:
MAYON Ltda.
Av. de Mayo, 1245 - Bs. Aires

Colorite
PARA SOMBREROS DE PAJA

Fabricado por:
CARPENTER-MORTON Co.
Establecido en 1840
Boston, Mass., E. U. A.

M A D R I G A L E S

AUSENCIA

La noche que entre lágrimas te fuiste
sin escuchar un punto mi querella,
fué una noche de duelo... ¿No supiste?
Todos los astros en la noche aquella,
con la angustia de un éxodo muy triste
se fueron al sepelio de una estrella.

CONGOJA

Hoy he buscado en vano tus pupilas
que en la húmeda piedad de sus miradas
tienen para mi espíritu abatido
radiación de infinitas luminarias...

Y aunque todo se puebla de sonrisas,
y está loca de cantos la mañana,
siento con dolorosa pesadumbre
que hoy no ha salido el sol para mi alma.

PARALELAS

I

Si en luz florecida
se abrió hacia la vida
tu santa ilusión,
del mundo en la fiesta
como una protesta
gimió mi canción.

II

Si tú eres la sana
y alegre mañana
que en lumbre se da,
yo soy — Dios lo quiere —
la tarde que muere
y el sol que se va...

G U I L L E R M O   S A R A V Í



SHIMMY
— Anoche estuve bailando y estoy cansadísima.
— ¿Dolor de pies, verdad?
— No. Tengo los hombros doloridos.



— ¿Cómo encontraste a tu padre, Juan?
— Con el comisario y dos perros, señor.



— ¿Estás seguro que marchamos en la misma dirección, Guillermo?
— ¡Oh! sí, tío.
— Entonces da vuelta a la gorra.



El muchacho. — Esta señora viene conmigo.



A la vista de un Bay Biscuit

se levantan las manos en una súplica cariñosa y lo que no pueden decir los labios, lo dicen los ojitos, en la expresión deliciosa de un deseo incontenible.

Se venden, en latas y en paquetes, en toda la República.







Por qué la mató

Juan de Flor no había matado en su vida una mosca... pero volaba más que una mosca. ¡Ya lo creo! Como un águila. Mudábase de villa, país y hasta continente con la misma facilidad que se cambiara de corbata.

Por lo cual no debe maliciarse que el buen hombre fuera rico. Su única riqueza eran las alas, y fuéle así dado vivir de su plumaje. (No digo que de su pluma, porque una sola no le bastara para desfogar toda su enjundia literaria).

Con sus plumas volaba y de sus plumas vivía, y nunca diérase el caso de que Juan de Flor dejara de emborronar cuartillas; que si sus prosas no se cotizaban, ya se cuidaría él de ganarse los garbanzos dando a sus aptitudes una orientación más propicia; valga decir: haciendo cuentas en vez de cuentos y empuñando así a toda costa, aunque fuese aritméticamente, la lanza de la grafomanía andantesca.

Mas, a pesar de su carácter ambulante, era tan pusilánime y poseía un alma tan bondadosa, que nunca le sucedió nada extraño, aparte de que le dejara un tren o se equivocase al tomar un navío. Y de esta suerte su inspiración era de un subjetivismo tan sutil y sentimental que sólo por sentimental y sutil pudiera parecer ingeniosa a los versados en materias de arte.

De aquí que las más de las veces mientras mejores eran los cuentos de Juan de Flor, peores las cuentas le salían, y de lírico acabase siempre en contabilista.

— Tu arte no es nada interesante — decíanle sus lectores. — A tus personajes nunca les pasa cosa alguna. No les da ni siquiera un catarro.

Juan de Flor escandalizábase al oir aquellas criminales aseveraciones. Tan enemigo era él de hacerle mal a nadie que la misantropía no se le partió de las mientes ni tan siquiera ante los personajes creados por su imaginación. Y hubiese preferido cortarse la mano derecha y echarla al fuego antes que causar el menor perjuicio a ninguno de sus protagonistas. En esto considerábase grande y bondadoso como un Dios; porque teniendo en su poder un mundo salido de la fantasía, al cual pudiera destruir con un solo soplo de inspiración «guiñolesca», procuraba mantenerlo tan alegre y sosegado como un paraíso.

No obstante...

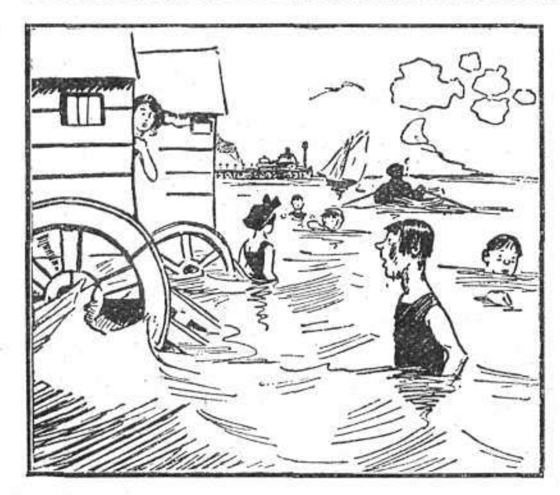
Un día se le despertaron a Juan de Flor las más frenéticas ansias de popularidad y voló... ¿adónde piensan ustedes que voló esta vez?... Pues nada menos que a conquistarse a Buenos Aires.

Llegó a la gran cosmópolis platense con una maleta de ropas viejas y un baúl de manuscritos y comenzó a dispersar cuentos y poemas por ese mundo editorial. Comprenderán ustedes que sufrió un rechazo desconcertante.

— ¡Pero amigo mío! — le dicen todos los editores. — Esto no es más que un aluvión de palabras bonitas. Aquí nada sucede... No puede negarse que usted tiene algunas dotes; pero necesita desarrollarlas.

— ¡Nada sucede! — pensaba Juan de Flor triste y desconcertado, barruntando que había perdido el tiempo al estudiar a los grandes maestros de la literatura. — ¿Por qué ha de ser preciso que en la vida suceda siempre algo?

De buena gana hubiese abierto las alas para volar de nuevo; pero el volátil intelectual estaba resuelto a triunfar. Quiso entonces apelar al eterno recurso de las cuentas, en tanto que encontraba un editor que hubiese oído nombrar a don Miguel el manco; pero descubrió que en Buenos Aires, aunque son muchos los escritores,



— No encuentro mi vestido de baño, Jorge.
— Mira otra vez. Tal vez lo tengas puesto.



El. — No cederé hasta que no sea el primero en sus afecciones.
Ella. — ¡El primero! ¡Qué pretensión! ¡Ya se conformará usted con lograr un lugar!

más abundan los contabilistas vacantes. Esta vez le era forzoso ganar el diario sustento a trueque de literatura, so pena de ser desplumado vergonzosamente.

Así pues, para ceñirse a las exigencias del público determinó archivar su bagaje y comenzar una nueva obra y una nueva vida. Salió al efecto en busca de aventuras que le permitiesen inspirarse y pasó varias noches en blanco traginando por bares y cabarets, o entablando coloquio con todas las gentes de mala traza que pueblan el Paseo de Julio.

Al cabo de andanzas y flaquezas y madurar una cosa sobre otra, hallándolas todas impropias para su buen gusto, concibió una novela al rededor del engaño de cierto vago que tendiese a una dama honesta la más cruel de las celadas, para dejarla luego sola y malferida de amores.

Escribió sin embargo tal cosa muy mal de su grado; pues las penas de aquella prójima le remordían como si en verdad él las estuviera causando. Aquello de poner a una mujercita honrada y bien parecida en manos de un follón de mala catadura y peores procederes para despedazarle el alma y algo más — o menos — que el alma en la penumbra de una encrucijada, y hacer que el menguado desapareciera luego sin dejar huella, parecíale oficio más propio de la clásica Celestina que de un escritor que se estimase.

Tentación tuvo a veces de despedazar las cuartillas, pero quiso la mala suerte que el imperativo del estómago pudiese más que la propia estimación; que por mal que ésta se halle nunca sentirá hambres ni cosa parecida... Y así Juan de Flor perseveró en la obra, creyéndose criminal hasta el punto de que todo ruido inesperado le espantaba, como si fuesen a sorprenderle en flagrante delito.

Tras del punto final anduvo vacilando en poner la firma; y aquí volvió a erguirse el amor propio. Un nombre impoluto no debía ir a la postre de tan vil hazaña, y decidió él en consecuencia enmascararse con un pseudónimo que por lo truculento corriese parejas con el escrito; y de Juan de Flor y Juan-lanas que era pasó a llamarse Martín Fulminante.

Temiendo haberse excedido en lo dramático del asunto, presentóse de nuevo al editor. Este le hizo venir en balde muchas veces, y después de tenerle quince o más días en suspenso le dió un dictamen inesperado:

— Sí... Esto es ya algo mejor que lo otro... Hay asunto... pero tampoco sucede casi nada... Usted no lo ha sabido explotar... Es preciso que pase algo emocionante, que se llegue a un fin.

— ¿A un fin?... ¿Cual, por ejemplo?

— Esa mujer debe morir — sentenció el editor con un estoicismo a lo Felipe II.

Juan de Flor... digo, Martín Fulminante estuvo a punto de estallar. Sintió como si condenaran a muerte a una inocente y él, el más pacífico de los mortales, tuviera que matarla con sus propias manos. Todos sus buenos instintos se rebelaron y poco le faltó para incinerar el sobredicho manuscrito a los mismos ojos de quien tan criminal propuesta le hacía.

— ...No es posible, señor... No es posible...

— Entonces no puede publicarse... Resuelva usted lo que debe hacer.

La intensa emoción despertó en Juan de Flor el hambre atrasada. Se acordó de que durante el día apenas había pasado por su garganta un pan duro húmedo en café frío, y comprendió entonces la razón que tuvo Esaú al cambiar sus derechos de primogenitura por un plato de buen guiso.

— ¡Sea, pues! — exclamó el autor en voz baja, temeroso de que le escuchasen tan trágica determinación, y procedió a poner en juego todo el heroísmo de que era capaz. — La mataré aquí... ¡Ya!... ¿Qué clase de muerte quiere usted?... ¿La ahorco?... ¿La enveneno?... ¿La fulmino?

— Todo eso está ya muy gastado... Sería mejor que la atropellara un automóvil...

— Está bien... ¿Dónde puedo hacerlo?

— Pase usted a aquella habitación... Ahí encontrará papel, tinta, pluma, diccionario...

Juan de Flor se halló solo ante aquellos utensilios que se le antojaron terribles instrumentos de tortura; le rodeó un silencio fatal; cerró los ojos del espíritu, empuñó la pluma a manera de daga y comenzó a proceder... Vió la acera llena de gente... Los autos y coches pasan a todo correr... Ella va muy triste en el tumulto, entregada a sus pensamientos... Juan de Flor se le acerca por la espalda... en puntillas... Siente él que su corazón le da un vuelco, que le baña un sudor frío... Vacila y quiere retroceder... Pero súbito el aparato digestivo le da una orden seca, terminante... ¡Plum!... ¡La empuja!... Se oye un grito desgarrador, bronco... un traquear de huesos... La gente se arremolina y corre al lugar de la catástrofe... Ella está bajo las ruedas, con la cabeza desprendida del tronco, arrojando borbotones de sangre que enrojecen el asfaltado... Juan de Flor se estremece, crispa los puños, huye a toda prisa como si el demonio viniera tras él para estrangularlo; lleva el semblante contraído y pálido, temblorosos los labios, los cabellos en desorden... y tropieza con el escritorio del editor, que le espera sonriendo despóticamente.

— ¡¡¡Ya la maté!!! — exclama con voz ronca, llena de espanto, viéndose las manos tintas en tinta... — ¡¡¡Ya la maté!!!!...

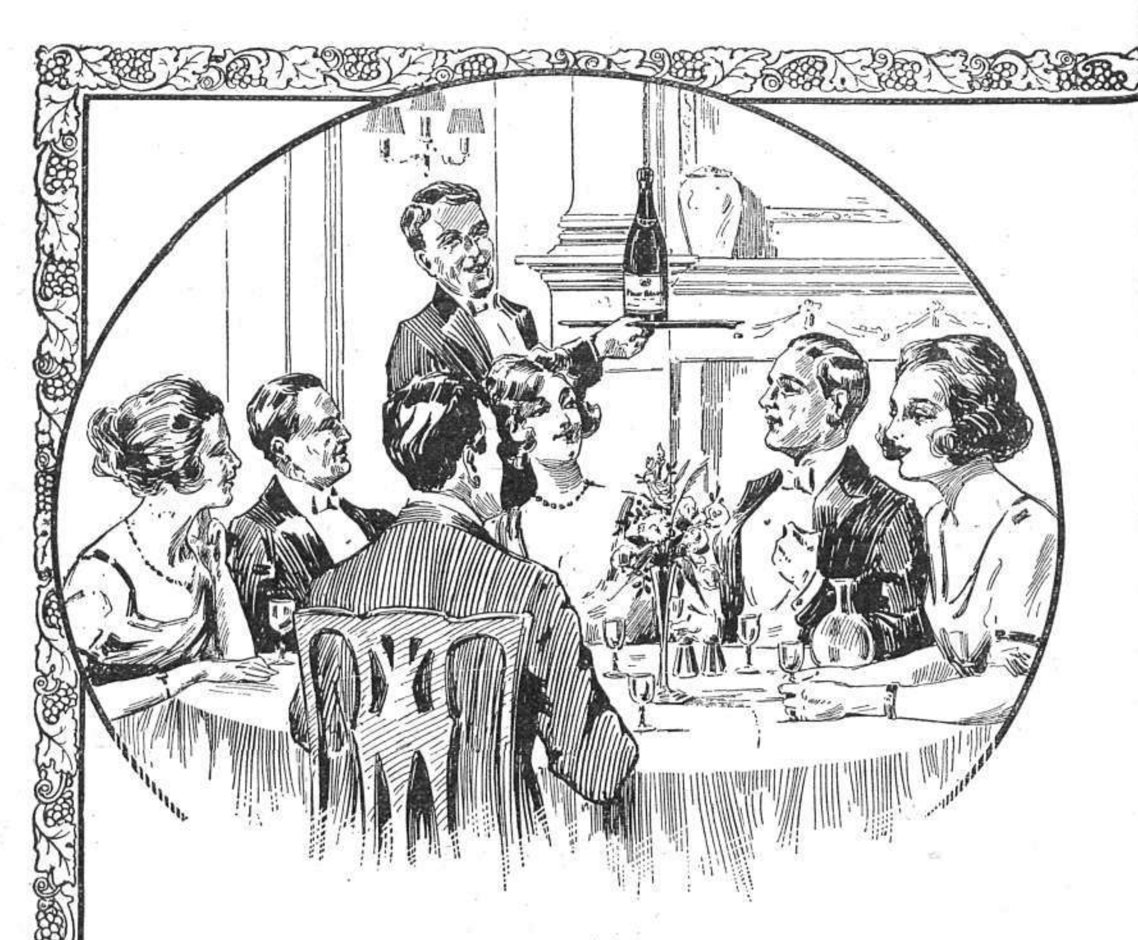
Así inició una carrera Martín Fulminante, alias Juan de Flor, quien al poco tiempo — ¡falsedad parece! — llegó a ser el primer criminal de la literatura argentina.

LUIS ENRIQUE OSORIO


Pedestrismo prehistórico: Llegada a la meta.


La mujer (encolerizada). — ¿No es usted el mismo hombre a quién le di en las Navidades pasadas un rico pastel?

El vagabundo (amargamente). — Sí, señora. Los médicos me dijeron que no comiera otro si quería vivir.



LOS ATRACTIVOS

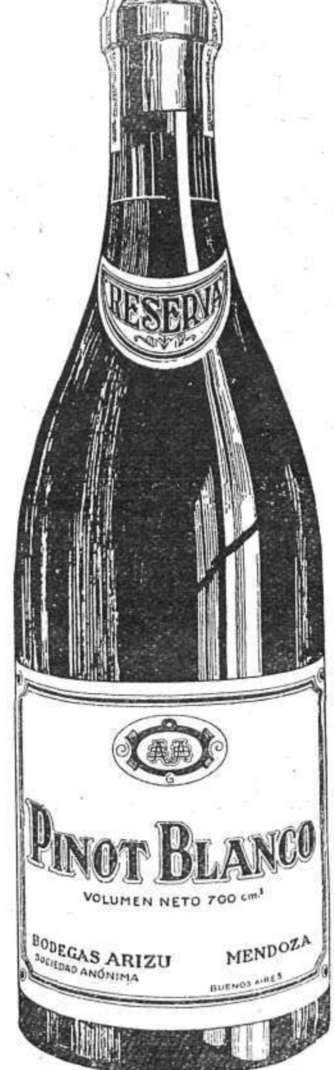
de una mesa bien dispuesta, en donde la animación y el gusto reinen por doquier, serán siempre mayores eligiendo vinos de **una pureza intachable, genuinos y de exquisito sabor.**

Esta misión la llenan con exceso los **insuperables**

Vinos Arizu

El Orgullo de la Producción Nacional

Vinos Arizu



EXIJALO A SU PROVEEDOR

Soc. Anón. VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU

Avda. de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032

Lunch con que la sucursal del Banco de Italia y Río de la Plata festejó el quincuagésimo aniversario de la fundación de dicha entidad bancaria en el país.

De Vicente López



Monseñor Agustín Piaggio, vicario general de la Armada, rodeado por los amigos después del banquete con que éstos lo obsequiaron, agradeciendo su eficaz cooperación en la fiesta patronal del pueblo de Florida.

¿QUÉ ES HONOR? — ME DICES.

El honor, hijo mío, es una obligación, viva y presente en la conciencia, que nos inclina al cumplimiento del deber. El honor está por encima de la vida, de la hacienda y de cuanto existe en el mundo, porque la vida acaba en la sepultura y la hacienda y las cosas que poseemos son transitorias, mientras que el honor a todos sobrevive, trasciende a los hijos, y a los nietos, y a la casa donde mora, y a la tierra donde se nace, y a toda la humanidad; finalmente, como un aroma eterno de virtud, el honor es el patrimonio del alma, el depósito sagrado que Dios nos confía al nacer y que habremos de devolverlo intacto al morir: es la rectitud del juez, el heroísmo del soldado, la fidelidad de la esposa, los votos del sacerdote, la santidad de los juramentos, la obediencia a las leyes, el respeto a la opinión...

Es una cosa hijo, mío, tan grande y tan hermosa que por ella — no lo olvides nunca — se debe sacrificar la vida, la hacienda y las más hondas afecciones del corazón.

Si algún día, cuando seas hombre, vieres tu honor en peligro, acuérdate de tu abuelo, acuérdate de tus padres, acuérdate de ese buen caballero de Tarifa que echó el cuchillo para que matasen a su hijo antes que entregar la plaza que tenía por la Patria y por el rey.

RICARDO LEÓN.

LA VIDA DE LA ILUSION

Para los que no habían intimado algo con él, la vida de Atilio se desarrollaba como la de cualquier mortal. Sin embargo, Atilio, sin ser un soñador incorregible, transcurría una parte de su existencia sumido en la vaguedad de las ilusiones que alimentaba.

Algunos de sus amigos, de esos para los cuales el objeto de la vida consiste en obtener el mayor provecho material posible con el menor esfuerzo y en el más mínimo tiempo, encontraron en él «algo que no era natural».

— No pierdas el tiempo — le dijeron, — la vida hay que vivirla. Déjate de ilusiones irrealizables y contempla la existencia en su verdadero valor y en lo que es, y sólo así aprenderás a vivir.

Vivo escozor momentáneo producían en Atilio las reflexiones de estos amigos, mas luego, llevado de su ingénito modo de ser, olvidaba esas sugestiones para entregarse a su mundo interior.



Al cabo de unos pocos años Atilio vió que sus amigos, perseguidores encarnizados del éxito — sin desperdiciar medio para conseguirlo — se hallaban gozando de esas buenas posiciones que son el delirio de todos.

Intimamente Atilio se hallaba bien; lo que no podía evitar era la ambigua conmiseración que leía en los rostros de los que le rodeaban.

— ¡Parece mentira — decían — que un joven con talento no se encumbre, cuando tantos otros mediocres han llegado a lugares envidiables!

Estas gentes ignoraban que no siempre se triunfa con el talento y que, muchas veces, éste representa un serio obstáculo. Otras personas atribuían a su temperamento soñador la medianía de su posición

Atilio no hizo caso ni a unos ni a otros, pero andando el tiempo la insolencia de algunos encumbrados llegó a hacer mella en su espíritu. Afloró su amor propio latente y optó por cambiar.

— Indudablemente — pensó — que este afán idealista que me domina es lo que me impide progresar. Veo las cosas de la vida desde un plano demasiado alto quizá, no queriendo tampoco mezclarme en lo que juzgo bajos materialismos. Debo cambiar. Haré todo lo que pueda por rehuir esos ensueños que me perjudican.

No sólo fué su voluntad sino la vida misma, que le obligó a ver todo el rudo prosaísmo de la existencia.

Y Atilio logró su intento. Ya no veía sueños ni ideales. Sólo tenía en cuenta las realidades por duras que fuesen. Una especie de orgullo basado en su materialismo parecía dominarle.

Pero su temperamento podía variar por un tiempo, aunque no para siempre. La realidad se le tornó irritante, la vida en esas condiciones, insoportable.

Frente a mezquinos intereses, rodeado por pequeñeces y bajezas, esforzándose por no ver otra cosa que el prosaísmo de la realidad, su ánimo fué decayendo, agostándose en un medio que no era el suyo. De tal modo, llegó a la consecución de una certeza, tanto más valedera, dado su modo de ser: que la vida sin un poco de ensueño, sin un poco de ideal, se torna sin objeto; que la vida sólo se favorece por medio de la ilusión. La vida sin ilusión es como la ilusión sin vida; a ambas le falta algo.

Atilio se convenció de lo que significa en la vida ese eterno soplo divino, recogido en el poema de Darío:

Que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

LA VIDA EN LOS OJOS

La niñez de Archibaldo transcurrió en el estudio, bajo la mirada severa de un preceptor que no sabía otra cosa de la vida que lo que le decían los fríos caracteres de los libros. Luego, cuando Archibaldo entró en la adolescencia, sus padres perdieron sus bienes de fortuna y tuvo que emplearse en un comercio donde marchitó su juventud.

Pero sus deseos por las letras y las artes eran vehementes y abandonó los libros de cuentas. Y en su fervor estético sobrepuso su ardor a las circunstancias, y en poco tiempo logró forjarse una situación, si no envidiable, por lo menos admisible.

Un día llególe el momento de amar, y una muchacha llena de longanimidad y belleza se enamoró de él y le ofreció su dicha para unirla a la suya. Pero aparte de la figura simpática y cyranesca de Archibaldo, lo que más atrajo a su afecto fueron los hermosos ojos rasgados, negros, luminosos como un día de primavera, llenos de una arrobadora expresión.

Cuando las asperezas de la lucha diaria decaían el ánimo esforzado de la muchacha, retrataba su rostro en los ojos del bien amado y ellos le daban nuevo estímulo para recomenzar la jornada.

Pero las miniaturas artísticas y las albas cuartillas amustiaron la belleza de aquellos ojos, y el cansancio fué empañando lentamente su extraño fulgor. Perdían, poco a poco, su fijeza, su hermosa sugestión; tornábanse rojos, opacos...

Y ella, Isolda, en la que los ojos de Archibaldo ejercían indefinible atracción, pidióle que tirara su pluma, que arrojara sus pinceles. Archibaldo, entonces, le recordó que la vida de ambos dependía de su trabajo, de sus colores, de sus cuartillas; que sus ojos eran los que dirigían la pluma y los pinceles; que la vida de ellos estaba en sus ojos.

Y ella tuvo que acceder.

La vida de triunfos que se había abierto para Archibaldo exigía una labor constante, y el brillo y salud de sus ojos se iban lentamente tras las blancas hojas de papel, tras las vírgenes telas de pintar.

Hasta que un día ella le dijo que no podía vivir sin el brillo de sus ojos, que aquellos ojos que sacrificaba poco a poco, eran su vida; que su vida estaba en sus ojos.

El tuvo un gesto repentino: abandonó sus letras y sus cuadros.

Pero el ambiente clamaba contra su súbita inercia; la perspectiva de la falta de dinero era cada vez más cercana.

Aquello no podía continuar y, como era de suponer, Archibaldo tuvo que volver a su trabajo.

Y el dulce encanto de sus ojos se perdió para siempre.

La vida estaba en sus ojos y él los sacrificaba en aras de ella.



INTERESA

a todo comerciante o empleado conocer los importantes adelantos introducidos en los nuevos modelos de Máquinas

Olivetti

siendo que en el estudio y en la construcción de sus principales mecanismos han sido aplicados principios modernos que le aseguran numerosas y evidentes ventajas sobre todas las máquinas de escribir conocidas hasta la fecha. Aunque de construcción absolutamente superior, los precios de las Máquinas **Olivetti** resultan los más convenientes y representan la más sabia inversión de dinero para toda persona progresista.

Pidan folletos descriptivos y la nueva lista de precios rebajados a los Agentes en las principales Ciudades de la República o a los Importadores Exclusivos

CURETTI & Cía.

Reconquista esq. Lavalle — Casilla Correo 178 — Buenos Aires.

U. T. 3391, Libertad
C. T. 1715, Central

Olivetti
IVREA ITALIA
M20 · ING. C. OLIVETTI & C. IVREA · M.20


Cinzano
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1922

AÑO XXV

CARAS Y CARETAS

N.º 1249

JOSÉ S. ÁLVAREZ

FUNDADOR





DON DIEGO DE ALVEAR Y PONCE DE LEÓN, BRIGADIER ESPAÑOL.



DON CARLOS M. DE ALVEAR, HÉROE DE NUESTRA INDEPENDENCIA.



ESCUDO NOBILIARIO DE LA FAMILIA ALVEAR.

La casa solariega de los Alvear está en el principado de Asturias. Muchos de sus deudos tomaron parte en las guerras y conquistas del imperio español. Un caballero de la rama andaluza, don Diego de Alvear y Ponce de León, vino al Río de la Plata en 1783 donde contrajo matrimonio con doña Josefa Balbastro y Dávila.

En un viaje a España el buque que conducía a la familia fué atacado por los ingleses frente a Cádiz, salvándose don Diego y su hijo Carlos y pereciendo la esposa y siete hijas.

Su hijo don Carlos María de Alvear nació en Santo Angel (Misiones) en 1788. Camarada de San Martín le acompañó en el viaje a Buenos Aires (1812) y en las campañas libertadoras. Estaba casado con doña María del Carmen Sáenz de Quintanilla. Murió en Nueva York en 1852.

Emilio Alvear, nacido en Buenos Aires, (1820) fué diputado nacional y ministro de Relaciones Exteriores. Torcuato de Alvear nació en Buenos Aires (1823); es el intendente creador de la moderna metrópoli. Diego de Alvear, también porteño (1825), médico y distinguido hombre público, tomó parte en las campañas de Lavalle y Urquiza contra Rosas. Fué el fundador del Club del Progreso.

Hijo de don Torcuato es don Marcelo T. de Alvear, presidente electo de la Nación Argentina.

DESDE 1783 UNA RAMA DE LA ARISTOCRÁTICA CASA DE LOS ALVEAR SE RADICÓ EN LA ARGENTINA



OCUPANDO PREEMINENTES PUESTOS EN NUESTRA HISTORIA





A BO..O DEL "MASSILIA".

EL DOCTOR ALVEAR DESPIDIÉNDOSE, EN EL MUELLE DE BURDEOS, DEL ALCALDE DE LA CIUDAD.

EL VIAJE TRASATLÁNTICO DEL DOCTOR ALVEAR, FUÉ SEGUIDO POR NUESTROS COLABORADORES CON UN INTERÉS TAN ESPECIAL, QUE PODEMOS OFRECER HOY LA PRUEBA GRÁFICA MÁS COMPLETA DEL ÉXITO QUE HA SIDO EL RETORNO A LA PATRIA DEL PRESIDENTE ELECTO.

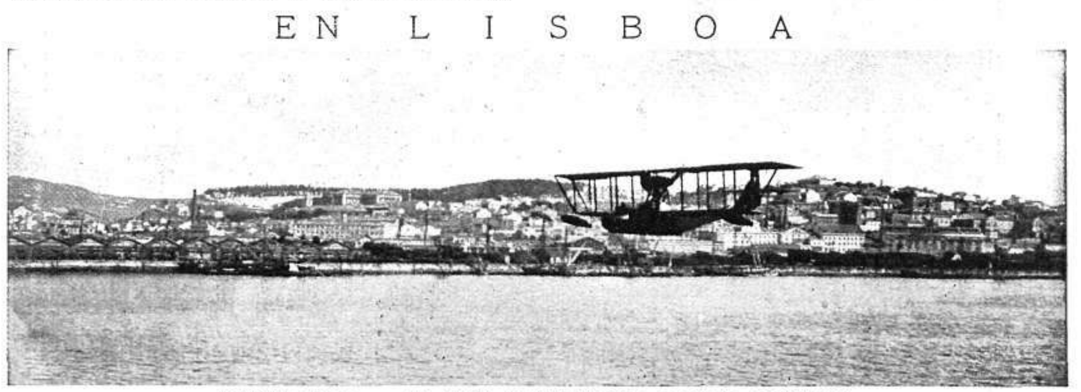
EN VIGO



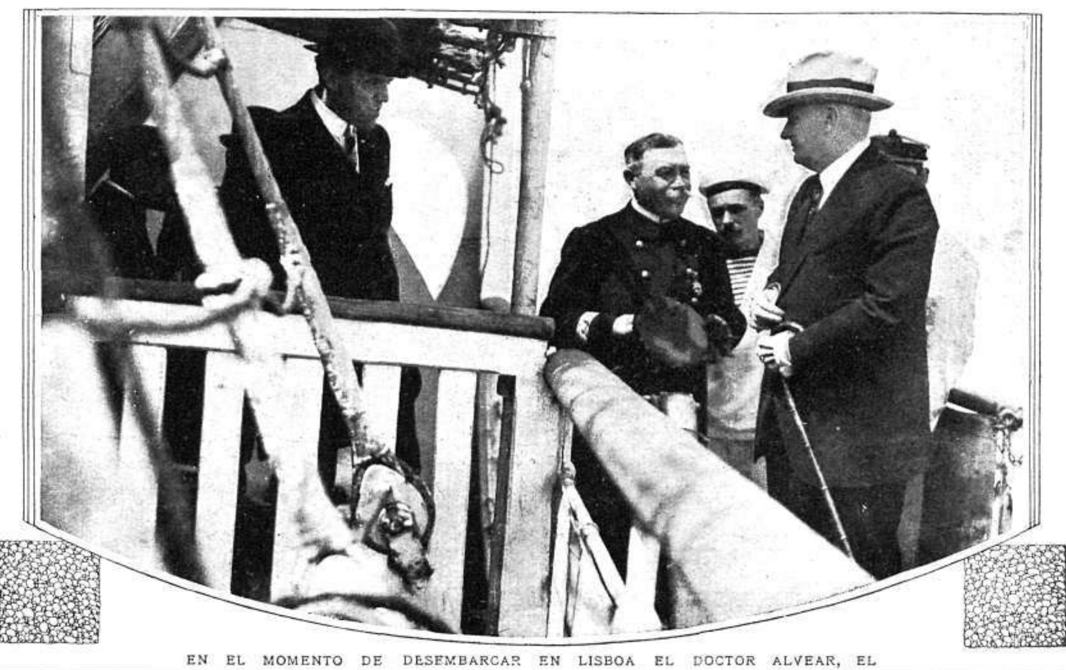
LA LANCHA PRESIDENCIAL RODEADA DE UNA MUCHEDUMBRE DE BARCOS PESCADORES, REPLETOS DE ADMIRADORES QUE CANTAN EL HIMNO ARGENTINO AL PASO DEL DR. ALVEAR.

LOS BARCOS PESCADORES, CARGADOS HASTA EL TOPE, ACLAMANDO AL DOCTOR ALVEAR.

EN LISBOA



FRENTE A LISBOA. — UN AVIÓN MILITAR VIENE A SALUDAR AL HUÉSPED.



EN EL MOMENTO DE DESEMBARCAR EN LISBOA EL DOCTOR ALVEAR, EL

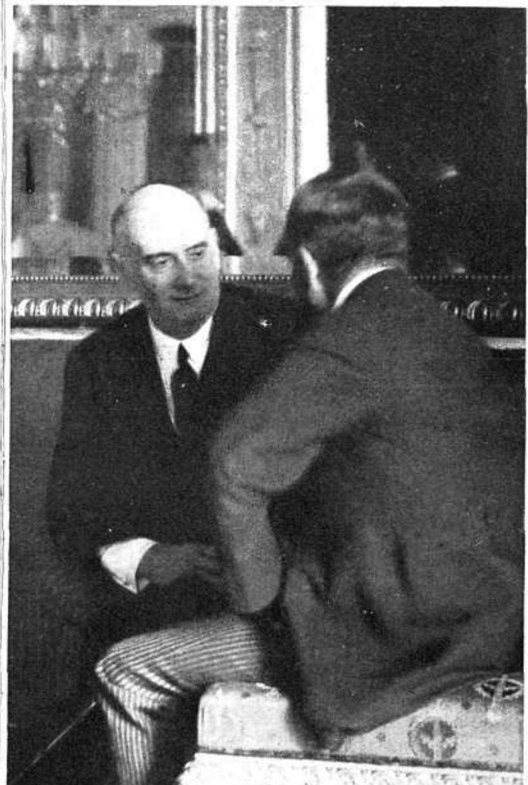
EN RIO DE JANEIRO

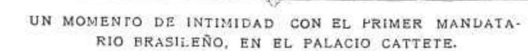


DEJANDO LA FALÚA PRESIDENCIAL.



AL TERMINAR EL HIMNO ARGENTINO.





UN MOMENTO DE INTIMIDAD CON EL PRIMER MANDATARIO BRASILEÑO, EN EL PALACIO CATTETE.

SALIENDO DEL PALACIO CATTETE.



EN UN APARTE CON EL PRESIDENTE PESSOA.

LA CENA EN EL PALACIO CATTETE. — DE IZQUIERDA A DERECHA: EL CARDENAL CHERUBINI, LA SEÑORA DE PESSOA, EL DOCTOR ALVEAR, EL PRESIDENTE DEL BRASIL Y LA SEÑORA DE ALVEAR.

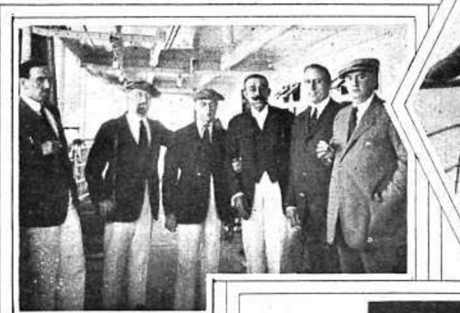


ESTUDIANDO EL ANTEOJO PARA DESCUBRIR TIERRA.

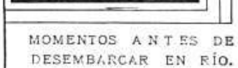
LOS ESPOSOS ALVEAR CON MIEMBROS DEL SÉQUITO Y LAS SEÑORITAS DE SAGUIER Y FIGUEROA.



CON EL SEÑOR FIGUEROA Y ESPOSOS MAGNASCO.



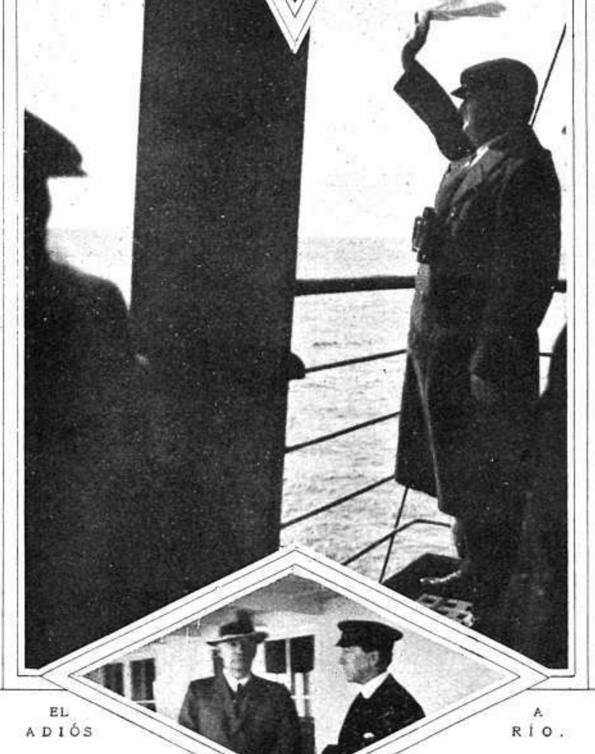
LOS SRES. FIGUEROA, SAGUIER, LUPO, APELLÁNIZ.



MOMENTOS ANTES DE DESEMBARCAR EN RÍO.



EL DR. APELLÁNIZ, Y LA SEÑORITA DE CASANEGRA.



EL ADIÓS A RÍO.

EL DOCTOR ALVEAR Y EL SEÑOR ROBERTO LEVILLIER.



EN POSE PARA «CARAS Y CARETAS»



LA SEÑORA DE ALVEAR APERCIBIENDO EL CERRO

LA VIDA DE ABORDO PUSO DE RELIEVE EL CARACTER «AMERICANO», PODRIAMOS DECIR, DEL DOCTOR MARCELO T. DE ALVEAR. FUE UN PASAJERO MAS EN AQUEL PALACIO FLOTANTE DEL BARCO FRANCES, ENCANTANDO CON SU NATURAL AMABLE A SUS COMPAÑEROS DE RUTA. EL HOMBRE POLITICO PARECIO OLVIDAR LAS PREOCUPACIONES DE



EL DR. PÉREZ, MINISTRO ARGENTINO EN VIENA, Y

EN ALTA MAR



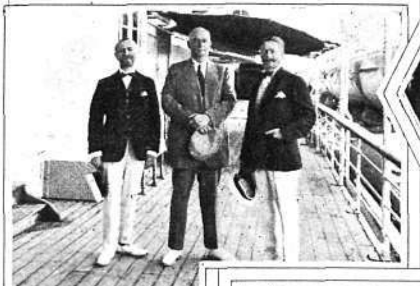
CONVERSANDO CON EL DOCTOR PÉREZ.



EL MAESTRO PINI TIRANDO CON EL SEÑOR GEO GERALD (HIJO), DURANTE EL VIAJE.



CON LOS DOCTORES APELLÁNIZ Y SAGUIER.



CON EL BURGOMAESTRE DE BRUSELAS, MAX.

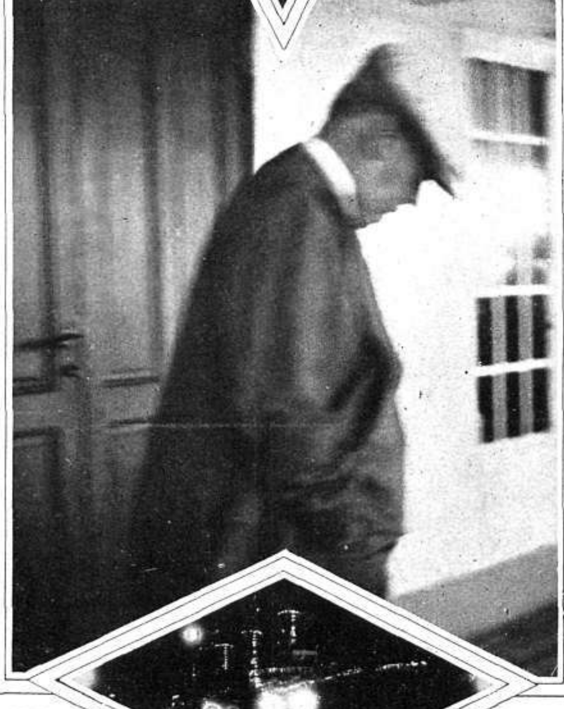


LA SRA. DE ALVEAR SE ENTERA DE TELEGRAMAS



EL DOCTOR ALVEAR SONRIENDO DE LAS BROMAS DEL DOCTOR APELLÁNIZ.

EL SOBRINO LE EXPRESA LOS SALUDOS DE LOS RADICALES DEL SOCORRO.



ATRAVESANDO PREOCUPADO LA NEBULOSA DE LA POLÍTICA EN UNA MAÑANA DE CERRADA NIEBLA.

EL «MASSILIA» DEJANDO EL MUELLE DE RÍO DE JANEIRO.



EL DOCTOR ALVEAR CON NUESTRO ENVIADO ESPE-

SU CARGO, Y NUESTRO OBJETIVO NOS LO MUESTRA SONRIENTE SIEMPRE; ESPOSO CARIÑOSO, AMIGO JOVIAL; ALLANANDO CON SU AFABILIDAD LA TAREA DE NUESTROS ENVIADOS ESPECIALES A RECIBIRLE EN RIO DE JANEIRO, EL VIZCONDE DE LASCANO

«OMAR», EL PERRO FAVORITO DE LOS ESPOSOS AL-

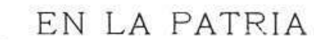
EL RECIBIMIENTO TRIUNFAL DEL URUGUAY AL PRESIDENTE ELECTO

EL ENTUSIASTA ABRAZO DEL DOCTOR BRUM AL PRESIDENTE ARGENTINO DE MAÑANA.

EL DOCTOR ALVEAR Y EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DOCTOR BUERO, DEJANDO LA CASA DE GOBIERNO.

LA RECEPCIÓN EN LA LEGACIÓN ARGENTINA. — EL PRESIDENTE BRUM, EL DOCTOR BUERO Y EL MINISTRO ESTRADA, RODEANDO

EL Dr. ALVEAR EN LA PATRIA





EL PRESIDENTE ELECTO SALUDA EMOCIO



EL ABRAZO HISTÓRICO DEL DR. IRIGOYEN Y EL DR. ALVEAR



NADO LAS RIBERAS DE LA TIERRA NATAL.

EL PUEBLO DE BUENOS AIRES TRIBUTA AL

DR. ALVEAR UNA CALUROSA OVACIÓN CÍVICA.

AL DAR LA BIENVENIDA AL PRESIDENTE ELECTO, "CARAS Y CARETAS" TRANSMITE A SUS LECTORES UN GENTIL Y CORDIAL AUTÓGRAFO

Me complazco en acceder al pedido de "Caras y Caretas" dirigiendo desde sus páginas un cordial saludo á los lectores de tan importante revista cuyos esfuerzos hacen honor al periodismo nacional —

M. T. de Alvear

"Massilia," Agosto 1922



DICE ASI:

Me complazco en acceder al pedido de "Caras y Caretas" dirigiendo desde sus páginas un cordial saludo a los lectores de tan importante revista cuyos esfuerzos hacen honor al periodismo nacional.

M. T. de Alvear.

"Massilia", agosto 1922.

Página Infantil

María Teresa Alzaga Pearson





María Teresa Gaona Gondra
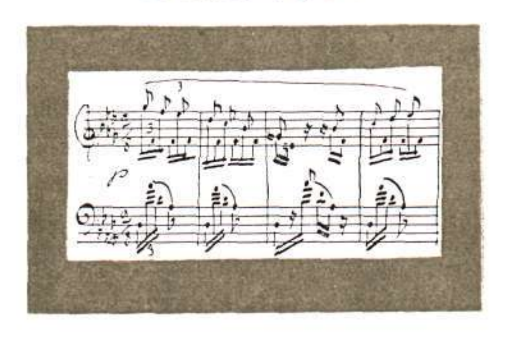
FOTOS DE VAN RIEL



Susanita de Alvear Quirno

LA TARODE

(SCHUMANN)



GOUACHE DE Sirio

LOS CASOS DEL ZORRO

POR JUAN CARLOS DAVALOS

ILUSTRACIONES DE SIRIO

EL QUIRQUINCHO Y EL ZORRO MELERO



EL Quirquincho estaba solo en el monte, masticando con sus desdentadas encías una raíz, tierna, cuando vió al Zorro que venía huyendo por una senda, estornudando y tapándose un ojo, con muestras de dolor y de susto.

— ¿Qué le pasa, compadre? — preguntó.

— ¡Que me corren las Madres de lechiguana — dijo el Zorro. — Una me ha picado en las narices y otra se me ha prendido de este ojo.

— Eso le sucede a causa de su mala costumbre de melear en los matorrales, alborotando a las colmenas que enjambran cerca del suelo, al alcance de su cola.

— En esta vida, compadre, no siempre se hace lo que se quiere, sino lo que se puede, y gracias. Si yo pudiera comer la miel de las Balas (1), claro está, no expondría mi pellejo a la furia vengativa de las Madres.

---

(1) Colmena de forma esférica, que enjambra en las altas ramas.

— Nada más fácil que robar miel de las Balas sin peligro alguno.

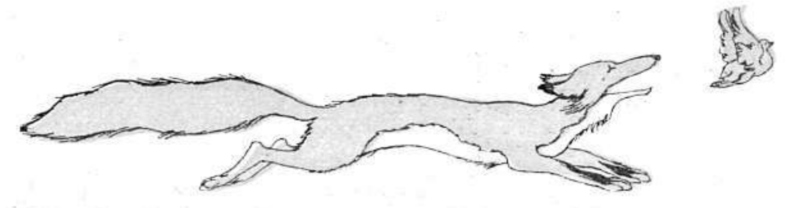
— ¿Y cómo así?

— Corta usted un hurgunero puntiagudo, pincha la Bala desde el suelo y recibe un chorrito en la boca sin que las Madres se anoticien de su presencia.

— ¡Tiene razón, compadre! Desde mañana cambio de sistema... ¿Dónde habrá una Bala?

— Una he visto en un Chalchal, precisamente en la junta del arroyo de los Berros con el de los Noques.

A la mañana siguiente llegó el Zorro al sitio indicado, pinchó la Bala con el hurgunero y abrió la boca para recibir la miel. Pero en vez del oloroso jarabe de las abejas le cayó en el ojo un fino chisguete de pis irritante; porque la Bala no era tal Bala, sino el Quirquincho en persona encaramado en una rama y hecho bola entre el follaje del Chalchal.



EL ZORRO Y LA PERDIZ

El Zorro y la Perdiz charlaban un día en el campo.

— ¿Cómo hace usted, señora, para silbar tan lindo y hacerse oir a tales distancias? — preguntó el Zorro.

— Aunque su boca no se presta, se me ocurre un medio práctico — respondió la Perdiz aprovechando la ocasión para vengarse de su cruel enemigo.

— ¿Qué medio es ese?

— Cósase el hocico con aguja y con hilo, deje un agujerito en la punta y sople con fuerza.

Al otro día el Zorro salió de caza con la boca zurcida, encantado con la idea de engañar silbando a los pichones de perdiz, y a cada rato se detenía para ensayar. Soplaba un poco, emitía un chiflido ridículo y decía, maravillado, para su capote: — ¡Ya estoy aprendiendo! — Pero en medio de estos ensayos voló, de entre sus patas, con brusco aleteo la Perdiz, y el Zorro, espantado, dejó escapar su alarido salvaje, rajándose la boca de oreja a oreja.



LA CHUÑA Y EL ZORRO ZAMBULLIDOR

El Zorro hambriento encontró a la Chuña que pescaba bichos en el tazón de un arroyo, y pensando regalarse con la sabrosa carne de la arisca corredora urdió una estratagema para echarle mano sin persecución y sin violencia. Entabló, pues, amistosa charla con ella, le movió el amor propio y la desafió a zambullir.

La Chuña aceptó, y saltando, desconfiada, sobre una piedra, lejos de su competidor, abrió las alas, alargó el pescuezo y contó:

— ¡A la una, a las dos y a las tres!

Zampóse el Zorro de cabeza al agua pero la Chuña, en vez de hacer lo mismo, se arrancó cuatro plumas de la cola, clavó los canutos en el lecho de arena y tendió el vuelo hasta un árbol próximo.

Al cabo de buen rato sacó el Zorro la cabeza del agua y miró hacia el sitio donde creyó que la Chuña se había lanzado, y al ver allí las plumas que sobresalían oblicuamente del agua, sin más ni más abalanzóse sobre ellas, creyendo atrapar a su víctima por la rabadilla. ¡Pero sólo mordió agua chirle y plumas livianas! ¡Y cuál no sería la rabia del chasqueado Zorro al oir a sus espaldas las voces alegres de la Chuña que, segura en su rama, celebraba, cantando, el éxito de la apuesta!

Este caso lo aplican los paisanos al malandrín que, valiéndose de torcidos medios, resulta defraudado con sus propias armas.

JUAN CARLOS DAVALOS

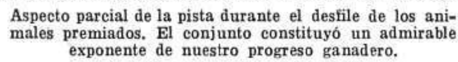






INAUGURACION DE LA EXPOSICION NACIONAL DE GANADERIA EN LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA

El presidente de la institución, doctor E. Bosch, leyendo su discurso ante el presidente de la república.



Aspecto parcial de la pista durante el desfile de los animales premiados. El conjunto constituyó un admirable exponente de nuestro progreso ganadero.

"Gabbler 2", gran campeón Shortorn, perteneciente al señor Miguel Alfredo Martínez de Hoz.



El juez en lo Civil doctor Marcos A. Figueroa, después de haber prestado juramento de su cargo.



El doctor Victorino Ortega, juez en lo Correccional, con los asistentes a la ceremonia del juramento.

Magistrados y amigos rodeando al Dr. Isaac Arriola, juez en lo Civil.



EL CARDENAL GASQUET RINDE HOMENAJE A SAN MARTIN. — El ilustre prelado retirándose de la Catedral después de haber depositado una corona de flores en el mausoleo que guarda los restos del prócer.



El doctor Martín Abelenda, juez en lo Civil, con un grupo de amigos.

NUEVOS JUECES EN LA CAPITAL



EN HONOR DE LOS EDILES CHILENOS. — Los concejales que Chile envía al Brasil obsequiados por sus colegas argentinos en los salones del Concejo Deliberante a su paso por esta capital.



DEMOSTRACION AL SUBDIRECTOR DE LA PRENSA. — Cabecera de la mesa del banquete ofrecido al señor Horacio Castro Videla festejando el 25.° aniversario de su labor en ese diario.

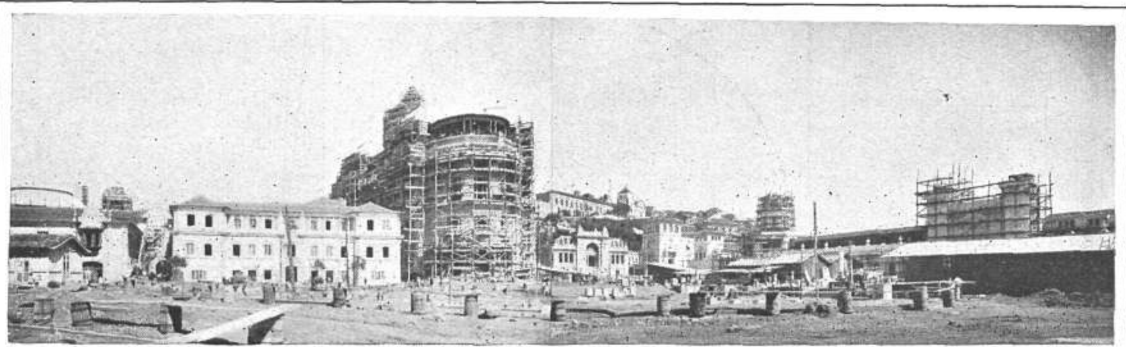


ONOMASTICO DE LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA. — El ministro plenipotenciario de aquella nación y las familias de la colectividad que asistieron al festival dado en la Casa Suiza con motivo de ese acontecimiento.



CELEBRACION DE SANTA ROSA. — Las señoras que componen la comisión de la Sociedad de Beneficencia de la Capital reunidas después del almuerzo efectuado en el colegio de La Merced, que formó parte de las fiestas dedicadas a Santa Rosa de Lima.

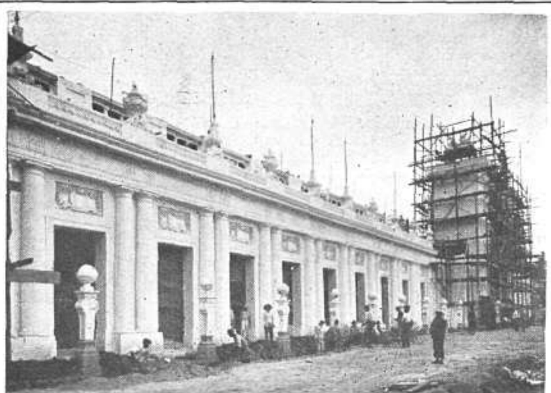
FOTOS DE ARROYO Y BELL.



Aspecto general de la Plaza de la Exposición, destacándose en el fondo, a partir de la izquierda, el Palacio de las Industrias y de los Estados, los pabellones de la Administración y Obras Públicas.



Los primeros jardines, frente al Palacio de las Industrias.



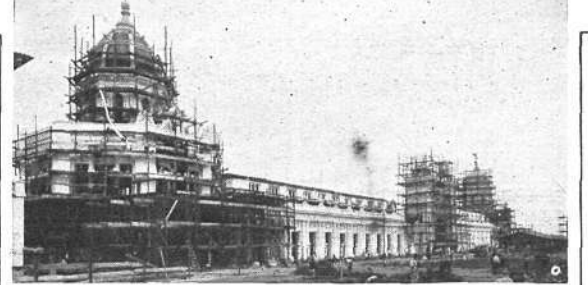
Obras de reparación en los frentes del edificio que separa la Exposición del Mercado.



Pabellones de Estadística y de Caza y Pesca.



Pabellones de Administración, Obras Públicas e Industrias.



Aspecto externo del Mercado.

En este hermoso país donde todo parece suspendido en el aire, como en los jardines hiperbólicos de Semíramis, se ha realizado un milagro más. La Exposición del Centenario ha emergido del mar. A estas horas, en vísperas de inagurarse, la aparición no ha concluído. El mar continúa siendo vencido. Se va cubriéndolo con la piedra de un cerro que se destruye a propósito, y apenas el agua se ha retirado, el elemento sólido reemplazado al líquido, la aplanadora mecánica impuesto un nivel, el jardinero volcado la tierra de aluvión, cuando la semilla se apura, y al borde del mar florece un ardín. Todo este proceso es rápido e inmediato. Lo hemos visto, manufacturado en serie como un artículo



Señor Alfredo C. de Niceneyer, director de las repre-



Señor Francisco Ferreyra Ramos, delegado general

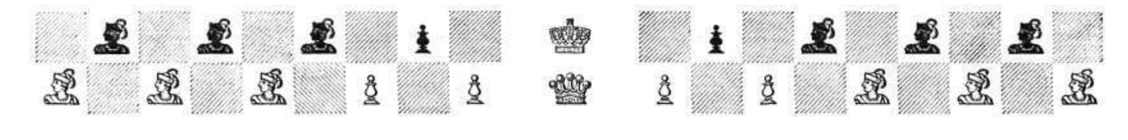


Don Carlos Sampaio, intendente de Río, presidente de la Co-

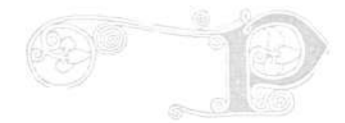
Señor A. Assis de Padua Perende, vicepresidente de



Señor J. B. de Mello e Souza, secretario general.



Los obispos del ajedrez



Por qué a lo que en el juego de ajedrez le llamamos en español alfil, esto es, elefante, se le llama en francés *fou*, loco, en inglés *bishop*, obispo, y en alemán *Laufer*, corredor? Porque no es fácil ver la relación que pueda haber entre un elefante, un loco y un obispo y como se pase del uno al otro.

Lo propio del alfil del ajedrez es andar siempre de sesgo, lateralmente, o mejor diagonalmente, algo así como el cangrejo, y no sabemos que anden así ni el elefante, ni el obispo, ni siquiera el loco. El loco podrá andar como el caballo del ajedrez, pasando siempre de blanca a negra o de negra a blanca, pero no como el alfil, siempre en un mismo color. Aunque acaso los monomaniacos y melancólicos...

Eso de mantenerse siempre en el mismo color, propio del alfil — hay alfil blanco de casilla negra, alfil blanco de casilla blanca y alfil negro de casilla negra y alfil negro de casilla blanca — es más bien cosa episcopal. Porque suponemos que hay obispos blancos y obispos negros.

Con rey y obispo solo no se puede dar mate al rey contrario cuando se queda solo. Hacen falta por lo menos dos obispos, pues sólo dos cierran el paso.

Y a propósito de eso de dar mate. Hay lingüistas que sostienen que nuestro verbo *matar*, cuyo origen ha sido siempre muy controvertido, viene del *mate* del ajedrez, que es, como *jaque*, de abolengo persa. *Jaque* parece ser la misma palabra que *schah*, nombre del soberano de Persia, y equivale a rey. Jaque es, pues, rey. Y dar jaque mate es matar al rey. O comerle que es como en el juego del ajedrez se dice entre nosotros. Y puede comerse al rey ya un obispo, ya un elefante, ya un caballo. Y hasta una torre.

Estas torres parece que iban en un tiempo montadas sobre elefantes y de aquí debió de venir la confusión. Y las torres caminan derechas, de blanco en negro o de negro en blanco.

La reina, que otros llaman dama, es la que tiene más movimiento, es la que se mueve en más amplia esfera, es la pieza de más valor. Como que en cuanto un peón llega al término de su carrera se le hace reina. Que si en Inglaterra se dice que la Constitución inglesa lo puede todo menos hacer de un varón mujer y viceversa, en el ajedrez se hace de un peón una reina.

¡En cuanto al pobre rey!... De su suerte depende la de la partida toda; todos están a defenderle. El se mueve hacia todos lados, de un color a otro o al mismo color, pero en reducido ámbito. No puede pasar de una casilla. No puede salirse de sus casillas. Ni correr de sesgo como un obispo, ni de frente o de lado como una torre, ni saltar como un caballo. Como el caballo tiene el rey ocho puestos a que poder ir mas sin levantar pie del suelo.

Los aficionados que me lean recordarán aquello del enroque, de arrinconar al rey, de confinarle en una esquina protegido por unos peones — una especie de alabarderos o guardias de corps — y una torre. Hay que guardarle y hay que impedirle que se le ocurra salir al campo. Pues siempre es peligroso que el rey ande en medio del tablero. Como no sea que se lo haya antes barrido bien la reina.

¡Pero esos pobres alfiles! ¡Esos pobres locos! ¡Esos pobres obispos! Siempre nos merecieron lástima esos pobres obispos del ajedrez. Hemos oído de algún jugador que maneja muy bien los peones: la infantería, o los caballos: la caballería, o las torres: la artillería, pero no hemos oído de nadie que maneje los alfiles, o sea los obispos. Y, sin embargo, por ellos solía empezar el ataque clásico.

Al empezar la partida, la guerra, el rey se encuentra entre la reina, a quien tiene a un lado, y un alfil, el de color diferente del de su casilla, al otro lado. Y al lado de la reina el otro alfil. La pareja real está escoltado por dos alfiles, elefantes, o si queréis por dos obispos o por dos locos. ¿Por qué no se les llamó condes? Porque los condes — *comites* — empezaron siendo los compañeros del emperador — *comites Augusti*.

Suele empezar el juego avanzando el peón del rey y dejando a éste al descubierto para ir a atacar al contrario. Y es jugada clásica que por esa abertura salga a correr aventuras el obispo, loco o corredor.

Dícese que en el ajedrez se aprende estrategia. Nos parece mucho decir. Desde luego puede siempre contarse con el heroísmo de los peones. ¡Cómo que son de madera! Y de madera son todas las demás piezas, incluso ¡claro está! el rey.

Hay una situación que se llama ahogar al rey y es cuando sin poder matarle, es decir comerle, se le deja sin movimiento. Porque el rey no debe moverse a aquel lugar en que sería comido.

Allá, en nuestras mocedades, fuimos aficionados al ajedrez pero lo dejamos por aquello que se dice de que para juego es demasiado y para estudio muy poco. Es más entretenido el tresillo, con baraja, que da su parte al azar. Y cuando pasamos del ajedrez al tresillo siempre la sota nos recuerda al alfil, al obispo. ¿Qué relación puede haber entre la sota, el caballero — *chevalier* — de los franceses, y el obispo del ajedrez? ¡Misterio!

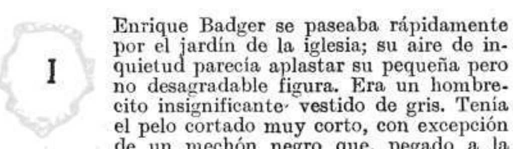
¡Y eso de que en un reino haya dos obispos, uno en blanco y otro en negro! Obispos que jamás pueden tropezarse en su camino. Ni pueden unirse para defenderse el uno al otro. ¡Cada uno de ellos tiene que ver como le comen al otro — a lo peor una reina! — sin poder impedirlo. Porque eso de que una reina se coma a un obispo es cosa grave. Aunque es más grave que un obispo se coma a una reina. Y puede suceder.

Miguel de Unamuno

EL MISTERIO DE LAS FIGURAS DE CERA

POR

W. L. GEORGE



I

Enrique Badger se paseaba rápidamente por el jardín de la iglesia; su aire de inquietud parecía aplastar su pequeña pero no desagradable figura. Era un hombrecito insignificante vestido de gris. Tenía el pelo cortado muy corto, con excepción de un mechón negro que, pegado a la frente con aceite de jazmín, asomaba bajo el ala de su galera negra. Al fin, en uno de sus paseos, se detuvo ante la puerta por la cual debían salir la intranquilidad y la ilusión. Enrique Badger estaba enamorado y no podía escapar a las consecuencias de una situación deliciosa y mortificante.

De pronto, como que se le iluminó la cara: ¡era ella! Ella, con una blusa de seda encarnada sobre un vestido de sarga blanca. Encima de la blusa encarnada un pescuezo también encarnado, y una cara más bien bonita, de curvas suaves. Tenía ojos azules muy brillantes y bonita cabellera rubia. Se llamaba Ivy.

—Me he atrasado, dijo con desenvoltura, mientras le daba la mano a Enrique; pero más vale tarde que nunca, agregó, sonriendo con cierta picardía.

—Sí, replicó Enrique, pensando si sería buena política regañarla por haberse atrasado; pero la verdad era que nunca se sabía en qué habría de parar una discusión con Ivy, y se calló.

—¿Por qué estás callado? preguntó Ivy después de algunos segundos. ¿No tienes nada que decirme? ¿Sacaste los boletos?

—No, contestó Enrique.

—¿Por qué?

—Te diré: lo lamento mucho pero me olvidé, contestó Enrique con tono de débil resolución.

Los ojos azules le miraron fijamente, incrédulos.

—¿Te olvidaste? ¿Por qué?

Enrique dió explicaciones profusas. La noche anterior había tenido un terrible dolor de cabeza y se le había volado el recuerdo de que tenía que ir al salón Imperial de Música. Fué por la mañana; pero el boletero...

Ivy no aceptó esas confusas explicaciones.

—Lo que veo, dijo, es que en una tarde de día sábado no tenemos a donde ir sino a ver cuadros; y en los museos hace mucho calor. La última vez que estuve casi me derretí. Te has portado mal, Enrique.

Entonces Enrique Badger empezó a manifestarse.

—El hecho es, Ivy, que estaba pensando...

—¿En qué?

—Que nosotros no conocemos la ciudad en que vivimos. El otro día estaba leyendo un libro titulado: «Aspectos curiosos de Londres», y me dí cuenta de que hay muchas cosas que deberíamos conocer.

—Ya lo creo, dijo Ivy.

—Por ejemplo, ¿conoces la iglesia de Santa Ethelburga, que escapó por milagro en el gran incendio de Londres?

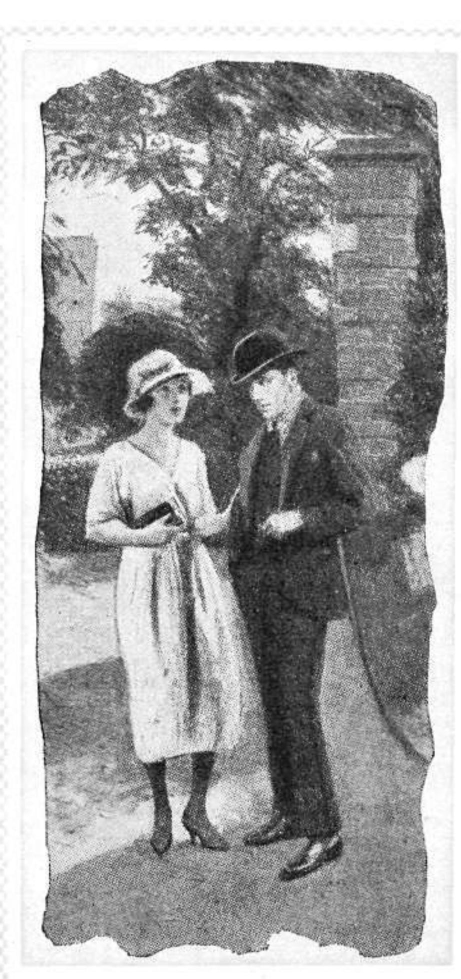
—No; pero no me parece que pierdo mucho con no conocerla.

—¡Ah! Estás en un error, Ivy. Enseña mucho conocer esas cosas. Y mi idea es que podríamos ir a dar una vuelta por los diques.

—¿Para qué?

Para que los conozcas, Ivy. No los conoces, y lo primero que uno debe conocer es su propia tierra, contestó sentenciosamente Enrique.

—Bueno, dijo Ivy después de un momento. Ya que esta tarde me has engañado y mi madre ha salido y no podemos ir a tomar te a casa, vamos a los diques.



—LO QUE VEO, DIJO IVY, ES QUE EN UNA TARDE DE DÍA SÁBADO NO TENEMOS A DONDE IR.

II

Las dos personitas, porque ninguno de los dos tenía más de cinco pies y seis pulgadas de alto, subieron en un tranvía y se bajaron en la calle que lleva al Dique de la India. Durante una hora caminaron por el barrio trágico, en donde nadie vive por gusto, de manera que ya estaban cansados cuando llegaron al Dique, envuelto en una atmósfera saturada del olor de las especias y a trechos nublada por el humo de las chimeneas de los grandes vapores.

A poco andar se perdieron, porque no quisieron preguntar a las rudas gentes que por allí circulaban por donde debían ir para volver a tomar el tranvía. Ivy empezó a andar lo más ligero que le era posible, para manifestar su disgusto. Uno y otro se hallaban secretamente deprimidos porque aun no habían podido besarse.

De pronto empezó a

llover, muy lentamente al principio, a grandes gotas que hacían en el pavimento manchas del tamaño de una moneda.

— Veamos si podemos refugiarnos en alguna parte, dijo Enrique; pero las paredes de ladrillo de un lado y los galpones de los diques del otro no acababan nunca. Pronto tuvieron que correr, porque la lluvia iba en aumento.

De repente se detuvieron indecisos en la esquina de una calle atravesada. No se veía a nadie; pero Enrique descubrió, a través de la lluvia, un cartel en que una mano pintada señalaba un letrero que decía: «Pasen a ver las figuras de cera».

— Vamos allá, dijo a Ivy, que lo siguió en silencio. No sabía que en esta parte del mundo había figuras de cera; pero ya tenemos donde esperar que pase la lluvia.

Atravesaron la calle y se metieron en un pasaje, a cuyo final encontraron la puerta de una casa de tres pisos con otro cartel que decía: «Figuras de cera. — Señora Groby, propietaria».

Enrique abrió la puerta, que resistió un momento. Entraron y se encontraron en un hall. Se enjugaron un poco las húmedas caras, y comprendiendo que se hallaban solos, no pudieron contenerse y se besaron.

Repuestos de la impresión de la carrera y del beso, miraron en torno suyo y vieron que estaban en un hall, lo que no tenía nada de particular. No percibieron ruido alguno, con excepción del rumor del agua que corría de una canilla. A la derecha había una puerta cubierta de polvo. Parecía que desde hacía mucho tiempo nadie hubiera entrado a la casa, que habría parecido muerta sin el rumor del agua que se derramaba, al parecer, en un sótano.

— Bueno, dijo Enrique con satisfacción forzada; ya estamos aquí.

Y como para tranquilizarse a sí mismo, agregó:

— En todo caso no nos mojaremos.

El rumor de la lluvia, el polvoroso silencio de la casa, no tardó en causarles una especie de intranquilidad, una opresión casi física. Ivy empezó a mirar en derredor con inquietud. La obscuridad de la escalera que partía del hall, las balaústres rotas en varias partes, la puerta cubierta de polvo, le inspiraban un miedo vago, y pensó en que debían salir. Se lo dijo a Enrique; pero éste, cuidando su hombría, no aceptó la insinuación. Antes dijo:

— Ivy, ya que estamos aquí, ¿por qué no subimos y vemos lo que hay?

Después de un instante de vacilación Ivy dominó sus miedos.

— Vamos.

III

Empezaron a subir por la escalera con resolución pero con instintiva lentitud, preocupados por el ruido de sus pies al pisar los escalones, y siempre acompañados por el rumor de la distante canilla abierta. El primer piso era como el piso bajo. Las puertas estaban también cubiertas de polvo y a través de ellas no pasaba ruido alguno. Tuvieron que hacer un esfuerzo para seguir adelante. El sentido de la soledad, les hacía temer la soledad; pero Enrique quiso seguir. No sabía por qué, pero se sentía impelido a avanzar. Tal vez porque, hombre, no podía dejar de ver el fin de la aventura. El segundo piso los tranquilizó, porque encontraron una garita de boletero, vacía, es verdad, pero con un letrero: «Boletos». Enrique respiró largamente. Era, en realidad, una exposición de figuras de cera. Era, ya, algo humano.

— Sigamos, Ivy, dijo en alta voz, que resonó desagradablemente en las desnudas escaleras. Puesto que aquí no hay nadie, pagaremos cuando lleguemos al fin.

Ivy le siguió, y así llegaron a lo que parecía ser un gran desván. Otra vez una puerta que quiso resistir cedió al empuje del joven, que se detuvo en el umbral como vivamente sorprendido, mientras Ivy miraba por encima de su hombro. Figuras de cera, sí; pero sin saber por qué, Ivy se asustó.

No se veía bien en el desván, porque el polvo de los años debilitaba aun más la poca luz que del exterior penetraba a través de una claraboya. Los muros, blanqueados un tiempo, se veían casi negros. Algunos trozos de cortinas rojas pendían sobre las puertas. Y en el inmenso silencio del sitio, no oyendo ya ni el rumor de la canilla, Ivy y Enrique se encontraron solos con las figuras de cera, algunas de las cuales se alzaban sobre pequeñas tarimas de madera pintada de colorado.

Los dos jóvenes permanecían en el umbral de la puerta sin saber por qué no avanzaban. Al fin, Enrique tomó del brazo a Ivy y siguieron.

En total, había catorce figuras de cera. Tres figuras de hombre tenían letreros que decían: Carlos Peace, doctor Crippen y Gouffé. Una mujer de mirada intensa era la señora Maybrick. Otra figura de mujer tenía una cabellera muy rubia, en la cual una araña había tejido su tela.

Pero ni Enrique ni Ivy, al mirar las figuras, leyeron, en el primer momento, las leyendas que decían que el doctor Crippen había muerto a su mujer y quemado el cadáver en un horno, ni que Gouffé había sido cortado en trozos y metido en una maleta.

Poco después Ivy leyó la leyenda de Gouffé, y se estremeció al leer también que se invitaba al visitante a que levantara la túnica que envolvía la figura para ver en el cuerpo de cera las líneas según las cuales el cadáver había sido despedazado.

Poco después le pareció a Ivy que iba a desfallecer, cuando Enrique, tocándole el hombro, le llamó la atención hacia dos grupos más aterrorizadores aún que las figuras aisladas. Uno de los grupos estaba formado por un hombre y una mujer, ésta con un batón de franeleta encarnada. Con una expresión de resolución inquebrantable, el asesino forcejeaba por ahogar a la mujer en una bañadera, en la cual una plancha de mica teñida de verde representaba el agua. Una mano de la mujer oprimía el borde de la bañadera, mientras la otra, levantada en alto, hacía un gesto de desesperación. Era una hermosa obra de arte de indescriptible horror. Parecía que los dedos convulsos de la mujer se movían, que su cabeza iba a desaparecer bajo la muerta superficie verde.

Enrique no pudo contener una exclamación y se volvió hacia el otro grupo, que estaba en la sombra, algo lejos de la débil luz que entraba por la claraboya. El grupo representaba una anciana caída medio de bruces, con la cabellera blanca desgreñada y manchada de sangre, mientras a su lado, de rodillas, un hombre vestido al uso del día tenía levantado sobre la cabeza de la anciana un saco lleno de arena, en actitud de aplastarle la cabeza. La expresión de la cara del hombre era horripilante.

Se oyó un rumor nuevo. Era la lluvia, más fuerte, que caía en los vidrios de la claraboya. Repentinamente deseosos de no separarse, Ivy y Enrique se acercaron y se besaron de nuevo; pero inmediatamente volvieron a apartarse, como si temiesen que alguien los estuviese espiando.

Permanecieron algunos momentos como fascinados, no sabían por qué, en esa galería del crimen: las cosas muertas les parecía que tenían un movimiento, una vibración propia. Empezaron a escudriñar por los rincones, como si no se tratase de figuras de cera, sino de hombres y mujeres de verdad, asesinos, envenenadores, capaces de toda maldad. Lo que más los horrorizaba en el grupo del hombre que quería ahogar a la mujer era la bañadera.

Se hizo tan viva la opresión, que Enrique quiso volver al mundo ordinario de la realidad. Murmuró:

— Tenemos que pagar a alguien.

Mientras hablaba miraba a todos lados, como invocando la aparición de algún guardián que le pasara los boletos para que los pagara.

Ivy no dijo nada. Estaba tan nerviosa que no podía separar las manos ni mover los brazos. Parecía como que sus miembros no obedecían ya las indicaciones del cerebro. Abría y cerraba la boca sin poder hablar, con la lengua seca. Después de muchos esfuerzos pudo balbucear:

— No me gusta esto; vámonos.

Enrique Badger también quería irse; pero estaba tan invenciblemente asustado, que no podía irse. Su virilidad le decía que si se iba tendría que avergonzarse toda su vida. Tenía miedo de declararse a sí mismo que tenía miedo De modo que, con una voz cuya sonoridad le asombró a él mismo, replicó.

— Ya que hemos venido debemos verlo todo.

Y con Ivy, siempre prendida de su brazo, recorrió todo el desván, deteniéndose ante cada figura.

Ivy no quería ver nada, pero no podía dejar de ver. Y siempre miraba a los ojos de las figuras, que le parecían ojos de personas vivas. Veía en esos ojos

como una expresión de desafío, un desafío de los muertos, que debía contestar. Vió otra vez el grupo de la bañadera; pero el otro le causó más horror, no solamente por la sangre coagulada en el pelo blanco de la anciana, sino por otra cosa, por algo que no podía explicarse. El arte del escultor había ido demasiado lejos: ese grupo era una realidad abominable. El pelo de la anciana era pelo de verdad, y parecía también real la horrible cara afeitada del asesino. A Ivy llegó a parecerle que en la máscara de cera del asesino veía gotas de sudor.

A ambos les pareció que había pasado mucho tiempo cuando en realidad no habían transcurrido sino pocos minutos. El violento latir de sus corazones combinado con el ruido de la lluvia hacía como que los ensordecía, y les parecía que pasaban fantasmas por la vislumbre nublada de la claraboya.

ENRIQUE LA TOMÓ EN SUS BRAZOS EN EL MOMENTO MISMO EN QUE IBA A RODAR POR LA ESCALERA.

Ivy veía por todas partes al hombre que iba a dejar caer el pesado saco de arena sobre la cabeza ensangrentada de la anciana. Otra vez balbuceó:

— Vamos.



IV

De pronto oyeron que la puerta de abajo se abría. Al oir ese ruido quedaron sobrecogidos de terror. El contraste entre la realidad humana que se acercaba y el silencio ultraterrestre que los rodeaba les hizo el efecto de un mazazo. Las piernas empezaron a temblarles, e Ivy oyó como el rumor de un arrastrar de cadenas.

Enrique se repuso primero: pensó que era la dueña del negocio la que entraba y que en ningún momento había tenido la intención de no pagarle. En un arranque de energía corrió a la puerta y miró hacia abajo la escalera. No sabía lo que esperaba ver; pero esperaba ver algo, y como después de algunos segundos no viera ni oyera nada, le cogió tal temor que tuvo que apoyarse en el balaústre de la escalera, la cabeza inclinada hacia abajo, en donde todo era obscuridad y silencio.

Pero se repuso casi en el acto, porque oyó, atrás de él, un grito, un grito largo, extraño, como el de un animal que sufre, que le hizo sudar por todos los poros. Miró hacia atrás y vió a Ivy que se acercaba, vacilante, los brazos extendidos hacia adelante, como si fuera a caer. Ivy no podía ver, porque de los ojos no tenía visible sino lo blanco, bajo las cejas abatidas. Enrique la tomó en sus brazos en el momento mismo en que iba a rodar por la escalera. Sin saber cómo, abrazados, entrelazados, bajaron, bajaron hasta que llegaron a la puerta de la calle. Uno y otro no pensaban sino en alejarse del sitio que les parecía maldito; pero apenas habían corrido unos cuantos metros por la acera, tropezaron con dos vigilantes que instintivamente los detuvieron, sin darse cuenta de que habían llegado al límite del terror, y sospechando que habían cometido un crimen.

Enrique e Ivy lucharon con los vigilantes, dominados por una idea única: huir. Al fin, cuando se tranquilizaron un poco, uno de los vigilantes, un sargento, preguntó:

— ¿Qué hay?

— No sé, contestó Enrique.

— Vaya, replicó el sargento, no quiera engañarnos. ¿Qué estaban haciendo ustedes?

Enrique no contestó.

— Vea, insistió el sargento, que para ustedes será peor callar. ¿Qué ha pasado?

Y el sargento tomó de un brazo a Enrique, como para obligarlo a hablar; pero como no lo consiguió, preguntó a Ivy:

— ¿Por qué corrían ustedes?

Ivy parecía haberse tranquilizado más pronto que su compañero, y contestó:

— Yo he visto algo.

— ¿Que ha visto algo? preguntó el sargento. ¿Qué cosa?

— No puedo decirlo, contestó Ivy.

— Parece que están borrachos, dijo el otro vigilante.

— No, replicó el sargento, algo meditabundo. No les siento ningún olor.

— ¡No! gritó Ivy. No estamos borrachos; no, no; son las figuras de cera...

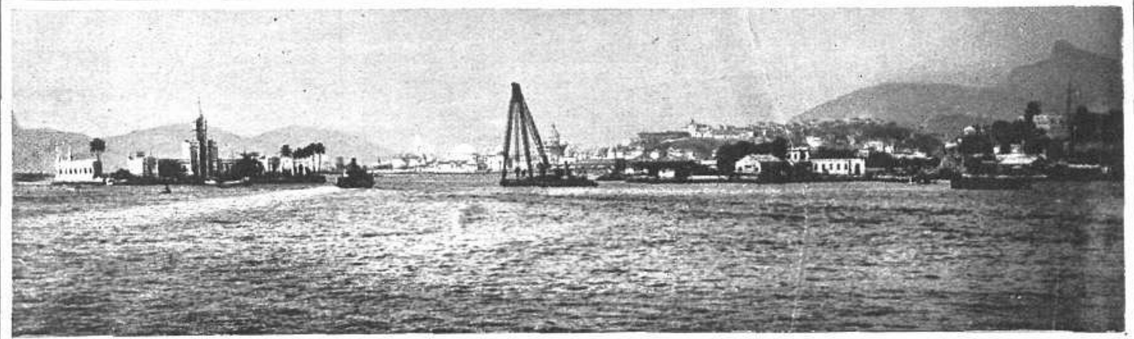
— ¡Las figuras de cera! exclamó el sargento. ¿Qué figuras de cera?

— ¡Ah! Ya comprendo, sargento, dijo el vigilante. El negocio de la señora Groby.

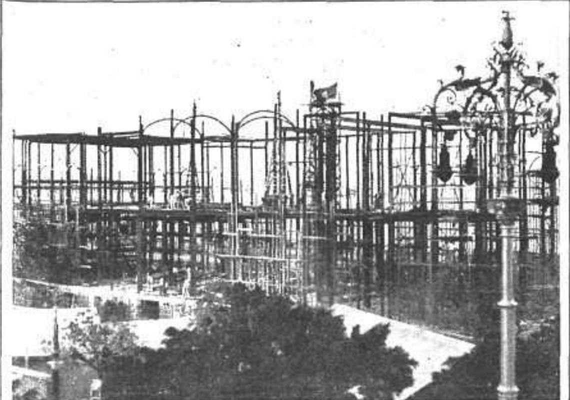
— Yo también comprendo ahora, repuso el sargento. Una exposición de horrores. ¿Ustedes han estado a ver esas figuras de cera? ¿Y qué ha pasado?

— Yo vi una cosa... murmuró Ivy.

— ¿Qué cosa? preguntó el vigilante. Supongo que vería a la señora Groby. Una vieja muy rara, sargento. Hace cuarenta años que vive en aquella casa, sola



Fotografía de la isla das Cobras; al fondo se ve la ciudad y parte de los terrenos ganados al mar, donde se levantan los grandes edificios de la Exposición.



Estado de la construcción del Pabellón Argentino.



Pabellón de Bélgica, cuyos trabajos se hallan muy adelantados.



Edificios destinados a Casino y salas de juego.



Pabellón del Japón, completamente terminado.

de consumo se fabrica, plasmarse bajo nuestros ojos en una extensión de 40 hectáreas.

Hay en este instante sobre el *emplazamiento* de la feria 12.000 obreros, que así como tiran un jardín levantan una casa, un palacio o una de esas fantásticas construcciones que despiertan por lo hilarantes la emoción en el paseante, destruyen una montaña y llenan el mar. Nada está preparado de antemano, todo se hace a medida y sobre el terreno. El aspecto de los trabajos es *sorprendente* y la solución de los problemas extensos de esta feria es asombrosa.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

FOTOS DE VARGAS MACHUCA.



Una escena típica en los terrenos donde se efectúan los trabajos: vendedor de naranjas ofreciendo su mercancía.



Señor Victor Marks, jefe de policía de la Exposición.



Ingeniero J. Moscatelli, director de los trabajos del Pabellón Argentino.



Señor Aníbal Zoccola, agente auxiliar del comité argentino, y secretario del Club Argentino.



Ingenieros Octavio M. Penna y O. Rocha Faria, directores técnicos de los trabajos que se realizan en la Exposición.



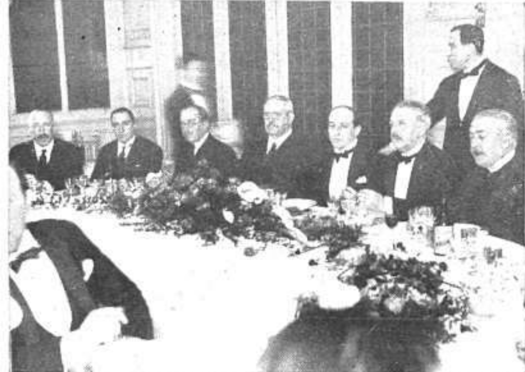




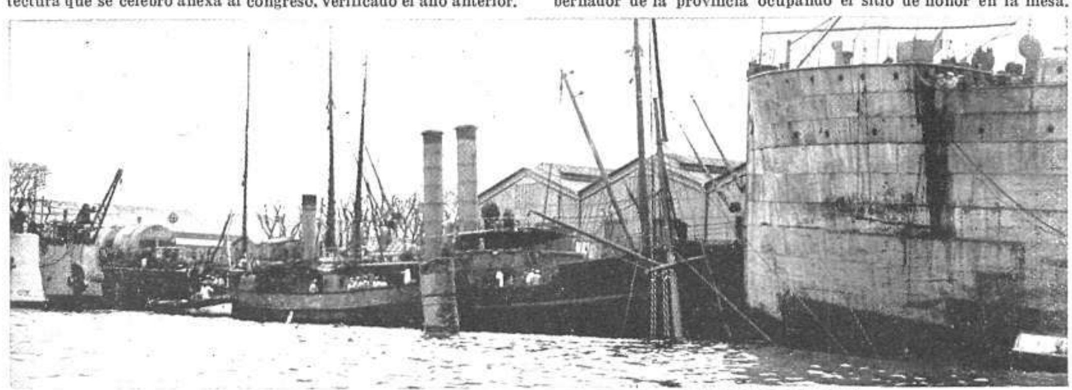
BAILE DE GALA ORGANIZADO POR EL CLUB NAUTICO DE SAN ISIDRO. — Grupos de distinguidas señoritas y caballeros que asistieron a la interesante fiesta, llevada a cabo en el Plaza Hotel bajo los auspicios del prestigioso club deportivo.



CONGRESO PANAMERICANO DE ARQUITECTOS. — El profesor francés Fougeres disertando acerca de una nueva teoría del Partenón, en el acto a que dió lugar la entrega de las recompensas otorgadas a los profesionales argentinos en la exposición de arquitectura que se celebró anexa al congreso, verificado el año anterior.

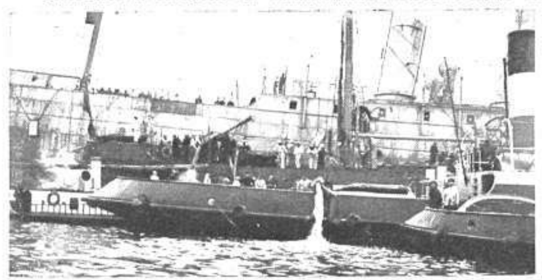


BANQUETE EN OBSEQUIO DEL DOCTOR DELFOR DEL VALLE. — Con motivo de su retiro como director de la Asistencia Pública al distinguido facultativo le fué ofrecida una demostración de simpatía por su destacada labor. El doctor del Valle con el gobernador de la provincia ocupando el sitio de honor en la mesa.

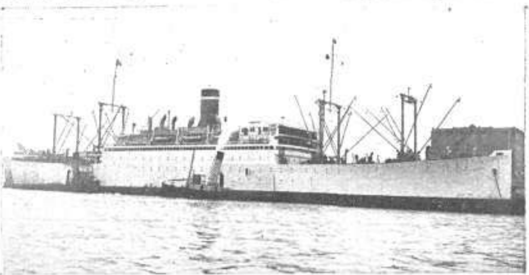


LA CATASTROFE ORIGINADA POR EL VAPOR "AMERICAN LEGION"

Los buques "Patria", "Patagonia", "Pampa" y "Gaviota" pertenecientes a la armada nacional, que fueron perjudicados en el formidable choque producido al desviarse el paquete norteamericano, cuando se dirigía hacia el canal de salida de la dársena Norte. En primer término aparecen la chimenea y los palos del aviso "Azopardo", barco al que la proa del "American Legión" dividió en dos, hundiéndolo inmediatamente. Felizmente, y a causa de ser anunciada la inminencia de la catástrofe, no ocurrieron desgracias personales, a excepción de la acaecida al alférez de navío Guillermo Hansen, que sufrió la fractura de la pierna izquierda.



Dotaciones de los buques dañados, realizando trabajos de desagotamiento en las calas inundadas.



El paquete norteamericano "American Legión", de 13.737 toneladas, que embistió a las naves.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

con sus figuras. Ha ganado algún dinero con ellas y es muy ahorradora. En verdad que no comprendo cómo todavía alguien no le ha reventado la cabeza para robarle el dinero.

Ivy lanzó un grito apagado.

— Sí, dijo, eso es... había un hombre... la mató... tenía sangre en la cabeza...

— ¿Qué? preguntó el sargento, incrédulo por profesión. ¿Qué historia es esa? ¿Y cómo lo ha sabido usted?

— Sentimos un ruido, agregó Ivy. La puerta rechinó... Enrique corrió a ver. Yo no pude moverme... ella estaba tendida en el suelo y el hombre...

La voz de Ivy se tornó tétrica:

— Me volví para ver a Enrique, y en ese mismo instante el hombre levantó el brazo y lo bajó... lo vi apenas al volver la vista...

Ivy suspiró largamente e inclinó la cabeza sobre el amplio pecho del sargento.

Pero no alcanzó a desmayarse, y pocos segundos después el sargento y el vigilante subían por la escalera de la casa vacía, seguidos por Ivy y Enrique alentados por la compañía de esos hombres altos y fuertes.

Mientras subían, el sargento formulaba sus teorías:

— Ya veo lo que ha pasado. Entró un ladrón a robar a la señora Groby; de repente, oyó que esta pareja subía, y se le ocurrió quedarse inmóvil, como una figura de cera. Después le dió un calambre, seguramente, y movió el brazo cuando supuso que no lo veían. No se apure, señorita, añadió dirigiéndose a Ivy; ya lo agarraremos.

Al llegar a la escalera que conducía al desván, en donde estaban las figuras de cera, el sargento aconsejó a Ivy y Enrique que no subieran, y él siguió adelante con el vigilante; pero los jóvenes no pudieron resistir a la tentación, y subieron en puntillas, detrás de los representantes del orden y de la seguridad. Cuando estuvieron en el desván, el vigilante miró a todos lados y preguntó:

— ¿Quién está aquí?

Ivy, que estaba detrás de él, le señaló con el dedo el grupo del hombre del saco de arena.

— Ese es, dijo la joven.

El sargento, por su parte, no se dió cuenta clara de lo que le pasaba; pero sintió una impresión desagradable y avanzó unos cuantos pasos. Luego, con voz insegura, se dirigió al hombre del saco de arena:

— Vamos, ya todo está averiguado. Mejor es que se entregue tranquilamente.

Nadie contestó, y los ecos murieron distantes, repitiendo la incertidumbre de la voz del sargento.



Después de un momento de silencio el sargento, ya irritado, siguió avanzando, se acercó al hombre del saco de arena, que seguía de rodillas, sin moverse, y lo tocó en el hombro con su corto y macizo bastón policial. Después le pasó la mano por la cabeza, y de repente lanzó una carcajada, mientras pasaba y repasaba la mano por la cara de cera del hombre del saco de arena.

— ¡Es de cera! exclamó. ¿Habráse visto un par de zonzos como estos? Han estado aquí, han visto esta exposición de horrores, y luego han salido a la calle corriendo como locos, para decirnos que aquí se había cometido un crimen! ¡Vaya, vaya!

— ¿De cera? balbuceó Ivy. ¡Oh! No. No lo toque usted. No es de cera. No es de cera.

— Acérquese, dijo el sargento amablemente, y tóquelo usted misma.

— No puedo, repuso Ivy estremeciéndose; pero el sargento se echó a reir, y tomándole la mano la obligó a pasarla por la fría máscara de cera.

— Es cera ¿no lo ve usted? Es cera y nada más que cera, y luego, como al descuido, el sargento se inclinó y pasó la mano por el pelo ensangrentado de la figura de mujer.

Y en el instante mismo se enderezó y dió un paso atrás, mirándose la mano con ojos espantados. Pasó un segundo, y el sargento lanzó un grito histérico, al mismo tiempo que con el bastón golpeaba la cabeza del hombre del saco de arena, que, al golpe, se deshizo en pequeños fragmentos de cera pintada.



— EL SARGENTO DIÓ UN PASO ATRÁS, MIRÁNDOSE LA MANO CON OJOS ESPANTADOS.

El vigilante, al ver la mano del sargento manchada de sangre, no pudo ocultar su asombro y se inclinó para ver de más cerca la figura de mujer.

— ¿Qué es esto? murmuró en seguida. Esta no es una figura de cera; es la señora Groby.

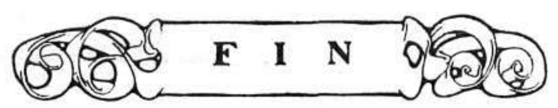
Luego tocó la cabeza ensangrentada con un solo dedo, y lo retiró manchado de sangre.

— Está muerta, y todavía caliente.

Y enderezándose y alzando la voz:

— Muerta; pero ¿cómo?

En el silencio profundo de la casa no se oía sino el rumor del agua que corría por la canilla abierta.





EL RUPICOLA

Ahí tienes, niño curioso, un pájaro americano que tú y yo desconocíamos por completo. Macaya lo descubrió hace pocos días, e inmediatamente me puse a buscar datos. En las zoologías elementales no se le nombra siquiera; pero en otros libros y diccionarios el rupícola ocupa el sitio que se merece.

Rupícola es un nombre formado con dos palabras latinas: *rupis*, roca, y *cola*, del verbo *colere*, habitar. Por lo tanto, significa habitante de las rocas, como agrícola quiere decir habitante del campo. El rupícola pertenece al género de los *cotíngidos*, género exclusivamente americano que tampoco figura en los libritos de zoología. Los cotíngidos pertenecen al suborden de los *dentirrostros*, porque se distinguen por tener una especie de diente en el pico, como los cuervos, mirlos, viuditas, benteveos, churrinches, tacuaras y otros pájaros. Se les llama cotíngidos porque el pájaro que sirve de tipo para la clasificación recibe en el Brasil el nombre de cotinga, aunque también se le dice *crejoa* y *ciurna*. Hay dos especies principales de rupícolas: el *rupícola crócea* (azafranada) y el *rupícola perriviana* (peruana). Ambos son dos monaditas.

El rupícola crócea resulta la especie mejor estudiada por los naturalistas. Solamente el macho viste el uniforme de gran parada. La hembra y los rupicolitos se contentan con el uniforme de campaña color pardo y con un elástico o sombrero de dos picos más pequeño. Don Rupícola tiene unos 33 centímetros de pico a cola y misia Rupícola unos 28 nada más. Vive la pareja en las rocas de los bosques montañosos del Brasil y las Guayanas. El nido, que se parece mucho al de las golondrinas, hállase pegado a los huecos de las rocas por medio de una resina que la rupícola sabe extraer de los árboles. Con esta materia lo revoca por fuera, adornando el interior con raíces, fibras vegetales y plumas ajenas. Está tan hábilmente construído que sirve durante varios años con sólo arreglar un poquito la fachada y la tapicería, trabajo que la pareja hace como una changuita sencilla.

El rupícola es muy sociable. Forma su republiqueta entre las rocas y no se amiga con ninguna clase de pájaros. Como tiene un pico muy respetable y lo maneja muy bien, los pájaros no se meten con el rupícola, que forma su nido tranquilamente, donde la señora pone dos huevos blancos pintados de negro, algo mayores que los de paloma.

Esto de tranquilamente es una tontería que se me ha escapado. Como las plumas del rupícola son tan lindas y hay tantas cosas que adornar con ellas, el hombre ejerce, a escopetazo limpio, un activo y productivo protectorado sobre las republiquetas rupicolianas, que se van despoblando.

Hay pájaros que cantan, silban o hablan. El rupícola, cuya voz es desagradable, se dedica a la danza. Son alegres los concursos de baile que realizan los niños bien de Rupicolandia cuando buscan novia. Sobre una roca llana, a la vista del público rupícola de ambos sexos, sale un macho y comienza a dar saltitos graciosos, zapatear, abrir y arrastrar el ala, hacer la rueda como un pavito y otra punta de firuletes difíciles. Cuando el bailarín se cansa, deja el puesto a otro, que se pone a bailar tratando de hacer más lindas piruetas. Y así siguen hasta que el jurado otorga los premios.

El rupícola peruana es mayor. No baila. Habita en el Perú y no sé cómo le llaman allí.

EDUARDO DEL SAZ

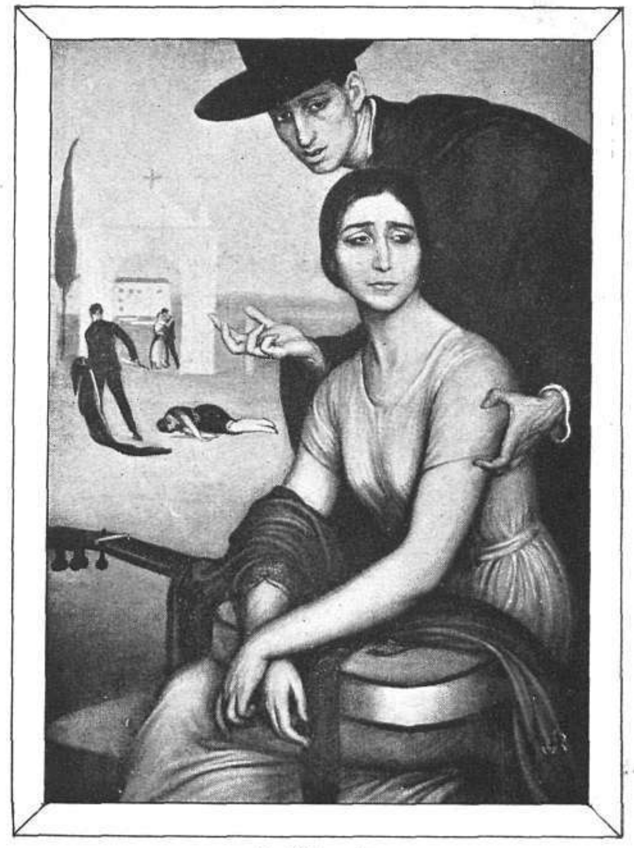




DIBUJOS DE MACAYA.



Julio Romero de Torres.



La Malagueña.

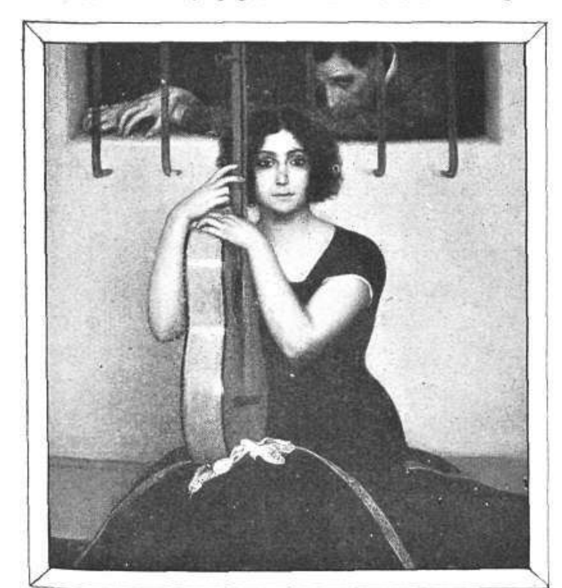


Asunción Lledó, tiple del "Reina Victoria".

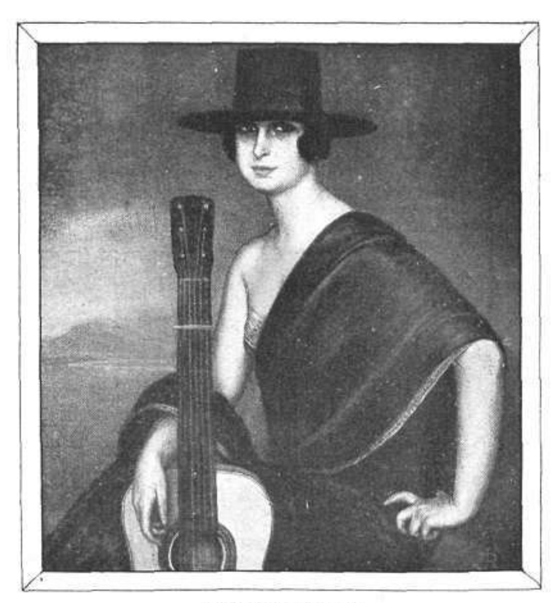
JULIO ROMERO DE TORRES

UN NOTABLE PINTOR ESPAÑOL

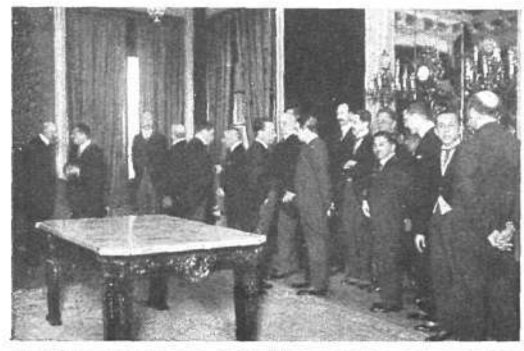
TIENE el arte pictórico español, con la llegada de este conocido artista, una brillante representación en nuestro país. Romero de Torres, cuyas obras son altamente consideradas, expone en el salón Witcomb una serie de cuadros juzgados como los más sobresalientes de su vastísima producción.



La Carcelera.



Dora la Cordobesita.



Los miembros del cuerpo diplomático que concurrieron a la Casa de Gobierno a presentar sus saludos al primer magistrado con motivo del aniversario patrio.



El presidente de la república y el ministro de Relaciones Exteriores acompañando al ministro de Venezuela en la visita realizada a la Escuela Naval.



Aspecto que ofrecia el salón de actos de la Casa de Galicia durante la celebración del banquete con que los miembros de la colectividad y de la prestigiosa institución citada obsequiaron al eminente comediógrafo Jacinto Benavente.



Inauguración de la Exposición Ganadera en "El Prado". El doctor Brum con las autoridades civiles y militares que asistieron al acto inaugural del importante certamen.



Egresados de la Facultad en el lunch que les ofreció la Asociación Uruguaya de Estudiantes de Notariado en su local social.



Lunch ofrecido por la Cámara Mercantil a la misión comercial belga que preside el señor Rouma con motivo de su paso por esta ciudad de regreso a Europa.



El ministro de Instrucción Pública, doctor Mezzera, con los miembros organizadores del homenaje, presenciando el desembarco del monumento a Artigas que en breve se erigirá en esta capital.

NOTAS GRÁFICAS DE ITALIA



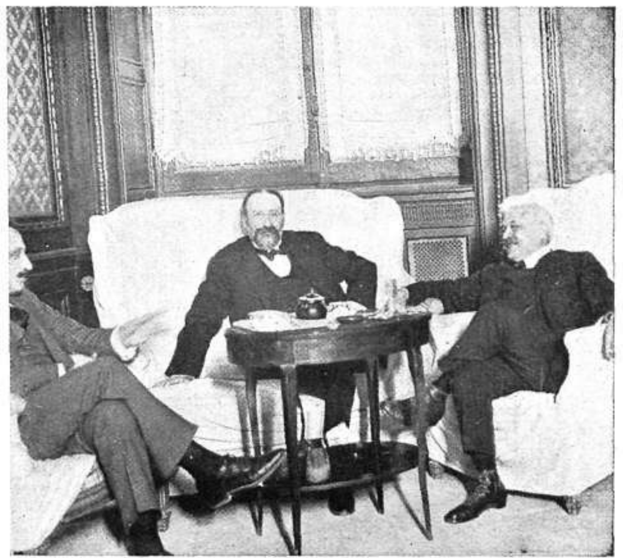
Los diputados socialistas, honorables Turati y Modigliani (de izquierda a derecha), que dirigieron una activa y vivaz campaña en pro del gobierno durante la prolongada crisis ministerial resuelta recientemente.



El honorable Bonomi, prestigioso político italiano, que realizó grandes esfuerzos para solucionar la crisis, no siéndole posible formar gabinete con los elementos de la izquierda.



El famoso jefe del Partido Fascista, honorable Benito Musolini, leyendo las noticias referentes a los asuntos políticos, que tanto apasionaron al pueblo italiano.



De izquierda a derecha: los honorables De Nicola, presidente de la Cámara, De Nava y Orlando reunidos en el Hotel Palace para cambiar ideas sobre la mejor forma de terminar con la crisis. Los tres ilustres parlamentarios fracasaron en sus trabajos tendientes a ese fin.



La tradicional procesión de la Virgen del Carmen, efectuada en Roma. La sagrada imagen llevada en andas por sus devotos.



Los estudiantes norteamericanos que visitaron a Roma descendiendo las gradas del Altar de la Patria después de haber depositado una corona de flores.

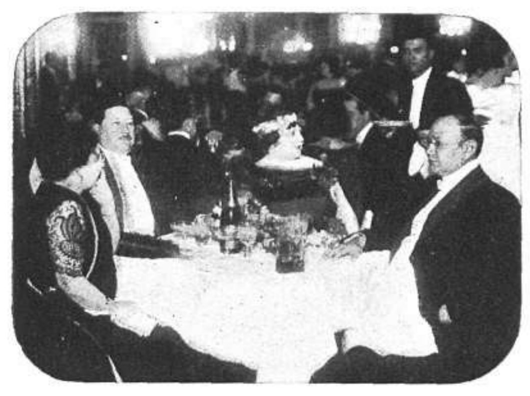
FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN ROMA.



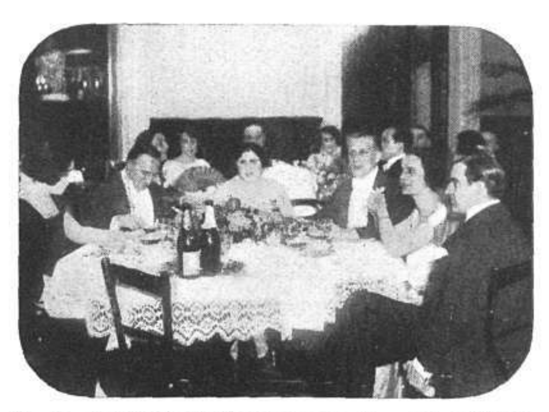
Señoritas Elena Maldini, Raquel Colombres, Laura Uranga, Elenita Fidanza, Nydia Ferreyra, Elena Araya Sara Maderna y Elena Alvarado, y señores Ravena, Fermat, Elia y Castagnino.

FIESTA EN EL CLUB

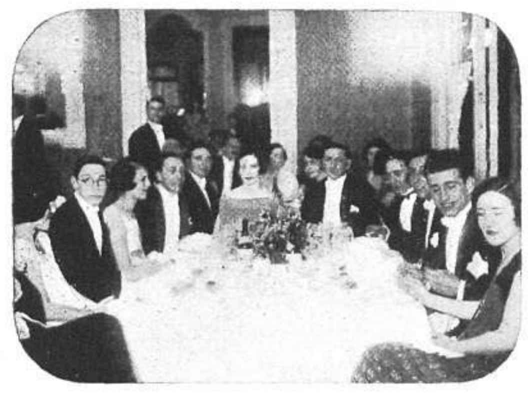
EN HONOR DE LOS CABAÑEROS Y EXPOSI



El vicegobernador, señor Clorindo Mendieta, y familia de Shaw-Cabrera.



Señoritas de Ortiz Pareja, Lassaga y Junquet, y señores Pantos, Fillol, Castagnino y Rovirosa.



Mesa ocupada por las señoritas de Monserrat, Viademonte, Wildels, Bromberg y Ravena, y un grupo de conocidos jóvenes.



Señoritas de Schliepper y Songales, y señores Duchenois, Navarro y Cullen.



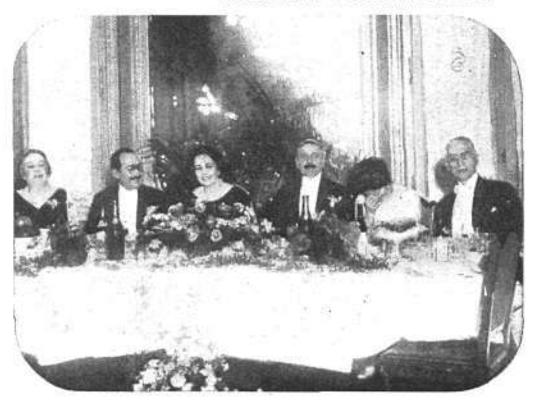
SOCIAL DE ROSARIO

TORES DEL ULTIMO CERTAMEN AGRICOLA

El gobernador, doctor Mosca, con los miembros de la comisión del prestigioso club, señoras de Colombres y Larrechea, y señores Schliepper y Colombres, en la interesante fiesta a la que asistieron las familias más destacadas de la sociedad rosarina.



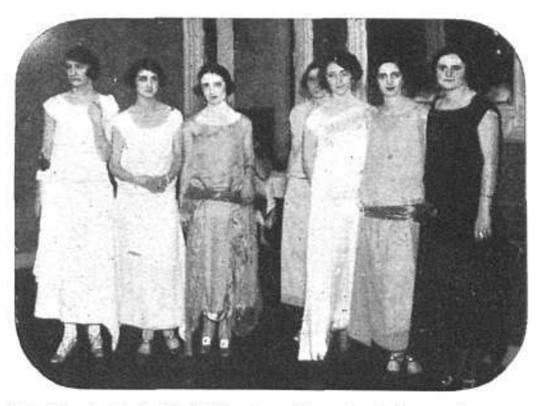
Señoritas de Martínez de Hoz, Roillón, Araya, Firpo, Luro, Giaciardini y Troubetskoy, y jóvenes invitados a esa mesa.



El doctor Mosca presidiendo, con algunos de los huéspedes, la interesante fiesta social.



Señoras de Vaginé, Ledesma, Arocena de Casas, Fierro de Gómez, Elía de Casas y Hueyo de Bullrich durante el baile.

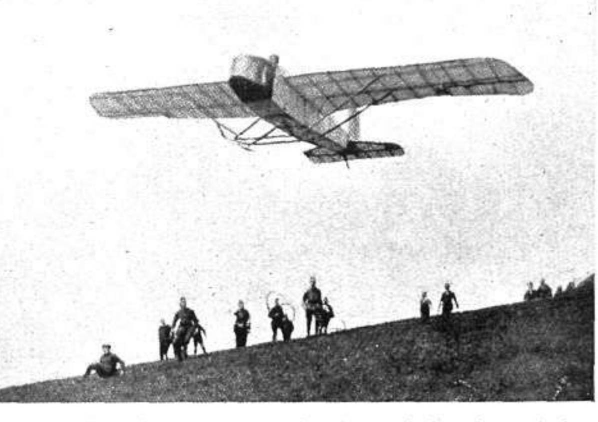


Señoritas de Giaciardini, Colombres Alvarado, Ledesma, Arocena, Fidanza, Colombres y Ruillón.

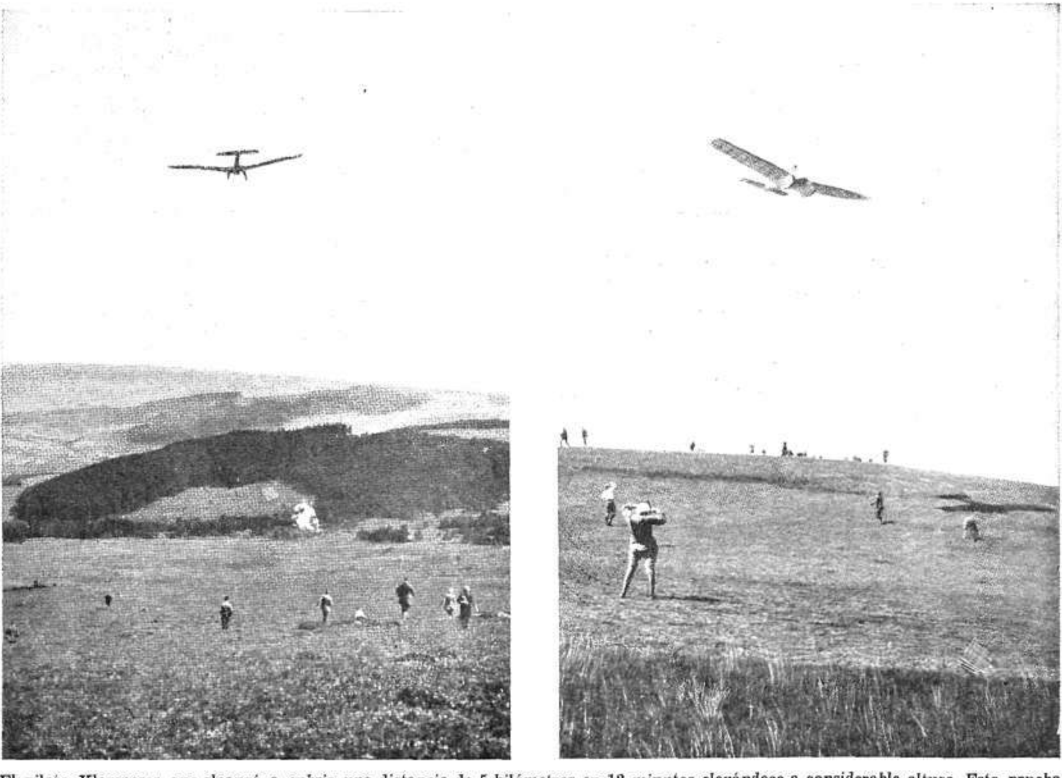
LAS EXPERIENCIAS DEL VUELO SIN MOTOR REALIZADAS CON EXITO EN ALEMANIA

Las experiencias verificadas recientemente en los campos de aviación de Francia y, particularmente en Alemania, han significado un sorprendente progreso para los vuelos en deslizadores sin motor. El éxito de las pruebas alcanzadas en los campos de Combegrasse (Francia) y en Wasserkupp (Alemania) dan actualidad a las presentes fotografías obtenidas en anteriores concursos.

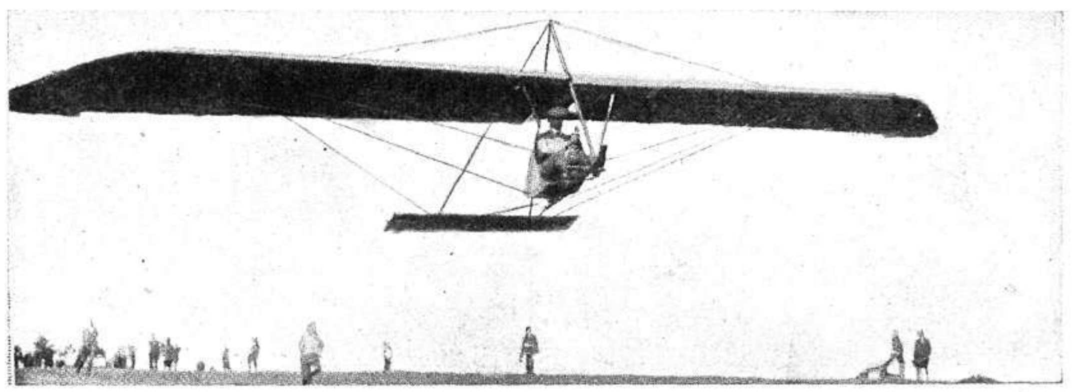
Las características de los aparatos empleados en el vuelo planeado o, como se le designa actualmente, «vuelo a vela» difieren en sus partes principales, de los aparatos impulsados a motor, en su más frágil construcción y en la falta del tren de aterrizaje, que es suplido por dos deslizadores.



Aparato en el cual el piloto S. Pelzner ejecutó una serie de vuelos que tuvieron una duración de 40 minutos.



El piloto Klemperer, que alcanzó a cubrir una distancia de 5 kilómetros en 13 minutos elevándose a considerable altura. Esta prueba que fué una de las más notables verificadas en el segundo concurso de Rhon, hace apenas un año, resulta ahora pequeña comparada con la que llevó a cabo el estudiante alemán Hentzer, en el Valle de Ródano, logrando mantenerse en el aire por el espacio de 140 minutos a una altura entre 100 y 200 metros, y teniendo que aterrizar a causa de la falta del viento cuando intentaba un vuelo en línea recta para optar a un importante premio establecido.



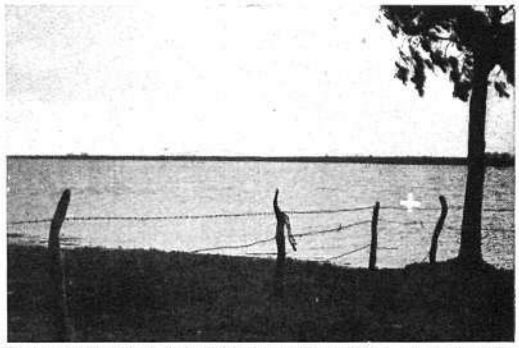
El aparato dirigido por el piloto Koller descendiendo en el aeródromo de Rhon después de efectuado un vuelo de 5 minutos, en el que recorrió casi 4 kilómetros, habiendo en esa misma prueba registrado un total de 31 minutos de planeo en 25 vuelos.



Puerta de la cocina, tras de la que se habían atrincherado dos de los peones, haciendo desde allí fuego contra la policía. En ella aparecen algunos de los agentes que repelieron la agresión y el oficial que mandaba el piquete.



Las fuerzas de policía frente al rancho, con los primeros periodistas que llegaron al lugar donde acaecieron los sucesos.



El río Matanzas en cuya orilla se halla el campo. La cruz indica donde fué detenido el peón Costa, que intentaba vadearlo, siendo su caballo muerto de un tiro.

EXTRAORDINARIO SUCESO EN LOMAS DE ZAMORA

LA POSESION DE UNA FINCA ES DEFENDIDA A TIROS POR SUS OCUPANTES

Muy pocas veces ha registrado la crónica policial, un caso tan extraño como el producido en los solitarios campos arrendados por el señor Ernesto Santús, en el linde de Lomas de Zamora, Echeverría y Matanzas. La crecida del río que lleva este nombre, hizo que dicho señor, se retirara hasta tanto la inundación decreciera. A su retorno, individuos que se habían atrincherado en el puesto por orden de uno de los pretendientes al campo, pues éste se halla en litigio, lo recibieron con una descarga cerrada. La presencia de la policía avisada por el señor Santús, no intimó a los ocupantes, quienes por lo contrario no dejaron acercar a los representantes de la autoridad haciendo nutridas descargas. En esa forma se inició el tiroteo que duró varias horas, cambiándose cerca de dos mil tiros entre ambas partes, hasta que varios de los individuos se entregaron.



Los agentes del escuadrón, que al mando del oficial Sorondo, tomaron el puesto después de sostener el violento tiroteo.



Vista del puesto que existe en el campo, desde el cual, los individuos que se habían posesionado, contestaron a tiros, la insinuación hecha por la policía para que lo desalojaran.



El capataz Pedro Aistarante, uno de los ocupantes de la finca y que dirigía el ataque, es conducido gravemente herido al hospital de Lomas de Zamora. Dicho sujeto fué el único herido durante la batalla librada.

Al hermoso aspecto que presenta los domingos la plaza de Tucumán, con los innumerables y animados grupos de las más distinguidas familias, agréganse las infaltables "bomboneras" conduciendo, como la de la fotografía, elegantes representantes del sexo débil.

Señoritas de López y Malmierca en el improvisado desfile que se inicia a la salida de la iglesia parroquial.

En la clásica retreta: Señoritas Brígida Zavalía Posse, Emma Alurralde y señor Julio Oliva, a quienes escolta una formidable "barra".





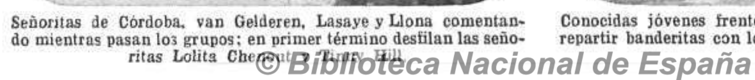
En el atrio de Santo Domingo y en las amplias aceras de la plaza las bellas tucumanas tienen rendidos admiradores. Son los sitios consagrados donde se congrega la flor y nata de la culta sociedad y donde se inician casi todos los "flirts", que luego se siguen en los salones y en los hogares.

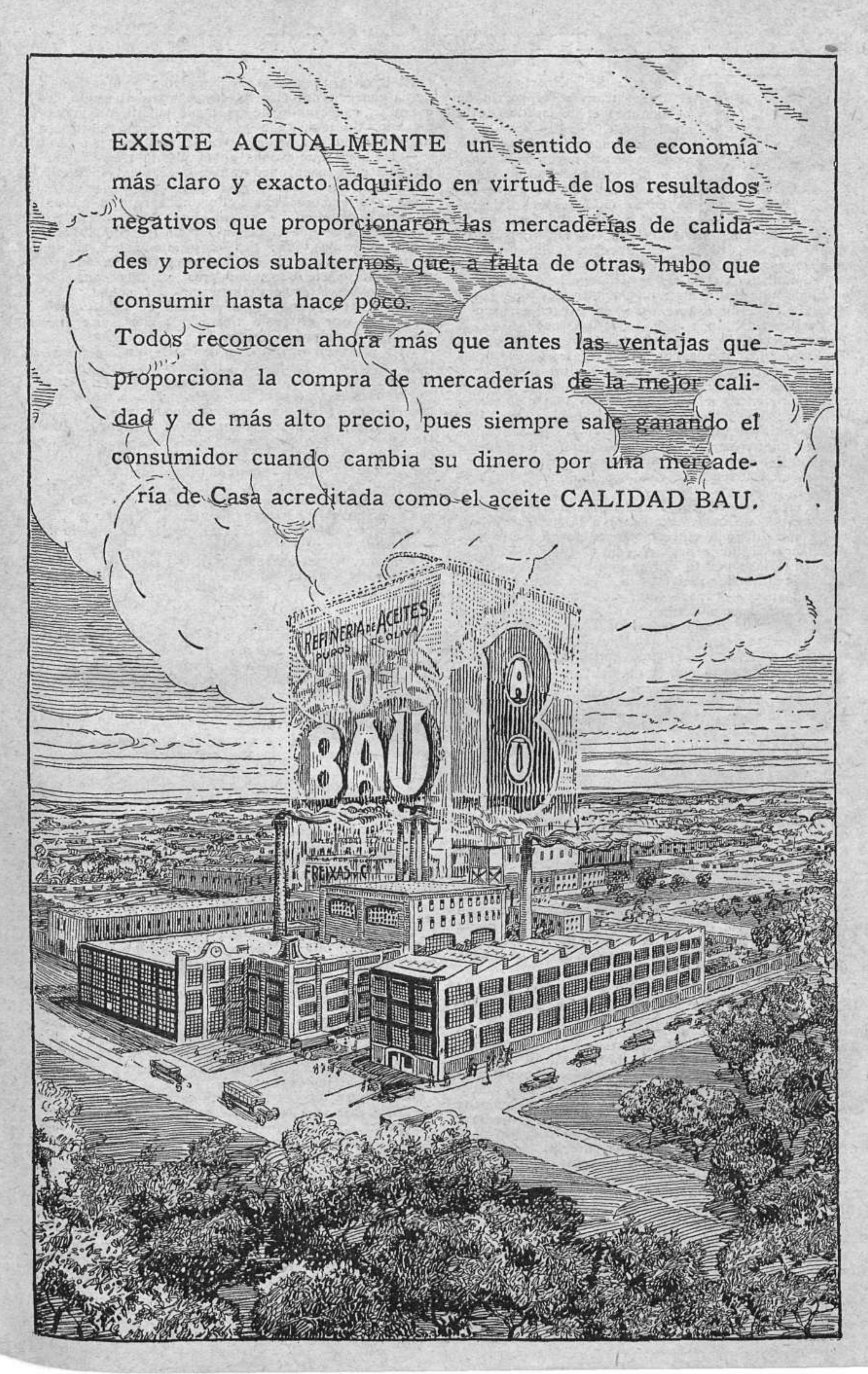


Señoritas de Córdoba, van Gelderen, Lasaye y Llona comentando mientras pasan los grupos; en primer término desfilan las señoritas Lolita Chenaut y Tinty Hill.



Conocidas jóvenes frente a la Casa Histórica disponiéndose a repartir banderitas con los colores patrios a los niños que a ella concurrían.




EXISTE ACTUALMENTE un sentido de economía más claro y exacto adquirido en virtud de los resultados negativos que proporcionaron las mercaderías de calidades y precios subalternos, que, a falta de otras, hubo que consumir hasta hace poco.
Todos reconocen ahora más que antes las ventajas que proporciona la compra de mercaderías de la mejor calidad y de más alto precio, pues siempre sale ganando el consumidor cuando cambia su dinero por una mercadería de Casa acreditada como el aceite CALIDAD BAU.
REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
BAU
FREIXAS Y C.

EL ULTIMO TRANVIA



IBA a salir de la Puerta del Sol el último tranvía del barrio de Salamanca; el de las dos de la madrugada.

Ocupábamos ya casi todos los asientos los viajeros trasnochadores de costumbre: el matrimonio de la calle de Goya que cena en un café después del teatro; el médico del final de la calle de Serrano, que prohibe a sus enfermos agravarse hasta la noche; el jovencito pálido que se apea en la calle de Villanueva y a quien sus amores románticos con la *dame de cœur* le deben estar costando una fortuna; todos, en fin, los que como última oleada de sangre arrojada por el corazón a la periferia, salimos casi todas las noches de la Puerta del Sol en el último tranvía del barrio de Salamanca, deslizando sobre los railes nuestros cuerpos adormecidos y nuestros espíritus soñolientos.

Faltaban unos segundos para las dos; el mayoral cogió las riendas, el cobrador subió a la plataforma posterior; las mulas del tiro se despertaron sintiendo la tirantez del rendaje; los viajeros nos arrellamos en nuestros asientos, y la vendedora de décimos se alejó del carruaje pregonando con voz opaca:

—¡Quién los quiere; los dos millones para mañana!...

En este instante subió al tranvía una señora joven, vestida de negro. Al llegar a la portezuela vaciló como dudando entre quedarse de pie en la plataforma o seguir a sentarse en el interior del coche. Decidióse por lo último, y al pasar delante de mí observé huellas recientes de lágrimas en los ojos.

—¡Lástima—pensé—que una mujer tan hermosa haya llorado tanto!

Ella se sentó como dos sitios a la derecha en el sitio enfrente del mío, dejándose caer lo mismo que quien se desploma, no como quien busca la comodidad del descanso.

El tranvía se puso en marcha. Todos los viajeros contemplábamos con más o menos discreción a la recién llegada. Ella no miraba a nadie. Había clavado su vista en un anuncio pintado en el cristal de enfrente, anuncio que decía:

"Chocolate de las familias. Probadlo y os convenceréis de su bondad."

Seguramente la hermosa desconocida no había leído siquiera tales palabras; las miraba sin traducirlas ni comprenderlas.

Cuando el pensamiento huye, la mirada propende a la fijeza y la inmovilidad. La naturaleza humana necesita siempre un cable que la sujete a la realidad de la existencia, y cuando el alma va arrastrada por vientos de tormenta, la mirada se fija, se clava en cualquier objeto, buscando en la persistencia de la sensación la ligadura, la conciencia de la vida.

¡Y qué hermosa estaba de esa suerte la última viajera del último tranvía!

Nada embellece tanto como la pasión: amor u odio; cólera o desprecio. ¡No importa!... Las pasiones sólo tienen una máscara, la máscara de la suprema belleza. Y todavía durante la crisis del movimiento pasional, el desarreglo, la descomposición de las facciones puede horrorizar al espectador; pero cuando los rasgos trágicos caen como combatientes vencidos y queda en el rostro únicamente el reflejo de la pasada batalla, sobreviene en aquél una especie de cansancio, de grandeza, tan majestuosamente bello, que no hay palabras para describirlo ni imágenes para compararlo.

Pues bien; nuestra hermosa acompañante estaba cansada de sostener una grande y reciente lucha; por su rostro habían pasado contracciones de ira; de sus ojos habían caído lágrimas ardientes; su boca había lanzado roncas frases; su pecho se agitaba aún con las últimas ondulaciones de la ola tempestuosa... ¡Admirable mujer para modelar una estatua en cuyo pedestal se dijera:

"¡Mármol que ha sido fuego!"

El tranvía avanzaba por Recoletos, y los árboles de la margen derecha se despertaban al ruido del carruaje, cabeceando de un modo soñoliento y desmayado. Contemplando yo a la hermosa viajera e impresionado por su majestuosa tristeza, pensaba:

—He aquí que vamos en el último tranvía, después de cuyo paso quedarán esos árboles sepultados en un profundo sueño, y estos sitios desiertos en larga y silenciosa calma. Por aquí habrán pasado durante todo el día y en anteriores horas de la noche, carruajes que llevaban en su interior los mil aspectos de la vida: deseos y ambiciones, ansias de placer y dichas de cariño; mientras que en este último viaje sólo van nuestros cuerpos cansados, apeteciendo el egoísta bienestar del sueño, y el drama de esa mujer, que acabará en indiferencia resignada, que es como tierra que cae sobre toda pasión y florece de su jugo.

Al mediar el día, al caer la tarde, en las primeras horas de la noche, el conductor animaba al poderoso tiro con sus gritos; a cada instante estaba también el silbato sonando en sus labios, y no por necesidades, sino por alegrías de la marcha. Los viajeros se contemplaban sonrientes, contándose historias con los ojos; ahora todos vamos tristes y cansados, deseando llegar a nuestras casas, olvidarnos de la vida, anestesiarnos, dormirnos.

Esos árboles cabecean, el conductor guía en silencio las cansadas mulas; la mayor parte de los viajeros cierran los ojos simulando el sueño; sólo esa mujer paladea la acre saliva que ha dejado la pasión en su boca.

Diríase que este último viaje es el de los desengaños y de los cansancios; largo, monótono, silencioso, mortuorio.

El jovencillo pálido se apeó como de costumbre en Villanueva; el matrimonio de las cenas de última hora, en Goya. En la parada inmediata o en la siguiente, la hermosa desconocida descendió del carruaje, y yo tras ella.

Internóse con paso vivo por la calle que desembocaba en la de Serrano, cruzó la de Claudio Coello y siguió adelante por entre las sombras de calles apenas esbozadas, cuyos nombres y situaciones no recuerdo.

Yo la seguía con el acicate de la curiosidad, y seguro de que ella no se había dado cuenta de mi persecución.

Al llegar ante un hotel solitario, se detuvo. Tiró de la manecilla del timbre y lo hizo sonar dos veces. Después se apoyó en la cerrada puerta y estallaron dos sollozos. A los pocos momentos abrióse un balcón del piso principal, y apareciendo en él una indecisa forma, sonó una voz que preguntó con extrañeza:

—¿Quién es?

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Soy yo. Elena!—respondió la hermosa desconocida conteniendo sus sollozos.

Y con la precipitación de los grandes dolores, dijo:

—¡Ha tenido valor el infame de llevarla a nuestra propia casa; ha hecho que la besen mis hijos!... ¡Mis hijos! — repitió con voz desgarradora y un inmenso sollozo congestionó su garganta.

—¡Elena, por Dios!...

—¡Soy su mujer! ¡Que me escupa, que me arroje de su casa, que la coloque en mi lugar chorreando su infamia, pero que no haga que la besen mis hijos! ¡Eso no! ¡Eso no!... ¡No lo consiento! ¡Me matará, no lo consentiré! ¡Nunca!

Abrióse la puerta del hotel y la infeliz mujer se precipitó en los brazos de su madre.

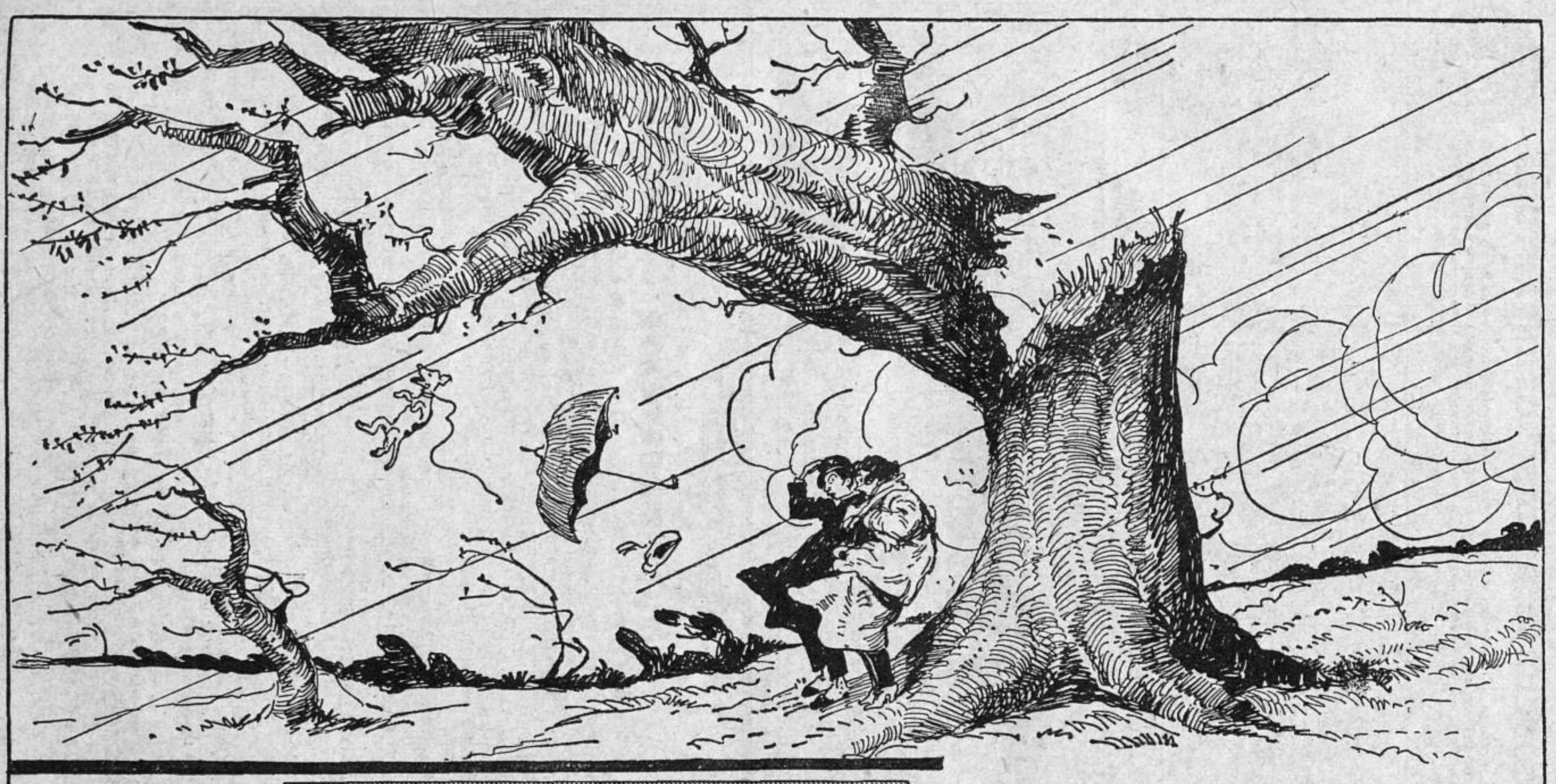
La puerta volvió a cerrarse y dejé de oir paulatinamente sus sollozos.

Y cuando quedó silenciosa la desierta calle, pensé:

—¡Qué tristes son estos amores que se acaban; esa paz del alma que desaparece para siempre; ese viaje en el último tranvía!

JOSE DE ROURE

DIBUJO DE SIRIO



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

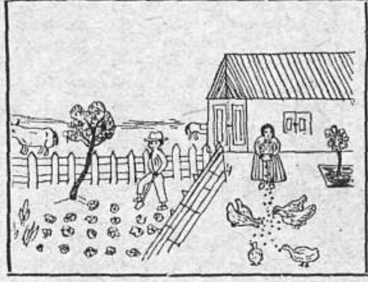
— ¡No tengas miedo, m'hijita, que arrimados contra el **árbol estamos fuera** de todo peligro!



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



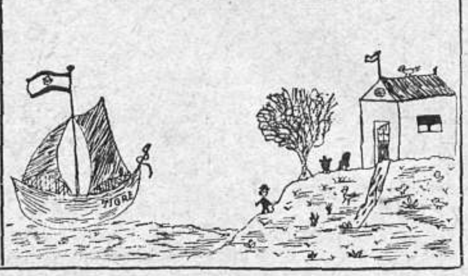
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.
Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



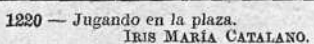
1217 — Los trabajos en el campo.
ADOLFO INVERNI.



1218 — Los farristas.
NARCISO GONZÁLEZ.



1219 — Un rancho a orillas del río.
TERESA LANZA.

1220 — Jugando en la plaza.
IRIS MARÍA CATALANO.



1221 — De vuelta del mercado.
OFELIA I. PELLEGATTA.



1222 — Mi diversión.
MARIO ABBIATE.

Valiosos regalos para las consumidoras del
POLVO GRASEOSO LEICHNER

Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el **Polvo Graseoso Leichner,** como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior a 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:

A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procederá, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos,y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, será encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el **Polvo Graseoso Leichner,** la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada, quedará depositada en poder del mencionado señor escribano.

El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo, el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.

Para optar a los obsequios, es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de **Polvo Graseoso Leichner,** cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: **Señores MENDEL y Cía. Concurso Polvo Graseoso Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.**

Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.

No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no traigan adherido el pedazo de estampilla.

Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esta fecha.

REGALOS A ADJUDICARSE:

1.º—	**1**	**regalo**	**de $ m/n**	**1.000.—**	**en cédulas del Banco Hipotecario Nacional**
2.º—	**2**	**regalos**	» » »	**500.— c/u**	» » » » » »
3.º—	**4**	»	» » »	**250.—** »	» » » » » »
4.º—	**10**	»	» » »	**100.—** »	» » » » » »
5.º—	**40**	»	» » »	**25.—** »	» » » » » »
6.º—	**500**	»	» » »	**3.50** »	» **cajas de Polvo "Si tu voulais...".**
7.º—	**1.500**	»	» » »	**1.50** »	» **cajas de Polvo Graseoso Leichner.**

Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.



Si usted usa en su toilette personal los ***extractos, polvos** y **lociones "ANITRA", "MARLISE", "SI TU VOULAIS...!"*** *de la*

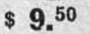
PARFUMERIE MENDEL

llevará el sello de la distinción y del buen gusto por el solo hecho de preferir los productos más finos, delicados y exquisitos que se fabrican en el ramo.



MENDEL y Cía.

Buenos Aires, Guardia Vieja, 4439 — Montevideo, Paysandú, 1178



el frasco.

$ 9.50

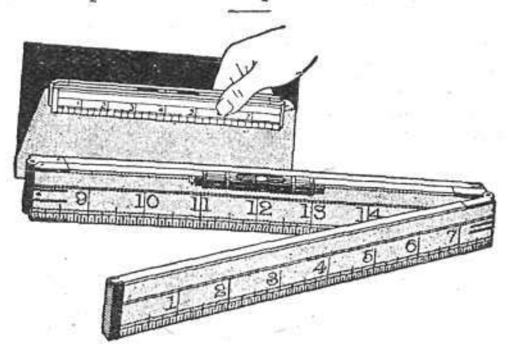
el f

INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES

ESPONJAS. — Se compran con frecuencia esponjas, finas en apariencia, pero que contienen pequeñas conchitas o arenillas que no pueden quitarse sin rasgar las esponjas.

Un medio fácil de hacer desaparecer estas piedras consiste en dejar la esponja, durante doce horas, en agua ligeramente adicionada de ácido clorhídrico. Este ácido disuelve todos los fragmentos de roca. Se enjuaga después en varias aguas.

También se pueden limpiar dejándolas algunas horas en agua fuertemente salada; las esponjas saldrán de este baño perfectamente limpias.

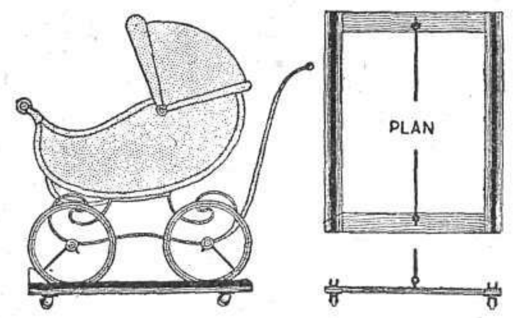


NIVEL DE ALCOHOL COMBINADO CON UNA REGLA DE BOLSILLO. — Este instrumento está formado de tres secciones de 8 pulgadas, unidas por junturas de bronce. El nivel es colocado en el margen superior de la sección del centro, quedando protegido por las dos exteriores secciones que le cercan. Tan práctica como sencilla herramienta es de gran utilidad para toda clase de trabajos, sobre todo de suma conveniencia en lugares en donde es difícil el empleo del nivel ordinario.



PRÁCTICA MÁQUINA PARA EL LAVADO DE ROPAS. — Esta económica y rápida máquina, basada sobre un nuevo principio, evita los diarios desgarramientos y destrozos, ocasionados con el empleo de los actuales procedimientos en uso, para el lavado de las ropas en las casas de familia, establecimientos y lavaderos públicos.

Un pequeño motor eléctrico, establecido debajo de la tina, es puesto en contacto con un ventilador o propulsor instalado dentro de ella, que constantemente envía una corriente de legía caliente sobre la ropa sucia contenida en un cilindro movible que, a causa de la acción que ejerce sobre él la corriente del agua caliente, se mueve con toda lentitud. El único trabajo personal a hacerse es el de colocar la ropa en el receptáculo dispuesto para este fin y llenar la tina de agua caliente. Una vez preparada la máquina, el cilindro se coloca sobre el nivel del agua y la ropa va pasando sin interrupción por una torcedera eléctrica fijada en el borde de la tina.



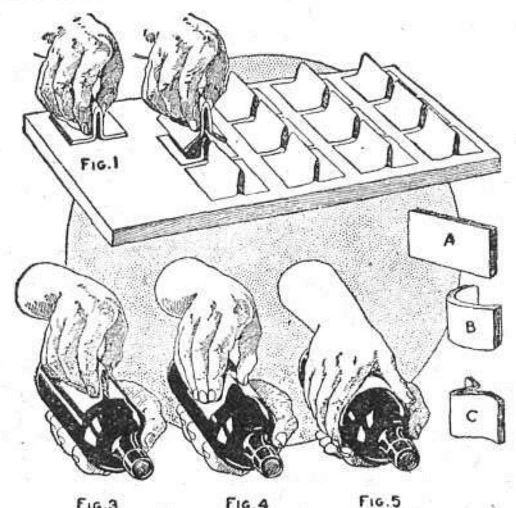
CARRITO CASERO PARA COCHES DE NIÑOS. — Frecuentemente ocurre que los cochecitos de los niños, al regreso de sus diarios paseos, son entrados en las habitaciones sin previa limpieza de las ruedas, y por consiguiente sobre los pisos de la casa van quedando las arenillas y barro adheridos al rodaje de los mismos. Para evitar esto ha sido construído el práctico modelo que reproducimos, que está formado por unos listones de 7/8 pulgadas. Los listones de los frentes y lados tienen 2 1/2 pulgadas de ancho y la pequeña ranura hecha sobre las maderas de los lados tiene 3/4 pulgadas de anchura. También pueden ser substituídas estas piezas de madera por pequeños canales de metal.

Sobre este aparato se coloca el coche, que queda sujetado firmemente por los ganchos fijados en la parte anterior y posterior del citado modelo, y puede ser trasladado con toda facilidad de una pieza a otra.

RÁPIDO MEDIO DE ROTULAR BOTELLAS. — Las botellas y receptáculos similares pueden ser rotuladas con toda rapidez y facilidad con las manos.

El procedimiento es sencillísimo. Se colocan los rótulos doblados dentro de las formas marcadas A, B y C. A continuación se cubre de pasta un pedazo de piedra o una pesada hoja de cartón. Seguidamente se prensan sobre la piedra en la forma indicada en la figura 1 un manojo de los rótulos doblados. El rótulo inferior queda unido a la pasta al retirarse el resto del manojo, y se continúa rápidamente esta operación hasta que los rótulos cubran completamente la piedra. Igualmente se alzan uno a uno y se fijan sobre las botellas de la manera mostrada en las figuras 3, 4 y 5.

Este método evita también que la pasta se esparza por los bordes, porque el movimiento empleado en la fijación la fuerza a correrse hacia el centro. Dos personas trabajando juntamente pueden conseguir rápidos resultados, ocupándose una en aplicar las pasta y rótulos sobre la piedra, y la otra en la colocación sobre las botellas



EL HIJO DEL GUARDABOSQUE

Por ADELIA DI CARLO

CAPITULO XXXIV

Un joven, de nombre Enrique, huérfano de padre y madre, que aun no había cumplido veinte años de edad, trabajaba en una fábrica cuando estalló en Europa la conflagración pavorosa.

Cuando niño, Enrique había sufrido con el relato que sus abuelos le hicieran de los padecimientos que habían tenido que soportar por la persecusión de los invasores. El joven guardaba fiel memoria de todo, y creyó llegado el momento de exponer su vida para darse la satisfacción de vengarlos.

Consecuente con ese propósito se despidió del director de la fábrica y se alistó como voluntario en el ejército de su país.

Pocas semanas después tomó parte en la horrorosa lucha, y las visiones de exterminio aplacaron muy pronto su sed de venganza.

¿Aquello era la guerra? ¡La guerra! ¿Cómo no había podido él prever lo que era en realidad?

Los hombres, ya con el fusil al hombro y frente a otros iguales que no se diferenciaban de ellos más que por el color del uniforme que vestían, actuaban no como tales sino como lobos en las batallas.

Y entre el tronar de los cañones, el chirrido de los sables, el rechinar de los carros de guerra, los toques de cornetas, la lluvia de balas y los fragmentos de obuses que caían sembrando la muerte y la devastación; los aullidos ora de triunfo, ora de desesperación, los gritos estridentes, quejidos, estertores, asaltos furiosos de hombres contra hombres que terminaban por destrozarse con inaudita violencia y cuerpos humanos despedazados que cubrían la tierra de sangre, sintió Enrique una invencible repugnancia por sí mismo, que era hombre y actor en aquella lucha sin precedentes.

No obstante, se comportó como un valiente, y fué herido de gravedad en uno de los combates, perdiendo un brazo.

Cuando mutilado, sin hogar y sin pan volvió a sus antiguos lares, odiando la guerra, una sola visión placentera perduraba en él: una figura blanca, fija en el brazo la roja cruz, flotando las faldas de su inmaculado ropaje de gentil enfermera, evocadora de angélicas apariciones para la calenturienta imaginación de lo moribundos...

¡Qué mayor infelicidad para Enrique que verse joven, huérfano y pobre, con una gran decepción en el alma y un brazo menos! Se lamentó de su triste estado y juzgó como un castigo la falta de su brazo que en el primer combate a que asistió había dado muerte a varios hombres que no le hicieron otro mal que el de pertenecer a un bando contrario.

Enrique había tenido siempre especial predilección por la música, en la cual su madre era profesora, y, dotado de buena voz, se dedicó al canto. Pero, como no tenía medios para continuar los estudios, procuró encontrar un empleo. Faltándole un brazo era difícil obtenerlo. La pensión que le había asignado su gobierno era tan insignificante que apenas le alcanzaba para pagar su alojamiento.

Sabedor de su afligente situación, el hijo del guardabosque envióle, además de lo necesario para su subsistencia, un buen maestro de piano y canto. Su voz clara, entonada, atrajo la atención de muchos; fué llamado a participar en numerosos conciertos, en los que se le ovacionó. Esos triunfos se repitieron siempre en las más grandes audiciones. Le fué ofrecida una clase en una renombrada escuela de canto, y así pudo vivir sin zozobras para el porvenir.

Huérfano, pobre, infeliz, impotente para el trabajo, gracias a la ayuda del hijo del guardabosque y a su espíritu que no flaqueó, Enrique sacó provecho de lo que en un tiempo fué una pasión y un deleite; lleno de fe, confió en sí mismo y la suerte lo ayudó.



El mejor vino para la mejor mesa.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.

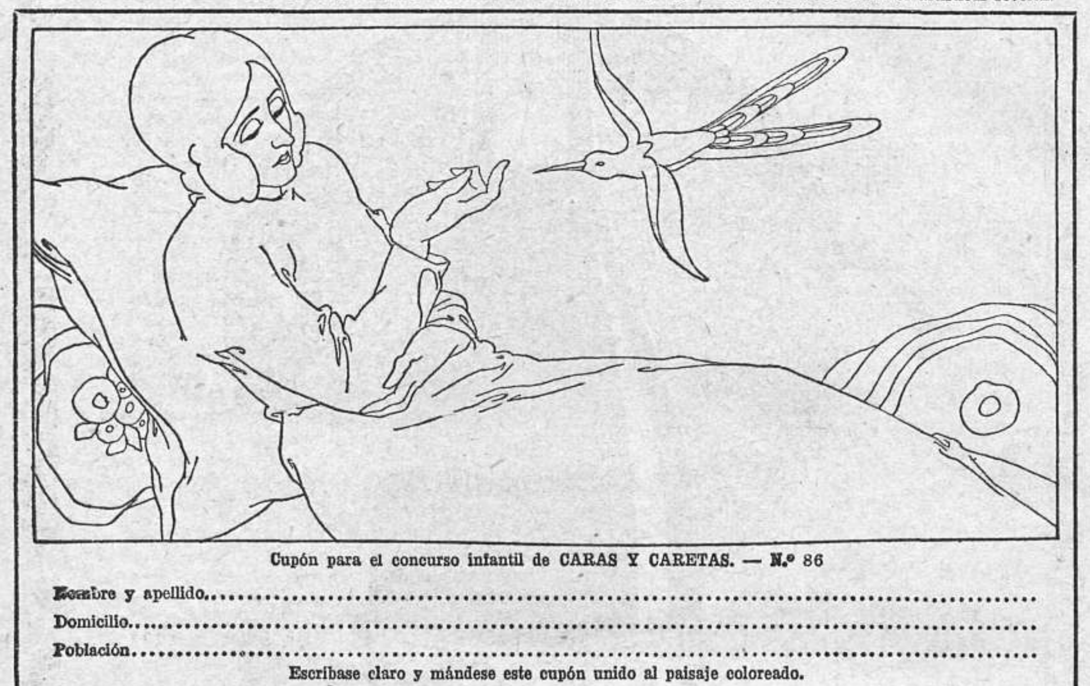
Soc. Anon. INDUSTRIAL y COMERCIAL

771-FLORIDA-771
BUENOS AIRES

U. Telef. 1752 y 7365, Avenida
Coop. Telef. 3708, Central

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 86

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



La alegría del hogar la constituyen los niños, sanos de cuerpo y espíritu.

Y la salud de los niños radica principalmente en la buena alimentación que se les proporciona.

Las madres inteligentes saben bien que tienen en el popular alimento

"Germinase"

(*El alimento que contiene* **todas** *las Vitaminas*)

la más poderosa y eficaz ayuda para criar a sus niños sanos y contentos.

La ***"Germinase"*** es el único producto en su género elaborado **con cereales frescos y bien seleccionados** de nuestro país; solamente por eso es superior y más sano que los similares importados.

Se vende en las Farmacias y Casas de Alimentación

LO QUE VA DE LA SEMANA

NO SON TODOS LOS QUE ESTAN

DE MI DIARIO

La última vez que tuve oportunidad de presenciar unos fenómenos psíquicos nada comunes fué en la redacción de un diario de la tarde. Realmente aquello sobrepasaba todo lo imaginable, pues resultaba difícil convencerse de que el operador estuviese de buena fe y no se diera cuenta del titeo mayúsculo que le armaban los muchachos, simulándose víctimas de las sugestiones más disparatadas, trances, catalepsia, *hipnosis* y... qué sé yo cuantas cosas más.

Así que el verdadero *fenómeno* resultaba el magnetizador, que llegó a decir muy fresco:

—Ahora, en cuanto yo les ordene de volar, empezarán ustedes a revolotear por la pieza, cuidando de no romper las arañas...

¡Y los muchachos que más querían!...

En cuanto oyeron la voz de «ahora» iniciaron un siseo, que debía simular el soplido del aire hendido con fuerza... El operador, reloj en mano, les dejó planear tranquilamente, muy complacido, y al cabo de un par de minutos dió la orden de: ¡A tierra!

Lo que hicieron esos diablos cuando... apagaron el motor no es como para poderlo describir fácilmente: voltearon sillas; llevaron por delante al hipnotizador; se fueron al suelo de bruces... con las alas, es decir, con los brazos extendidos como alas; soltaron trompadas que parecían un castigo de Dios, sumiéndose por último en un sueño profundo, del que el pobre hipnotizador no conseguía sacarlos, como era natural.

Y como a un bromista se le ocurriera anunciar la inminente llegada del director era cosa de ver el apuro del pobre operador para despertar al montón de muchachos, que roncaban como contrabajos!

El único que le llevaba el apunte al operador con mucha seriedad era yo; en primer lugar como... más anciano, y luego como estudioso de estas materias, resultando, en otras palabras, lo que en política se diría un distinguido correligionario del sugestivo caballero.

Desde entonces creí que habría sido imposible presenciar otro espectáculo parecido, pero por lo visto tienen razón los que quisieran borrar del diccionario la palabra imposible como algo que no tiene razón de ser.

Un médico amigo mío, que vive por los barrios del sur, me invitó a una velada familiar que tendría lugar en su mismo domicilio, calle Humberto I, a pocas cuadras de Entre Ríos.

« Véngase como a las 21... Va a pasar un rato « agradable... Se trata de un tipo muy original, a « quién la ha dado fuerte por el magnetismo, hipno- « tismo y demás diabluras en ismo. »

Eramos como veinte los admiradores del personaje.

A juzgar por la indumentaria había tomado su papel en serio, porque vestía de frac. Un frac no muy irreprochable, pero frac. Tanto que nosotros, que habíamos buenamente concurrido de saco, quedamos medio cortados, como si algo tarde hubiéramos comprendido nuestra falta a las disposiciones protocolares.

—No sabíamos...

—¡Qué esperanza! — se apuró a tranquilizarnos el doctor. — ¡Es una ocurrencia de él!... ¡Considera el frac como un uniforme indispensable para imponerse a los admiradores!... ¿No ve como vestimos nosotros?

El hipnotizador hasta en su toilette procuraba parecerse a las lechuzas. Los cabellos, muy levantados a derecha e izquierda de la cabeza, semejaban a dos grandes cuernos o, si no queremos hablar de cuernos, podríamos decir a dos altas *cumbres muy escarpadas*, que terminaban en tres o cuatro cabellos a caracol.

Naturalmente, el medio de la cabeza resultaba un valle, una hondonada, en cuyo centro la raya blanca que la partía en dos mitades podía compararse al lecho de un río cuyo delta se perdiera en la amplitud del hueso frontal. Ojos pequeños y vivarachos, muy hundidos, barba puntiaguda, en conjunto un triángulo equilátero, con la base arriba y el vértice abajo.

—Dividiré mis experiencias en tres partes: fenómenos de «zoquestión» con «zoquetes» despiertos, fenómenos de «zoquestión» con «zoquetes» dormidos, y de «*zoquestión*» colectiva!

El hipnotizador tuvo a bien decirnos dos palabritas sobre la *sugestión* que se ejerce en la vida común sin saberlo.

—«La dulce miradit de un *niña* débil al hombre serioso y rigid... ejerce un poder zoquestive; la mirad bondadós del anciane, sosegad y tranquil, amansa y domin las más espantosas *explosiones* de *furor*, mientras por otra parte, la mirad calma y dignitosa de un pebeta forma un dique, un defensa ansormontable an contra de le compadrit, qui suelta un pirop irreverente, obscene e vulgar...»

No pudimos dominarnos y el período redondo, clásico del orador, pronunciado con un acento francohispano muy marcado, provocó un estallido de aplausos, ¡muy bien! y ¡bravo!

—«¡Necesito un zoquete bien sansible!... Usted, señor, ¿quiere tener la amabilidad?... No tenga miedo... ¿El señor?... ¡Por fin!...»

El joven que se prestaba al papel de muy sensible se colocó al lado del operador, quien, después de haberle examinado las manos, sentenció:

—Los dedos que terminan en forma puntiagud como los del señor, son el síntoma más evidente de una gran disposición para absorber le fluid... Ejercên le mism ofice que los pararrayos con respecto a la electricidad. Le magnetisme, por otra parte, es un fluid y obedece a las mismas leyes de la electricidad... ¡Señor!... ¡Quédese paradit... firme!... ¡Alta la cabez!... ¡Tranquil!...

Le aplicó las manos a unos diez centímetros de las espaldas y con voz igual, imperiosa, empezó:

—¡In-sen-si-ble-ment... usted se cái... se cái... para atrás!... ¡Siant... usted una grand caleur para atrás... Se cái... se cái usted!...

El sujeto empezó una oscilación de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante, pero terminó con caer... adelante.

El operador se manifestó contrariado y mientras lo sujetaba por la solapa le dirigió unos reproches amables:

—Mais... usted, higue míe, no antiand un palabra de lo que yo pienso con intensidad... ¡Le ordeno para atrás y usted me tomb an adelante!... Vamos a ver...

La experiencia se repitió en forma inversa. Es decir que esta vez se dió orden al joven extrasensible de caerse adelante.

—In-sen-si-ble-ment... in-sen-si-ble-ment...

Quién sabe lo que pasaría; el hecho es que la caída tampoco esta vez fué como la ordenaba el operador, que sudaba frío y se manifestaba bastante contrariado.

—¡Inexplicable!... ¡Completamente inexplicable!... Tal vex que este zoquete no se presta a la zoquestión despierto... a pesar de que los caracteres que presenta digan lo contrario... ¿No habrá alguno entre los señores que me honran con su presencia que se *divierta* an pensar atrás, atrás, mientras yo ordeno adelante, adelante? ¡An este caso se explica! Hay un choque de *olas mentales, se forma un bochinche* an la *cabez* del zoquete, qui no sabe más que...

Para mí que el joven extrasensible se divertía en

grande. Sin embargo, pusimos todos esa cara de personas que lamentan muy de veras un contratiempo que viene a desmerecer la importancia de fenómenos en los que todos creen a ojos cerrados.

—¡Voy a poner al zoquete an sueño hipnotique!

Hizo unos pases solemnes, muy solemnes, y cuando le pareció que el sujeto estaba a punto, le dió la orden de dormir:

—Usted duerme... siente un gran necesidad de dormir, de cerrar los ojos, de descansar!... Sus parpádos no se pueden más abrir... ¡Ya está!

—¡Señores, el zoquete duerme de un sueño profundo!... Puede pellizcarle an cualquier parte, sin que manifieste el más pequeño dolor...

Y pellizcó fuerte efectivamente, pero el sujeto pegó un grito desaforado.

Ya no era posible conservar la cara de circunstancias que habíamos puesto cuando salió mal la caída para adelante y la caída para atrás...

Hubo sonrisas mal disimuladas que contrariaron bastante al operador, mucho más cuando el joven extrasensible se despertó sin permiso y, rascándose vivamente, no quiso saber nada más de experiencias que dejaban huellas visibles en los brazos.

Hubo que ocurrir a otro joven, que no se dejó convencer tan fácilmente.

El operador tuvo que prometerle bajo palabra que no realizaría prueba ninguna por el estilo de las que había sufrido su antecesor.

Y asimismo, a pesar de la palabra de honor, del ademán solemne del hipnotizador, que se aplicó la mano derecha al pecho como para decir:

—¡Se lo prometo, puede estar tranquilo! — con todo eso el nuevo sujeto se levantó del asiento de muy mala gana y no pudo disimular su desconfianza. Pero roncó muy pronto, casi más pronto que el otro, lo que llenó de júbilo al operador:

—¡Este sería un zoquete admirable para pinchar con agujas y pellizcar con fuerza!... Mais he dado mi palabra y quiero cumplir...

El durmiente mientras tanto había sufrido un sobresalto que pasó inadvertido para muchos y que el hipnotizador no notó, porque en ese momento se dirigía a sus oyentes haciendo caso omiso del joven, que echado en el sillón abandonaba la cabeza sobre el respaldo con los ojos cerrados.

—Necesitaría unos vasos... una botella de agua y una de anís... o cualquier otro licor.

En el acto la sirvienta puso sobre la mesita una botella de anís y otra de agua.

—Suplique un poquitit de atención...

Volvió a contemplar complacido al hipnotizado y, sonriéndose, le dijo:

—Siga usted durmiendo... Duerma de un sueño profundo... Nadie le hará nada malo... Tout le mond está contento, alegre... ¡Festejamos le casamiento de un linda chica y le champagne corre como agua!... ¿Un petit copita de champagne? ¿Le agrada a usted el champagne?

Nos hizo notar que la experiencia era doblemente interesante porque el sujeto perdería absolutamente el sentido del gusto, creyendo que tomaba champagne mientras se le servía anís y que luego le daría agua que tomaría convencido de que era anís.

Ofreció la copita y esperó el resultado.

—¿Cómo encuentra usted esta marca de champagne?

—¡Muy rica!

—Ha vist... ¡Muy rica!... Muy efervescente... Es lo mejor que se conoce... Yo no quiere que se pueda pensar en algún escamoteo... Así que si alguno de ustedes desea ejercer el control de mis experiencias le quedaré muy agradecido...

El joven del pellizcón se ofreció para secretario.

—Ahora, mi joven ayudante, tenga a bien ofrecer al zoquete un copita de agua...

Parece que el secretario le tuvo lástima al dormido y con mucho disimulo repitió la dosis de anís.

¡Qué iba a dudar el hipnotizador de la lealtad de su ayudante! Adoptó una actitud de las más enérgicas, pues al fin y al cabo se trataba de realizar un milagro por el estilo de aquel de Caná, cuando Nuestro Señor transformó el agua en vino.

En este caso se trataba de algo al revés, pero siempre igualmente difícil. Con voz de trueno:

—¡Tome usted — dijo — esta copita de anís!... La encontrará usted tan agradable como la primera, más todavía que la primera...

El dormido apuró el vaso. Hizo más. Dejó entrever que su voluntad no estaba por completo dormida, pues al devolver la copa suspiró:

—¡Más, más... Otra copita más!...

No podía conseguirse un resultado más completo y definitivo. El francés estaba satisfecho y sus ojos brillaban de una satisfacción sin límites.

—Esta es la prueba más evidente que mi voluntad ha tomado el puesto de la voluntad del zoquete. El quiere lo que yo quiero, piensa lo que yo pienso...

Sin embargo, debo confesar que a pesar de lo cómico de la situación en que se veía colocado ese buen señor, llegué a sentir lástima por él, pues a los cuarenta y pico de años es algo triste servir de titeo a los jóvenes y a los que no lo son.

Por otra parte, me decía el médico amigo mío que habían sido inútiles las tentativas para quitarle de la cabeza la manía de los poderes psíquicos. Se sentía un Regazzoni, un Onofroff... Esa era su chifladura...

Hubo un intervalo antes de empezar las experiencias de orden colectivo.

Durante el intervalo felicitó al joven del anís, habló largo y tendido para demostrarle que no tuviera preocupación ninguna respecto a los resultados del sueño hipnótico, pues quedaría lo mismo que antes y solamente sentiría en lo sucesivo una gran atracción, una fuerte simpatía hacia la persona que lo había magnetizado.

—Lo que por otra parte — agregó — quiero suponer que no le resultará molesto ni penoso, pues desde ya le ruego incluirme entre el número de sus mejores amigos.

Me confesaba más tarde el joven del anís que la única verdadera sugestión que pudo ejercer el hipnotizador sobre él fué la de esas palabras.

—Me pareció tan en buena fe el pobre que hasta he sentido que efectuaran el escamoteo del anís y del agua... El día que lo llegue a saber...

El francés se puso de pie.

—Prevengo que esta noche estoy dans un condition d'ésprit inexplicable. Me encuentro coupé... cortad... Debo sugestionar y me ancuentro sugestionade por un fascinatión qui me domín como la viborit al pajarit... Me siento un pajarit tout affait dominé por la belleza de las señoras y la seduissante influencia de la dueña de casa, explendid exponente de la hermosura argentina...

Con un prólogo de esa categoría, la sugestión colectiva era más que natural. Estaba hecha. Y las mujeres, que saben siempre algo más que el diablo, encontraron una forma notable para oponerse a nuevos fracasos del amable hipnotizador. Manifestaron un miedo atroz al poder de sus ojos:

—¡Imposible!... ¡Imposible!... Si tiene usted una mirada que no se puede resistir, aun cuando no quiera hacer experiencias...

¿Y qué iba a hacer el hombre?... ¡Cómo iba a luchar contra los que de antemano se dan por vencidos!

Y hasta hubo un marido que observó confidencialmente al hipnotizador:

—Después de lo que ha dicho usted, de la simpatía que nace en los hipnotizados hacia los hipnotizadores... ¡comprenderá!... Se sabe donde empieza la simpatía de una mujer, pero no se sabe adonde puede ir a parar... ¡Eh, amigo! Yo le creo!... ¡Y como le creo!... Por eso mismo no se lo tome a mal pero... a mi mujer no me la sugestiona usted, ni individual, ni colectivamente...

—Pero...

—No hay peros ni manzanas... ¡A los hombres es otra cosa, pero a las mujeres!

Dr. A. VACCARI

La directora de la escuela N.º 1, señora Rosa T. de Rivero, y el profesor señor Alfredo Servente rodeados de los alumnos del 6.º grado en dicha escuela.



Todos los envases de los renombrados productos marca **"PAULISTA", tienen** cupones por diferentes valores.

Reuna Vd. 50 de estos cupones y tendrá derecho al canje en cualquiera de nuestras sucursales de la Capital e Interior, por un boleto numerado para tomar parte en el sorteo de los valiosos premios.

Solicite listas, bases y condiciones a las Oficinas de Propaganda, Victoria, 571.

Si Vd. visita la Exposición de Objetos, **Avenida de Mayo, 864,** podrá apreciar el gusto de los artículos y la distribución inteligente que se le ha dado a los



LA MODA AL DIA

Por LUZ Y SOMBRA



Vestidito de crepe de chine con alforcitas.

En una de las tiendas más importantes de la capital, y que se distingue por la elegancia de sus modelos, hemos visto los primeros de la colección para el verano próximo.

De los más novedosos y llamativos damos aquí una breve reseña, que servirá de guía y de consejo a nuestras lectoras para sus nuevas compras.

El tailleur de mañana tiene su característica en su estilo muy clásico, mientras que el tailleur fantasía, que se usa por la tarde, es adornado de trencilla, aplicaciones de cuero o de género (como gabardina blanca sobre gabardina marrón) con pollera no excesivamente larga y saco ablusado con un muy pequeño cinturón del mismo género y color del vestido, que empieza en las caderas sujetando algunos frunces, y cierra adelante dejando caer el saco liso en la espalda.

Hacen mucha competencia a los tailleurs los vestidos tres piezas, formados por una pollera generalmente oscura, del mismo género del saco, y una bata de crepe de color vivo.

Los vestidos de paseo y de reuniones han llamado en forma especial nuestra atención por lo variado y novedoso que en ellos hemos notado.

La combinación del azul con el punzó, el morado y los otros tonos, sigue en su apoteosis sobre modelos que se destacan por la novedad de su corte.

Así hemos admirado un vestidito de reps azul doblado de punzó, abrochado en el lado izquierdo y adornado por una tira metálica. Del lado de los broches el vestido caía derecho, con pocos pliegues que arrancaban del talle, mientras que sobre la otra cadera formaba una de las llamadas «carteras» que se usaron en las polleras de la pasada estación. Un pequeño cinturón ablusaba el vestido en la espalda.

Otro modelo era de paño con bordado calado sobre un forro de color. El bordado calado y el trabajo «imitación crochet» son las grandes novedades de la temporada en materia de adornos.



Vestido de marrocain negro con grandes mangas de puntilla negra y bordado de acero.

Un modelo en crepe majunga negro, adornado solamente por una imitación crochet, resulta de una elegancia severa y de alta distinción.

El vestido que más ha satisfecho nuestra avidez de modernismo fué uno de los famosos «vestidos a transformación» que tan buenos servicios han prestado y pueden prestar a las que no se encuentran en la posibilidad de mandarse hacer una prenda elegante por cada hora del día.

Se trata de una robe-chemise en crepe roumain marrón, que forma por sí sola uno de esos sencillísimos vestidos para una reunión familiar diurna.

Esta robe-chemise es acompañada por dos cinturones: uno es una sencilla tira del mismo color del vestido, con tres grandes placas de nácar, magníficas, que quedan abrochadas adelante al colocar el cinturón sobre el vestido. Este se transforma así en un bonito modelo de paseo. El otro cinturón transforma la misma robe-chemise en un vestido más completo, para reuniones más elegantes. Está formado por una tirita del mismo crepe roumain, de la que arranca una tira ancha de plegado en la parte delantera y otras dos, más chicas, en las caderas.

Con los vestidos a transformación hasta la mujer menos ingeniosa puede ser elegante con poco gasto, puesto que un mismo modelo, bien combinado, puede formar dos vestidos completamente diferentes.

No habrá mujer, pues, que no quiera aprovechar de esta oportunidad que nos ofrece la moda, puesto que a todas nos gusta variar y no es muy fácil hoy día tener los medios al alcance de nuestros deseos.

Los vestidos de noche — tan poco vestidos — son verdaderas perlas de la moda. Modelos en crepe bleu Madeleine con cinturón del mismo forrado de lamé; crepe marrocain verde con adornos de jais; tiritas de strass y puff de plumas. Vimos un precioso modelo parisiense de marrocain negro, cuyo bordado de azabache, en la espalda, formaba una V, e igual forma tenía la cola que completaba el elegante vestido.

Por la noche, ya se sabe, las mangas no existen sino en algunas excepciones bien raras y poco aceptadas. Pero de día las mangas son admitidas, con tal que sean extravagantes. Así hay grandes, enormes mangas sueltas, otras cortas y cuadradas, otras formadas por tiras, otras abiertas; unas largas y angostas terminadas por un grande puño a lo mosquetero, otras largas y anchas terminadas a balón.

Se anuncia en los vestidos de tarde la pequeña capita que acompaña el vestido. Hemos visto uno de estos modelos con una capita de gasa negra de tres volados.

El nido de abeja es un adorno nuevamente de moda, pero sólo en forma de motivos, sobre las caderas por ejemplo. También de vainillas hacen gran uso los modistos en sus nuevas creaciones.

Hemos visto, entre los tapados, uno muy original, no por la forma sino por el género, un cloquy gauffre negro, algo parecido a un cuero muy flexible.

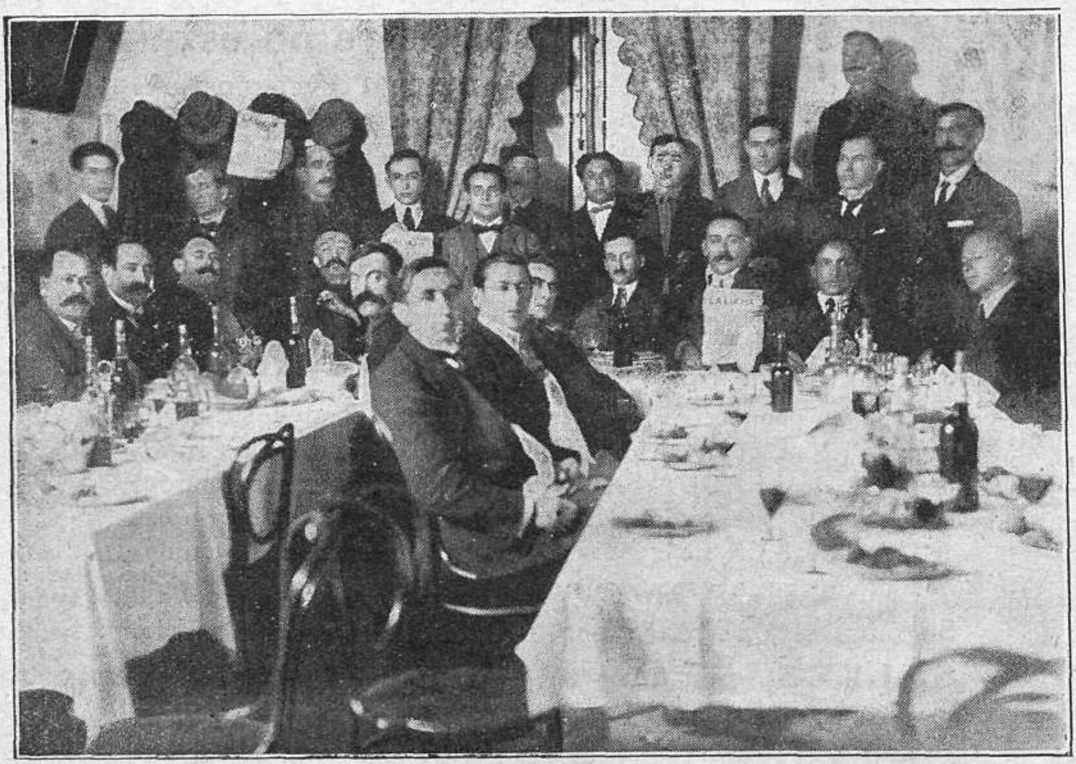
Otro tapado era en crepe marrocain con tiras de cloquy y con un cinturón enroscado. La línea del tapado es sobria, las mangas son largas o japonesas, pero colocadas a su altura normal, y grandes broches de nácar o de género trabajado son el sello que distinguen uno de otro modelo. Hemos visto también un tapado con la ya cansadora piel de mono y con adornos de vainillas. Sin embargo, no creemos que ese largo vello negro, del que tanto hemos abusado este invierno, pueda resistir a la ráfaga renovadora de la primavera.

Una estupenda novedad de adorno, admirada entre los modelos de la casa antes nombrada, es un bordado calado, hecho con trencillita marrón finísima y brillosa formando redondeles con transparencia color punzó. Ese motivo, que recuerda el encaje guipure, formaba ancha guarda de un saquito de cloquy marrón.



Capa de noche en velour frisson negro y faille rojo, con bordado de oro y piedritas antiguas.

De Carlos Casares



Los señores Gregorio Céspedes y Bernardo Mindlin, director y administrador respectivamente del periódico socialista "La Lucha", en la cabecera de la mesa durante el banquete que en ocasión del IV aniversario de la fundación del diario les fué ofrecido por los afiliados al partido que representa la citada publicación.



¿Sabes, nietecita mía,
por qué he llegado a esta edad,
sin ninguna enfermedad,
más que la que tengo hoy día?

Porque no creo que tiene
ningún remedio virtud,
sin atender la salud,
ante todo, con la higiene.

Para el baño y el **boudoir**,
a toda composición
prefiere siempre el jabón,
que nunca dejé de usar.

Es el **REUTER** tan famoso,
merced al cual siempre tuve
el cutis como un querube...
¡suave, terso, blanco, hermoso!

Así se cumplió su ensueño



ARMEN MONTES venía sola de Inglaterra; sus trajes, sus alhajas, su conversación agradable y espiritual, cuando no hiriente e irónica, eran las de una mujer de mucho mundo, y se comprendía claramente que si un límite de discreción había, nacía de su distinción y no seguramente del recato juvenil y propio de una niña. Cantaba muy bien y de su violín parecían salir, cual de una alma vibrante, notas que conmovían y turbaban.

Todas las mañanas se la veía entre los pobrecitos de tercera clase, entre esos niños de bellas caritas demacradas y serias o de fuertes tipos atrevidos, que recibían sus caricias, caramelos y regalitos con tímidas sonrisas estupefactas, sonrisas que entristecían la afectuosa mirada de la caritativa, pues le decían cuán inesperado era ese placer para las criaturas habituadas al continuo sufrir; y para ellos tejía luego todo el día.

Todo el día, a todas horas, en todas partes tejía: cuando conversaba con sus amigos, cuando quedaba sola y pensativa; escuchando las notas del concierto, o entre una y otra pieza de baile. Parecía que para ella nada fuese más importante y necesario ni más agradable que esa labor, inseparable compañera de sus días de viaje, de sus pensamientos íntimos, de su conversación, de su alegría.

Para Carlos Aguilar esa labor era una enemiga que se interponía porfiada y serena al ardor de su corazón, deseoso de llegar a imprimir latidos al corazón de Carmencita Montes. ¡Cómo odiaba él esa hebra de lana que parecía enroscarse entre los rosados y afilados dedos!

Observábala a veces desde lejos, cuando sin interrumpir su tarea dejaba vagar su mirada soñadora y triste en el horizonte lejano o sobre la inmensidad azulada del mar, y en adoración gozaba de ese abandono sabiendo demasiado que si él o quienquiera se hubiesen acercado ocultaría ella inmediatamente su alma tras serena y animada conversación, bajando los ojos a su labor para ocultar el fuego abrasador de sus pupilas; pronta entonces la contestación hiriente para el que hubiese osado, amable o sincero, dirigirle una de esas palabras lejano reflejo de amor.

Conocía a Carmencita desde hacía quince años. En ocasión de pasar unos días en la estancia de un tío, ignorando que sus primas habían invitado a tan graciosa amiguita. ¡Cómo le gustó esa pequeña flor aún capullo!

Pero ella, con una encantadora sencillez, le había contado que estaba de novia con Raúl Avella, de novia en fin, no, porque sus familias decían que eran demasiado jóvenes, pero la verdad es que no estaban conformes por razones... por razones... de ambición. ¿Usted lo conoce? entonces puede decir si Raúl no es simpático e inteligente por demás.

Nosotros nos queremos y nos querremos siempre. De ser necesario esperaremos que yo sea mayor de edad; y más también esperaremos ¿qué importa? ¡él me quiere tanto! ¿y yo? ¡ah! ¡y yo!...

Pasaron los años, mas Avella no la quería tanto. Todo lo evidenciaba: la quería a ratos, a días, cuando le impresionaba esa criatura apasionada, que rogaba, escribía, pedía citas, a todo se exponía, todo lo jugaba, agarrándose con desesperación a todas las tablas para no dejar naufragar su amor, sin esperanzas.

Cansado de obstáculos, cansado de esa joven, no queriendo con una seria decisión ponerse en contra de los suyos ni de los padres de Carmencita, carácter débil, para cortar por lo sano tantas angustias, se casó un buen día con otra que para él no ofrecía sino poca diferencia con su primera novia y por el contrario la gran ventaja de conservarle la ambicionada paz.

Nadie supo la impresión que esa resolución produjo en Carmencita, nadie supo si estuvo enferma hasta morirse. La llevaron un día a Europa de donde nunca había querido volver a pesar de los repetidos viajes que realizaran los suyos, pues dedicada a la música y a la pintura parecía que nada más pidiera ella a la vida.

Volvía ahora precedida por el clarín que pregonaba su fama y el eco de su vida libre. Pero si mucho amaba ella su libertad de artista y de mujer, segura de su fuerza, que le permitía responder de todos sus actos, bien honda era la amargura que su independencia le costara. El más noble de sus afectos, el de su padre, se alejaba de ella en un mudo, continuo y desolador reproche por el rumbo que ella había impreso a su existencia.

Más aún, mayor, terriblemente más grande era otro tormento... y fué justamente en uno de esos momentos de absoluto decaimiento moral que se decidió, al fin, a partir para Buenos Aires.

....

Carlos Aguilar, a los pocos días de viaje, comprendió que la amaba, y advirtió también que para merecerla tenía que elevarse hasta ella.

Por el recuerdo de ese lejano tiempo de confidencias había brotado entre ellos cierta cordialidad, muy poca en verdad para su pasión cada día más vehemente.

Muy a su lado (el día más triste de su vida) le dijo, casi al oído, con una dulzura que no le pareció exagerada:

—Carmencita, deje un momento su labor, se lo ruego.

—Si puedo igualmente conversar con usted. Piense que cada momento que yo no trabajo es la probabilidad de una batita menos para mis pobrecitos.

—Pero Carmen, si no es más que eso, le juro que le mando un carro de batitas a sus protegidos en cuanto lleguemos.

—Mire cuántas obras buenas podría hacer usted con el dinero que quiere emplear en comprar un carro de batitas, sin quitarme el placer de hacer la mía y a esos pobrecitos el de saber que yo estoy aquí trabajando para ellos.

—¿Usted lo cree así? ¿Y puede ser tan bueno un corazón incapaz de amar?

—Ya no es tiempo, Carlos, para que yo pueda perder ni dar ilusiones.

—Usted, Carmen, es una criatura que sufre y no quiere ser consolada.

—Yo soy muy feliz.

—¿Y cuál es su felicidad?

Ella apoyó la labor sobre su falda con gesto resuelto y le miró profundamente, con ojos dolorosos que reprochaban una pregunta a la cual no quería contestar.

El cerró los suyos, porque no pudo soportar la emoción de esa mirada, y dijo con la voz buena del hombre herido:

—No es curiosidad, Carmen, ni indiscreción, ni sentimiento alguno que no sea tan elevado como usted merece.

—Lo sé, Carlos; hace tiempo que yo he aprendido a mirar en el fondo de los corazones de los hombres; de sus palabras profundas o superficiales yo sólo alcanzo el sentido del sentimiento que las anima, y si muchas veces he temblado de desprecio, otras veces la admiración y el respeto me han conmovido.

—Pero usted aborrece y desconfía de quien dice amarla.

—No es así; muy pocos aman, y muchas ilusiones indignas despierta a su pesar en los corazones vulgares la mujer que, como yo, superior a todo reproche, vive libre como todo ser que no necesita apoyo alguno.

—Sólo el amor, Carmen, hace de dos débiles criaturas un ser perfecto y fuerte.

—¿Y no podría bastar también un ensueño de amor?



Por Margarita Morcaldi

— Pero siempre que se personificara.

— Usted sabe.

— ¿Cómo puedo saberlo? Hace quince años que ignoro todo de usted.

Carmen Montes clavó su mirada en el mar de esmeralda, menos inmenso y profundo que el enigma de su corazón; y así, mirando el mar, dijo con calma:

— Uno fué el amor, una sola la desilusión, un solo ensueño me guía.

— ¡¡Raúl Avella!?...

— Sí, Raúl.

— ¿Usted no sabe tal vez que está casado y que tiene hijos?

Ella le significó que lo sabía cerrando los ojos, cuyos párpados temblaron como mariposas heridas.

— Carmencita, ¿qué piensa usted hacer?

— Pienso entregarle mi vida. Sí, quiero gritarle al fin mi tormento; quiero ver la luz de la divina centella; quiero conocer entre sus brazos una hora de pasión, de esa pasión por la cual se juega la tranquilidad y la vida. Quince años de fidelidad son bastantes para tener derecho a mi hora de amor.

Carlos Aguilar lloraba.

— ¿Por qué llora, Carlos, cuando sabe que va a concluir por fin el martirio de mi vida?

— Lloro sobre el más grande de los delitos que se han cometido; sobre el delito que quizá se cometerá aún.

— Carlos, nunca sabrá usted el valor de sus lágrimas en este momento para mí; son flores que caen sobre un corazón que resucita.

— Dele vida, Carmen, para un grande, nuevo y noble amor. Olvide al hombre que no la ha merecido, entréguelo a otro para la felicidad perfecta.

Ella se levantó, firme y fría, y le echó en cara estas palabras:

— No olvide que he confiado mi secreto a un caballero, y nunca más vuelva a esta conversación.

Carlos se levantó y se inclinó ante ella, correctamente; obedeció y supo encerrar en su pecho su profundo dolor.

Ahora que estaban por llegar, algo desbordaba en su pecho. Una noche más y tal vez se separarían para siempre. Allí estaba Buenos Aires, tras esa faja del horizonte, centelleante de estrellas, que ella contemplaba. La orquesta tocaba una fantasía del Falstaff, y llegaban las notas, claras, a suavizar esa hora de emoción.

— ¿Está soñando, Carmencita?

Ella no lo había oído llegar, pero no se extrañó de verlo allí a su lado, y le contestó con dulzura:

— Sí... sueño.

— ¡Dios la proteja!

— No sueño acerca de lo que usted cree, Carlos. Parecíame que las criaturas del hombre que he amado formaban con sus manecitas una rueda en la que me habían encerrado; cantaban y me sonreían.

— Carmencita, usted está muy pálida ¿Por qué no se ha levantado de la mesa? ¿no se siente bien?

— ¿Por qué? ¿Porque le hablo de esos niños? ¡Si supiera como amo yo a los niños!

— Esos niños de usted no podrán recibir más que mal, mientras que para usted, joven aún, puede brillar la luz de la más bella maternidad.

— Los niños son de todas; cada mujer es madre de todos los niños... Ofrézcame el brazo, por favor, Carlos y acompáñeme hasta mi departamento. Sabe, Carlos, no se despida mañana; vaya a verme dentro de una semana, ya que le he dicho mi secreto.

— ¡Cómo sabe, Carmen, hasta qué punto yo la quiero!

Ella le tendió las manos que él besó, mientras su amiga cerraba los ojos para no ver la luz de una dicha que no le pertenecía.

....

....

....

Hacía diez años que no lo veía ¡diez años! Y ahora lo esperaba, y él era libre, porque era viudo desde más de un año.

Lo esperaba. Faltaba media hora, tal vez menos, diez minutos, cinco, no — el timbre, su corazón le advirtió que era él.

Entró. Tomóle las manos entre las suyas, luego ciñóle la cintura con gesto apasionado y con cien besos le repetía las palabras de amor que jamás en su ensueño de diez años pudiera imaginar más suaves y violentas.

Cuando unos minutos después se sintió dueña nuevamente de sí misma, lo miró, lo escrutó, lo analizó; sin duda alguna era él, él mismo, más hombre. Había en sus movimientos más reposo y distinción, en sus facciones las huellas del hombre que trabaja y vence, ni triste, ni feliz; en sus modales una seguridad y decisión que ella desconocía.

— ¿Me miras mi nena? ¿He cambiado mucho? Tendrás que quererme como si yo fuese un hombre nuevo, y yo también tendré que volver a conocerte. Sé que has vivido tu vida de artista para hallar un asilo que cobijara tu amor por mí.

Carmen bajó la cabeza, era verdad; pero en ese momento esas palabras fueron para ella como las vendas que se arrancan sin cuidado de una herida que no se ha cerrado.

— ¡Dame un beso, mi nena! Te besaré dando a tus labios la caricia que aun no debes conocer. Llega hacia nosotros la felicidad, aportándonos el momento más hermoso de nuestra vida.

Raúl la estrechó con violencia entre sus brazos, y largo, intenso, interminable fué el beso que tardara diez años en llegar.

Cuando ella se sintió libre, lo miró aturdida, llenos los ojos de reproches, los labios de repugnancia.

Como una visión de paz y de dulzura, el recuerdo de Carlos templó su espíritu y su corazón latió en un anhelo de fe y de pureza que había sido, a pesar de todo, la aspiración de su vida.

Su voz, llena de rencor, dijo:

— No, tú eres del amor sólo el ensueño. Te he querido diez años con la fantasía enferma, pero tu beso ha devuelto la libertad a mi corazón prisionero de una ilusión juvenil. Desde que yo sola he sido la víctima de él, tú no puedes quejarte; nada me pidas, nada me reproches; llegaba dispuesta a sacrificarte mi vida, no sabiéndote libre, me ofreces tu amor, tu vida, tu hogar, y sin embargo ha bastado un solo beso para revelarme que, víctima de un engaño creado por mi misma sinceridad, no era yo sino tímida esclava recogida a los pies del amo. Escondiste entre rosas el látigo con el que me golpeaste, pero mi espíritu se ha formado y hallándome ahora ante ti en una posición nueva puedo contemplar mi sentimiento bajo una nueva faz.

— Carmen, te quiero como nunca.

— Es en verdad muy triste llorar sobre una ilusión perdida cuando se ha vivido la vida entera de ella, pero siento el deber de decirte que comprendo que desde este instante muere definitivamente nuestro pasado.

— Esto es absurdo, inadmisible, incomprensible.

— Son nuestras almas las que no se han comprendido al hallarse nuevamente juntas.

— Entonces adiós, Carmen. ¿No habrá sido ésta su venganza?

— Es una dolorosa y triste verdad.

....

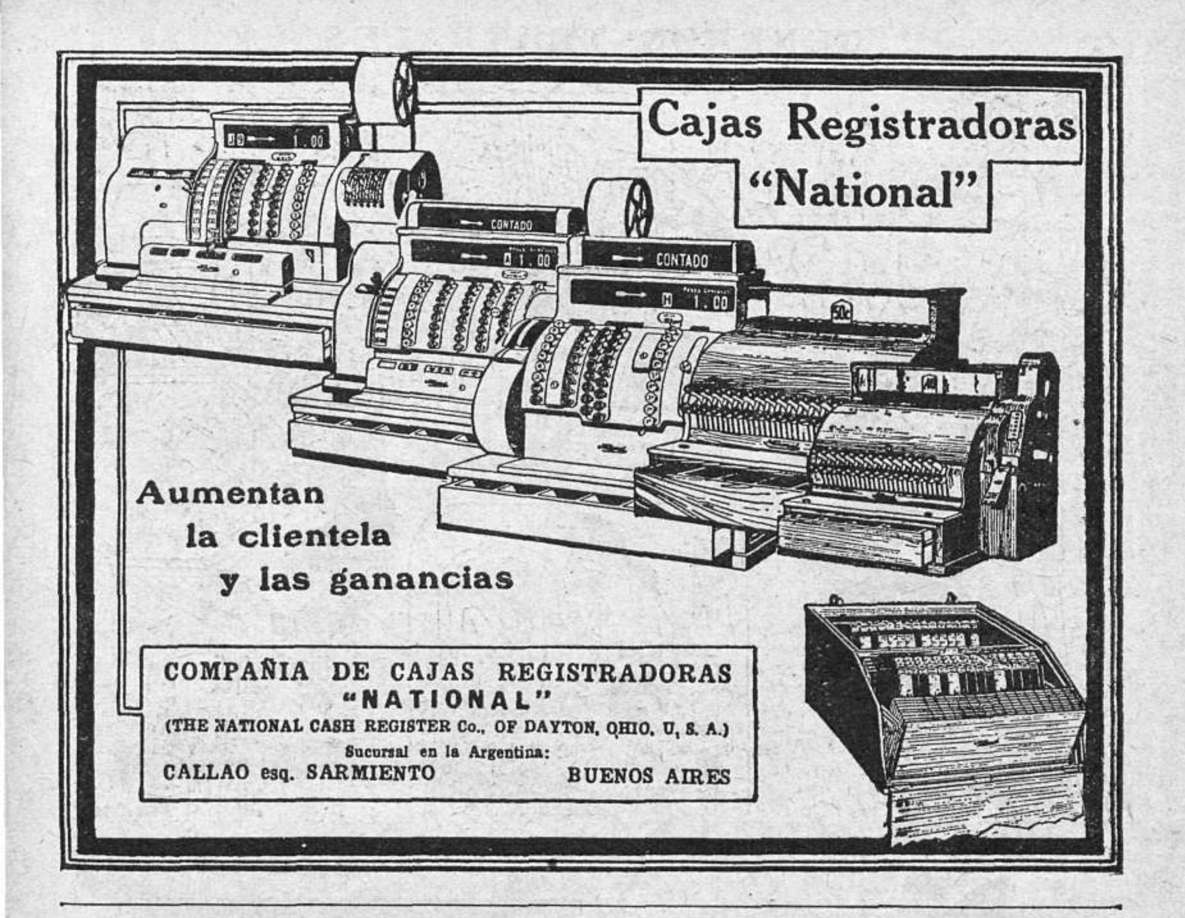
Cuando después de ocho días, Carlos Aguilar fué recibido en la salita íntima de su amiga, la miró, se hincó a sus plantas y apoyó la cabeza en sus rodillas. Carmen acarició enternecida sus cabellos, y murmuró con suavidad:

— ¡Perdóname, amor!

ROJO. — El señor Andrés Migliaro y su esposa Adela Tessi rodeados de su familia celebrando, conjuntamente con sus bodas de oro, el casamiento de su hija señorita Adela Migliaro con el señor Rómulo Trevisioli.

El señor Francisco Vitale y señora María Rizzone conmemorando sus bodas de plata.

Grupo de niños que asistieron al festival infantil celebrado en casa de la familia del señor Villanueva.



Remington UMC

Rifles y Cartuchos calibre 22

De todas las armas para la caza el rifle calibre 22 es el que generalmente mas se usa. Para la caza menor, excursiones al campo y concursos de tiro al blanco, este rifle de pequeño calibre no tiene rival. Los rifles Remington calibre 22 son muy exactos, fáciles de desarmar, fuertes y durables.

Remington UMC

La Marca Preferida

Con este rifle, para distancias hasta 200 yardas, recomendamos emplear los cartuchos calibre 22 largos.

Pídase el impreso especial que trata del rifle y cartuchos calibre 22—que le ha de interesar—el que mandamos gratis a quien lo solicite. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.
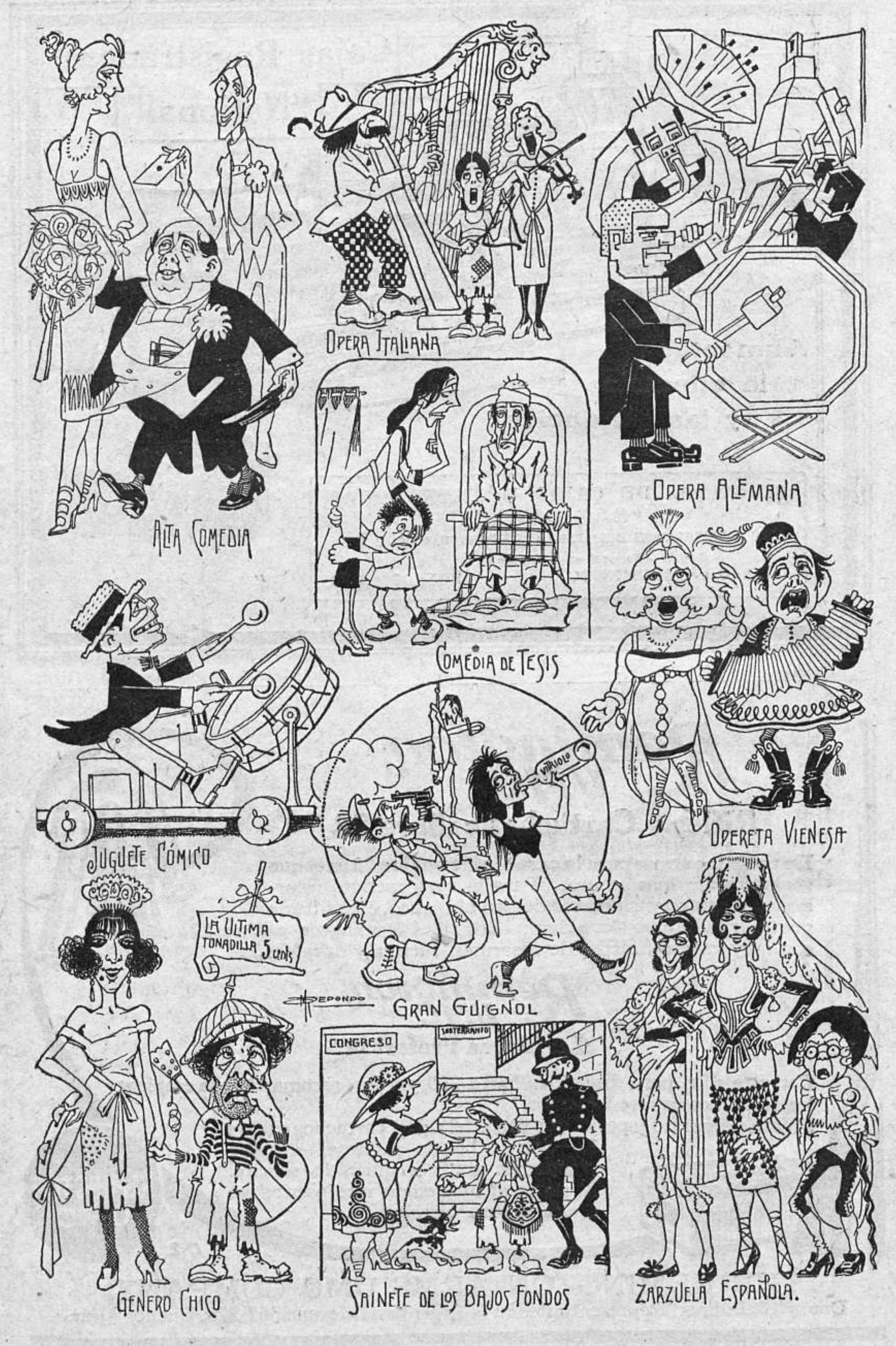
REMINGTON UMC

C-2

THE REMINGTON ARMS UMC COMPANY

Donnell & Palmer, Representantes en la Argentina, Moreno 562-570, Buenos Aires

GÉNEROS TEATRALES



DIBUJOS DE REDONDO



EL CATARRO

EL RESFRIO

LA TOS

son el origen de muchas enfermedades peligrosas.....

SEA PREVISOR

Cuando note dificultad en la respiración tome

BRONQUIOL del Dr. BERGER

que alivia inmediatamente la **tos** más aguda, hace expectorar el catarro más fuerte y cura el resfrío más pertinaz.

Su superioridad está comprobada científicamente.

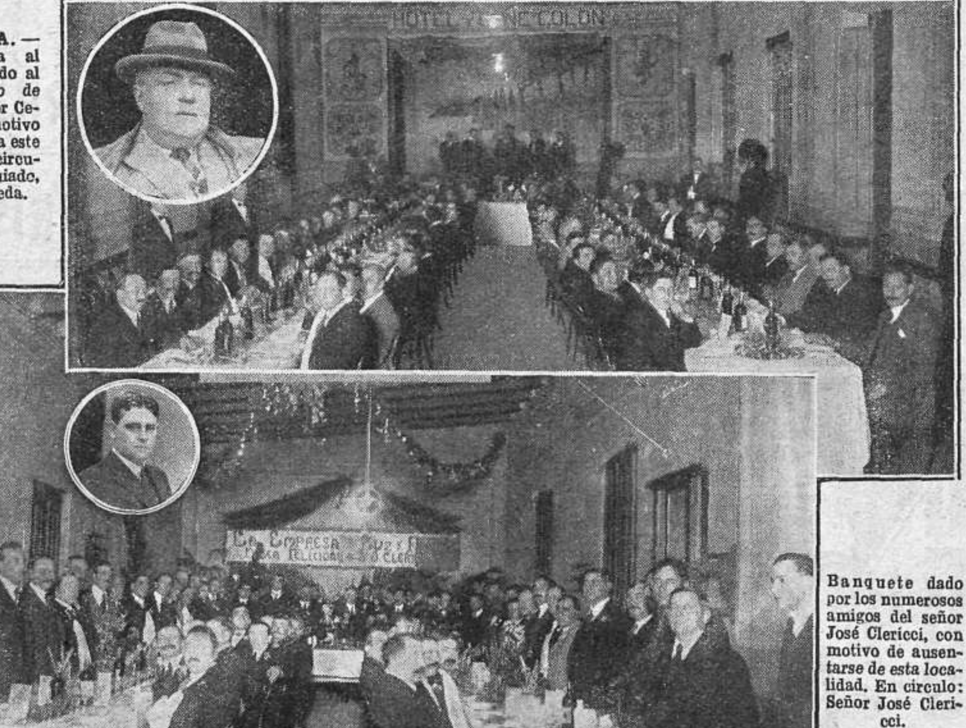
Tómelo y notará en seguida sus benéficos resultados.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del Dr. Berger,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

PRECIO PARA LA VENTA: $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Depositario General: FARMACIA DEL LEON - ENRIQUE H. SPINEDI
SARMIENTO, 902, ESQ. SUIPACHA **BUENOS AIRES**

ALCORTA. — Concurrencia al banquete dado al *jefe político* de Rosario señor Cepeda con motivo de su visita a este pueblo.-En circulo: El obsequiado, señor Cepeda.



Banquete dado por los numerosos amigos del señor José Clericci, con motivo de ausentarse de esta localidad. En circulo: Señor José Clericci.



— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Antiguo templo de Tilcara, pueblo situado sobre la ruta a La Quiaca.



Si el alma errátil de la selva salteña musicaliza la vida con los cánticos más hermosos que brotan por boca de una rica naturaleza donde el Creador detuvo su mano con afán de artífice, también la rara formación jujeña nos brinda encantos. Los pueblecitos viejos que hacen gala de sus caserones virreinales. Los templos de augusta figura evocativa tras las centurias testimoniando los esfuerzos de la Fe para domeñar las asperezas que las tribus llevaban a ocultar en estas montañas. Las aldeas apenas esbozadas en mil setecientos o antes, y todavía perpetuando en su inconcebible configuración el propósito de algún aventurero con sangre capitana que quizás vino de la vieja Iberia con ánimos de fundar su feudo en estos cerros, a la manera de águila cuyo dominio fuese duro de disputar desde los llanos y los caminos.

Quedan de pie como una consagración de la leyenda los muros inarmónicos que levantara el capricho de los amos coloniales. La cruz de forja que un gran artífice (nombre esfumado en la polvareda de la leyenda) hubo hecho a golpes de amorosa veneración con tal de que el símbolo tuviese valimiento y belleza. El esfuerzo humano haciendo prodigios para reafirmar en la Cruz las esperanzas de toda empresa. El pequeño corazón humano, bravo y sombrío para la conquista y la batalla, poca cosa, muy poca, cuando la mirada se tiende hacia el indescifrable firmamento que nos da extrañas sugerencias del mundo moral.

En el ambiente de la tierra jujeña viven los clasicismos antañones de la estirpe, rodeados aún de los respetos y ocultos privilegios con que las buenas gentes venidas de las tribus miran al señor que les brinda protección y hasta suele compartir con ellos las horas bulliciosas de la típica juerga, en que cada labio absorbe de la copa de licor una insinuación lujuriosa o una engañosa ensoñación, más dulce y romántica cuanto mayor es la embriaguez.

Estas aldeas tienen la virtud inenarrable de su pasado. Son evocativas por el silencio que las envuelve, austeramente, relicario de cosas cuyo sabor hay que paladear con reposo, cuidadosamente, para poder efectuar el viaje hacia los viejos blasones de la conquista americana.

Si en las cuencas de las montañas hay regueros de sol, si las cumbres muestran sus líneas con nítido relieve sobre el azul, entonces los pueblillos recobran la fisonomía de los buenos caseríos donde huele a heno fresco y hay cánticos de paz. Los días grises, que son muchos más que los días asoleados, el alma aldeana se reconcentra en la morriña indígena, se oculta entre los muros ancianos, tal vez a pensar en una vida de que a cada hora se dicen prodigios, y que a los naturales infunde la consiguiente desconfianza de lo ignoto.

¡Cómo ulula el amor aquí! Las horas de la vida no se han hecho para digresiones engorrosas. El precepto se cumple. Ningún corazón femenino desoye los mandatos de la ley divina. Y aman estas mujeres cobrizas, hermosamente morenas, con todo el ardor de las fieras, con rugidos, con celos enormes como sólo saben amar quienes dan valor sobre todo al sentimiento. Quieren quizás mejor a los que llegan cargados de ensueños y de romance que a los mismos de su tierra. Saben adivinar en el alma de los errátiles toda la emotividad que los guía por esos caminos legendarios, y comprenden casi siempre, a través de una mirada, el fulgor de una pena que asoma en las pupilas con la brillazón del meteoro. Por eso quieren con locura, con la noble bravura de su sangre incásica, sangre señora que corre al unísono

Vista de Maimará, situada al pie de la montaña

de grandes anhelos. Y saben llorar al viajero que fatalmente, sin remedio, sin que los besos basten para encadenarlo, se aleja entregando a esta bendita tierra quizás la primer ilusión sincera de su azarosa vida, y llevando tras de sí la ventura de un ser humilde pero noble, alma rica en sentir y en sacrificio.

La selva, en su entraña indomable y ruda, al pie de las rocallosidades de la montaña que yergue su soberbia en derredor, guarda y atesora un largo martirio de amor y de ausencia. En los cantares montaraces que alternan su eco entre las músicas de las aves y de los ríos, corre a los vientos el triste quejumbre de las almas. Es como una nueva existencia espiritual que se deslizase por nubes y cerros, buscando la magnitud para expandirse sin las trabas de la civilización, procurando acelerar el paso de los corazones en pena. Y hay que pensar, y confesarlo luego, que estas brisas corren desde los valles aconquijeños en el divino Tucumán, hasta muy arriba de las tierras libertadoras, cuyos caminos ahondó con huella inextinguible la marcha de la Victoria.

Vista parcial del hermoso lago de Yala cerca del pueblito que lleva ese nombre.

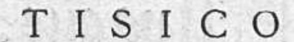


CARCARAÑA. — Grupo de socios del Carcarañá Law-Tennis Club que tomaron parte en el reciente torneo celebrado por esta institución.

POR FALTA DE UN CORNO

Estando a punto de ponerse nuevamente en la escena del teatro Scala, de Milán, la ópera "Los Maestros Cantores", de Wágner, bajo la dirección de Arturo Toscanini, el periódico "Il Secolo" recuerda un curioso incidente acaecido en el mismo teatro en el año 1890, en la primera representación de la misma obra. Entonces iba a dirigir la ópera el famoso maestro Franco Faccio. Es decir, se iba a tratar de un acontecimiento de primer orden. La curiosisdad era muy grande. El teatro estaba lleno. Aunque el espectáculo estaba anunciado para las 9, a las 9 y cuarto aún no empezaba. El público comienza a impacientarse y a sonar las manos. El reloj marcaba las nueve y veinte. El público protesta. A las nueve y veinticinco todavía no hay cosa alguna. Finalmente se presenta en escena un caballero a dar una explicación, ese caballero tímido que generalmente aparece cuando hay que darle al público una mala noticia, y dice: "Respetable público: por repentina indisposición del músico que toca el primer corno, ha sido esta larga espera. A pesar de esta deficiencia, la orquesta hará todo lo que esté de su parte para sacar adelante la obra de una manera digna". Imagine el lector la maravilla, la hilaridad, la indignación del público. ¿De manera que por falta de un instrumento, había sido todo aquel trastorno?... Y luego las explicaciones famosas. ¡Si se hubiera tratado de la falta del tenor!... Por esta razón el maestro Franco Faccio dirigió en Italia la primera representación de "Los Maestros Cantores" falto del primer corno. Aunque parezca mentira, las cosas anduvieron bien. Los tres cornos restantes procuraron parecer cuatro.

UN DIABLO TISICO



Antaño, cuando el Perú estaba gobernado por la patriarcal autoridad de los emperadores, diz que éstos trabajaban por sí mismos en favor de los pueblos, y atendían de cerca las necesidades de los súbditos, cosa que ogaño quedó para contado de indirecta al señor presidente y máxime al señor ministro.

Así, pues, con todo ese entusiasmo que distinguió a los fundadores del imperio peruviano, emprendió uno de los Incas, aunque no sabré decir con fijeza cuál de los antecesores de Atahualpa, la obra de dotar a la ciudad del Sol con una corriente de agua que, principiando en los linderos de Chincrero, atravesase el Sacsaí-Huamán y descendiese a la plaza Mayor por la parte más escabrosa, y para el efecto comisionó a los principales *Curacas*, encargándoles la inmediata vigilancia y realización de la apertura de una acequia ancha.

Al siguiente día de este mandato, se encontraban diez mil indios, con sus respectivos Curacas o guardianes, ocupados en la obra, que hoy demandaría proyectos, comisiones, vista de ojos, ingenieros norteamericanos, *ingeniosos*, y sobre todo, mucho producto del guano de "Mauricio."

Hallábanse en lo más arduo del trabajo los entusiastas operarios, cuando presentóse un personaje a hacer lo que muchas veces hacen nuestros congresos: oponerse a la obra y pedir interpelaciones.

El presentado era un ser misterioso, en cuyo semblante, tísico y ceniciento, relumbraban los ojuelos de gavilán, y cuya mirada producía el mismo efecto desagradable que hoy sentimos a la vista de un acreedor que rechaza los nunca bien apreciados billetes. Su voz atiplada y moribunda penetraba hasta la médula de los huesos, causando horrible crispadura en los nervios de los desgraciados oyentes, dejándoles, además, cosquillas de agujillas.

Y aquí punto; pues bástanos lo dicho para que los lectores juzguen de las demás cualidades del sujeto.

Y ahora repitamos lo que dijo, dirigiéndose a uno de los Curacas, y alzando lo mejor que pudo su desagradable vozarrona:

—Yo soy *Ccorcca-Apu*, dueño y señor de esta comarca, y soberano de los montes y cordilleras. Estas aguas, que manos atrevidas quieren llevarse al pueblo donde abundan mis enemigos, son propiedad mía y nadie podrá arrebatármelas, pues una maldición lanzada por mi boca bastaría para derruir la obra de tantos hombres.

—*Ccorcca-Apu*, respondió el Curaca interpelado, quien quiera que seas, yo te ruego a nombre de mi soberano, que dejes pasar estas aguas, y a trueque, pídeme lo que quieras, que al punto satisfaré tus deseos.

—Condescenderé por tu soberano, contestó *Ccorcca-Apu*; yo bien sé que el nombre de las autoridades justas y paternales es respetado hasta en el imperio del mal, y por ello cederé; mas, a mi vez, exijo en cambio una doncella perteneciente a la nobleza del reino. Estoy condenado a vagar víctima del enflaquecimiento y de una pasión maldita mientras no respire el aire helado de estas mis cordilleras y goce de las caricias de una noble.

—Mañana la tendrás, ¿qué no se puede en la vida? ofreció el Curaca. Y fuese camino del Cuzco.

Allí sedujo a una pobre doncella india, hija segunda de Pollí-Auqui Fitu, llamada Illa-Suya, la que se ofreció al sacrificio en aras del bien de la patria. El Curaca vistióla con ropas finas, adornóla con atalayas, llevóla a Apu, el que, dándose por bien servido, dejó que las corrientes de las aguas se precipitasen por Sacsai-Huamán, llegando a la plaza Mayor.

II

Tres lunas habían recorrido la esfera, cuando, no sé merced a qué circunstancia, descubrió Apu que Illa-Suya no pertenecía a la nobleza y que había sido engañado por el Curaca.

En aquel momento lanzó una maldición, cuyo eco repercutió por la montaña; el curso de las aguas varía su dirección para no correr más hacia el Cuzco; el Curaca recibe el castigo de su fraude siendo convertido en un enorme peñón, y la infeliz Illa-Suya es condenada a vivir colgada por sus hermosas trenzas del tronco de un árbol.

La pobre imploró, a su vez, el auxilio de Pacha-Camac, y sus gracias merecieron gracia de él y Apu tuvo la misma suerte que el Curaca, quedando ella libre de su terco y cruel amante.

III

Aun hoy se alzan, desafiando los tiempos, dos gigantescos peñones sobre la cima del cerro contiguo al Sacsaí-Huamán, que los descendientes de Manco designan con los nombres de *Ccorcca-Curaca* y *Ccorcca-Apu*.

También existe la acequia derruída, por cuyos ruinas hemos paseado, y es fama que los jóvenes amantes iban a depositar sus quejas al lugar donde sufrió el cautiverio la desventurada Illa-Suya, cuyo amante, según los conquistadores, diz fué *un diablo tísico* salido a mudar de temperamento en la sierra del Rodadero, y que volviese al Averno después de aquella pequeña repunta.

A menos como tal lo consignó en un cartapacio don Miguel Antonio de la Coruña Solís, y si falto al *octavo*, suya será la culpa, que yo aquí, me lavo las manos.

CLORINDA MATTO DE TURNER

DIBUJO DE SIRIO



CONCERTOLA

ES UNA VERDADERA DELICIA

BAILAR AL SON DE LA MUSICA

REPRODUCIDA POR LA **CONCERTOLA**

O DE LOS **GRAFOFONOS "AMERICA"**

DISCOS

ULTIMAS NOVEDADES EN BAILABLES
$ 3.— cada disco doble

Je n'peux pas vivre sans amour Shimmy.
Iris. Fox Trot.
J'aime. Fox Trot.
Como los nardos en flor. Fox Trot.
Polvorín. Tango.
Croquis Nochero. Tango.
Rien q'un baiser. Shimmy.
Amor que triunfa. Vals.
Billets doux. Shimmy.
El Aguacil. Paso doble.
Venus. Shimmy.
Claveles de España. Paso doble
The Violet. Shimmy.
Claveles de andalucía. Paso doble.
Mi Refugio. Tango.
Firulete. Tango.
Avec le sourire. Shimmy.
Nena! Paso doble.

ULTIMOS DISCOS DEL CELEBRE VIOLINISTA

JASCHA HEIFETZ

Discos Victor de 25 cts. $ 4.30 c/u

64758 — **Vals Bluette.** Drigo.
64759 — **Coro de los Dervishes.** Beethoven.
64823 — **Guitarre.** Moszkowsky.
64833 — **Capricho N.° 20.** Paganini.

30 centímetros, $ 6.— c/u.

74562 — **Scherzo Tarantella.** Wieniawsky.
74568 — **Melodía Ebrea.** Achron.
74569 — **Danza Española.** Sarasate.
74570 — **La Ronde des Lutins.** Bazzini.
74583 — **En las Alas del Canto.** Mendelssohn.
74600 — **Romance.** Wieniawsky.
74616 — **Nocturno en mi.** Chopin

Gran catálogo de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

ADQUIERA para su hog r uno de estos maravillosos INSTRUMENTOS

NUESTRAS GRANDES OFERTAS ESPECIALES:

CONCERTOLAS

N.° 0. — Con 6 piezas y 200 púas.......... $	55
N.° 2. — Con 6 piezas y 200 púas.......... $	85
N.° 328.—Con 6 piezas y 200 púas.......... $	125
N.° 4 bis.— Con 6 piezas y 200 púas........ $	150
N.° 5 — Lujoso mueble con armario guarda discos, 12 piezas y 600 púas.... $	250

$97.50

Grafófonos "América"

N.° 400.— Con 6 piezas 200 púas........ $	35.—
N.° 404. — Con 6 piezas y 200 púas....... $	55.—
N.° 109. — Con 6 piezas y 200 púas....... $	72.50
N.° 114. — Con 6 piezas y 200 púas....... $	85.—
N.° 14. — Con 6 piezas y 200 púas....... $	97.50
N.° 117. — Con 6 piezas y 200 púas....... $	115.—



Por otros modelos de Concertolas, Grafófonos y Victrolas solicite gran catálogo ilustrado que remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

(NO TENEMOS SUCURSALES) (NO CERRAMOS LOS SABADOS)

De Rosario

Representantes del alto comercio y gerentes de diversos bancos que concurrieron al lunch servido en el Banco de Italia y Río de La Plata, con motivo del 50.° aniversario de la fundación de esta prestigiosa institución



Socios del club Rosario Rowing que tomaron parte en el torneo de Lawn-Tennis, últimamente celebrado.


TE
BAGLEY
TE
BAGLEY
En la más lucida reunión social, lo mismo que en el humilde hogar, se ha impuesto el exquisito
TE BAGLEY
porque es puro, aromático y sin polvo.
Las deliciosas GALLETITAS
BAGLEY
por su gran variedad, satisfacen todos los gustos.

EXPOSICION NACIONAL DE GANADERIA

EQUINOS

RAZA ARGENTINA (CRIOLLA)

JURADOS: GUILLERMO MELVILLE Y B. SÁENZ VALIENTE.

Este año hubo cinco categorías dedicadas a esta raza y se puede decir que se ha mostrado mucho interés por parte del público en el trabajo de los jurados. Los concurrentes han sido tan numerosos como en años anteriores y este año la calidad ha superado la que se ha visto anteriormente, tanto entre los machos como las hembras. Los ganadores de las respectivas categorías mostraron cuerpo bastante, y el campeón y el reservado de campeón fueron tipos que acreditaron a la raza.

RAZAS SHIRE, CLYDESDALE, PERCHERON, SUFFOLK PUNCH, BOULONNAIS

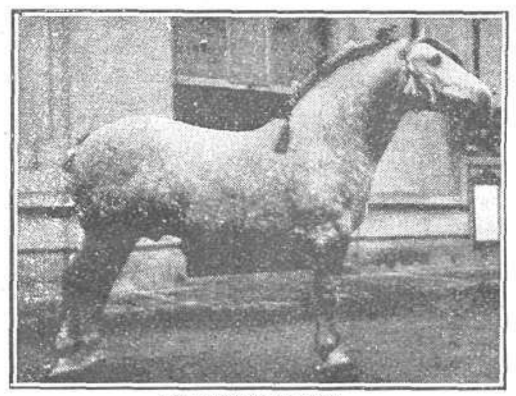
JURADOS: P. D. ROBERTSON, FRED. MONEY (INGLESES) Y JORGE AVELINE (FRANCÉS).

Durante varios años atrás se ha venido notando una disminución marcada en el número de concurrentes en las categorías destinadas a los equinos, si bien en esta ocasión los ejemplares expuestos como representantes de las distintas razas son, por lo menos, iguales en cuanto a calidad con los de años anteriores. La raza Percherón llamó mayor atención por parte del público, y es muy evidente que esta raza se va popularizando entre nuestros criadores. Los méritos de los ejemplares en exhibición este año han sido tan grandes que el jurado francés ha creído conveniente adjudicar menciones honoríficas hasta el límite permitido por los reglamentos de la exposición en una de las categorías.

El campeonato y premio Jockey Club fué ganado por un ejemplar de grandes calidades, expuesto por la cabaña «El Retiro», y es, quizá, uno de los mejores caballos Percherón aun visto en Palermo. Es de tipo característico y de porte excelente, con cuerpo de indiscutibles méritos.

Hubo también algunos ejemplares muy llamativos en la sección Suffolk Punch y el campeonato fué discernido a favor de un caballo eminentemente típico de esta raza (tan favorita en Australia), y procedente de las Estancias y Colonia Curumalán.

Entre las categorías reservadas para los Shires hubo pocos concurrentes, pero estos fueron de buena calidad. En la categoría de los machos de mayor edad el primer premio fué ganado por «Drabble Commanding Officer», un caballo grande y compacto, de excelente calidad, de buen pelo, y con buenas piernas bien colocadas en un cuerpo poderoso. El segundo premio fué también ganado por un caballo Drabble, hecho que acredita mucho este haras, pues ambos animales son hijos de un padrillo criado en el haras de los Drabble Hnos. El cuarto premio fué ganado por Rivero con un lindo tipo de caballo negro y coquetón, que, sin embargo, fué defectuoso en su porte al moverse. En la categoría para caballos de dos años las Estancias y Colonia Curumalán ganaron los primeros honores con un potrillo lindo y de buena calidad, a pesar de faltar algo de peso. Segundo premio se le adjudicó un ejemplar procedente del establecimiento de Drabble Hnos., un animal bien desarrollado.



El campeón Boulonnais.

En las categorías para hembras hubo pocas concurrentes, y Rivero ganó primer premio en la primera categoría con una matrona típica de la raza Shire. La categoría para hembras jóvenes fué ganada por una yegua exhibida por las Estancias Curumalán con un ejemplar de dos años que más tarde ganó el campeonato hembra.

El campeonato macho fué adjudicado a «Drabble Commanding Officer», ganador de la categoría para animales de tres años, y a este animal también fué discernido el premio Jockey Club, después de una lucha reñida con el ejemplar de la raza Clydesdale que necesitó la intervención de un árbitro.

Es de notar que hubo mayor concurrencia en las categorías Clydesdale que en la Shire, si bien la mayoría no demostraron las verdaderas características de la raza, cosa que desde años atrás se ha venido notando en esta exposición. El ganador de la categoría para animales de edad no se portó bien al caminar. En la categoría de los tres años un lindo potrillo, zaino obscuro, del doctor Alston, ganó fácilmente, y el señor W. Angus ganó el segundo premio con un ejemplar bueno y compacto. «Cochicó» fué primero en la categoría para dos años con un caballo de buen cuerpo y muy típico de la raza.

La categoría 3.ª fué adjudicada al doctor Alston por una potrilla excelente, quizá el animal más típico de la raza Clydesdale que se ha visto por muchos años en Palermo. Posee muy buenas piernas, vasos excelentes y la potrilla ha de figurar bien en otras ocasiones en las pistas de exposición. El señor Angus ganó el reservado de campeón con la potrilla que fué adjudicada el segundo premio en la misma categoría que la de la campeona.

Entre las categorías para la raza Boulonnais fueron presentados algunos ejemplares excelentes, pero en años anteriores la concurrencia ha sido mayor como asimismo el número de exhibidores. Va aumentando paulatinamente esta raza su popularidad en este país, y por allá en las provincias de Santa Fe y Corrientes la raza Boulonnais goza de gran favor. El campeón Boulonnais este año es un ejemplar de bastante peso, con costillar bien arqueado y se mueve bien. Ha de resultar un padrillo provechoso. El campeón y el reservado de campeón fué presentado por el propietario de «El Placer».

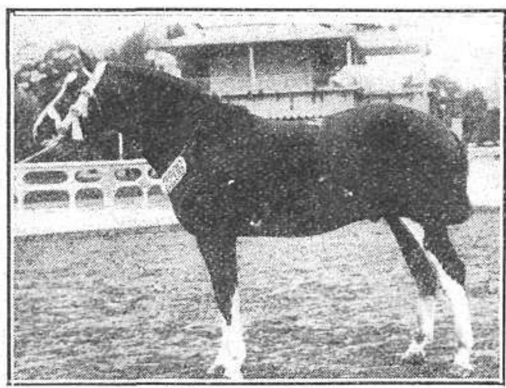
OVINOS

Como de costumbre los Lincolns constituyeron la nota dominante de la sección dedicada a los ovinos, pero aparte de unos cuantos ejemplares excelentes que desfilaron ante el jurado británico, el conjunto no ha merecido en rigor de verdad apreciaciones muy favorables. En años anteriores, cuando criadores entusiastas como ser el finado don Manuel José Cobo, dedicaron tiempo y dinero, sin escatimar ninguno de los dos, a la producción del carnero ideal del tipo Lincoln inglés, he visto algunas luchas reñidas en Palermo, pero desgraciadamente, numerosas cabañas, por un motivo u otro, han perdido tipo, la lana o alguna característica de igual importancia. El advenimiento del tipo neozelandia de Lincoln ha perjudicado mucho varias cabañas que en otrora eran productores del tipo ideal inglés; y aquí cabe mencionar que el país de origen de la raza es Inglaterra, y que los criadores ingleses siempre se jactan de que pueden producir ovejas que dan lana buena igual que buena carne. Esqueletos grandes, con lomos de buen ancho y derechos, costillares bien arqueados y buenos riñones, bien cubiertos con pellejo rosa y lanas largas de buen color, constituyen las características más prominentes de la raza Lincoln inglesa. Sin embargo, algunos años atrás, unos cuantos de los criadores argentinos concibieron la idea de que uno o dos cruzamientos con el tipo neozelandia haría milagros en mejorar la calidad de la lana del animal tipo inglés: pero el ensayo, por desgracia, no ha dado en muchos casos los resultados anhelados y la funesta conse-



Mr. Fred. Money clasificando los lanares Lincoln.

EN LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA


El campeón de la raza argentina (criolla).

cuencia ha sido la pérdida del tipo originario y el debilitamiento de la constitución. Estos defectos fueron muy visibles este año en Palermo, pues en toda categoría fueron visibles numerosos ejemplares diminutivos con lana corta y de mala calidad. El jurado, Mr. Fred. Money, quien ha venido desde Inglaterra para adjudicar los premios entre los ejemplares de esta raza, no demoró en demostrar a los espectadores que los Lincolns de escasa estatura y tamaño no son de su agrado, especialmente en combinación con lanas de mala calidad y pellejo defectuoso. El jurado favoreció los ejemplares que más cerca se aproximaran en cuerpo, lanas y calidad al tipo inglés, y es grato poder decir que los dos animales que luego disputaron el campeonato este año fueron ambos ejemplares de grandes méritos individuales en todo respecto; pero el esqueleto ancho y costillar arqueado del carnero de Chapadmalal le merecieron el título anhelado. El reservado de campeón es, indiscutiblemente, un ejemplar magnífico en cuanto a tipo, pellejo y lana refiere, pero escasea un poco de tamaño. Sin embargo, hay personas que tal vez lo seleccionarían como padre antes del campeón, y el que suscribe no estaría dispuesto a negarles derecho a tal opinión; pero, teniendo todas las circunstancias en cuenta, creo que Mr. Money hizo bien en adjudicar el campeonato al animal de mayor tamaño.

Fué evidente que al discernir los premios de categoría entre los ejemplares esquilados y en las categorías que se estipulaba que los ejemplares debieran haber sido esquilados dentro de determinadas fechas, el jurado no tuvo una tarea demasiado fácil, pues los diferentes largos de la lana constituyeron un factor algo desconcertante y fué idénticamente en estas categorías que se notaron con mayor facilidad numerosos pellejos malos entre los concurrentes.

Entre las categorías para hembras de la raza Lincoln este año la nota sobresaliente fué la concurrencia numerosa y la alta «standard» de calidad alcanzada con ellas. Rara vez se ha visto en Palermo candidatas con mejores títulos para disputar el campeonato, y los criadores de las ganadoras en las categorías tienen todo derecho de felicitarse por los ejemplares que han exhibido. En el momento de escribir esta reseña de la exposición de Palermo (agosto 29) los jurados no han terminado aún su trabajo y, por lo tanto, quizá tenga yo algo que decir en mi próximo artículo acerca de las demás razas.

PORCINOS

La raza porcina que este año tuvo mejor representación fué la Berkshire de fama mundial, y algunos ejemplares, tanto machos como hembras, llegaron a noticia del jurado al discernir los campeonatos y premios de categoría. Las «Poland China» y «Duroc Jersey» fueron otras dos razas que reunieron un buen número de concurrentes, pero todos los premios fueron distribuídos entre tres o cuatro criadores. En la raza «Middle White Yorkshire» hubo un solo expositor, y la «Large Black», tan popular en un tiempo, no logró atraer ni un solo concurrente. La Sociedad Rural ha procedido con tino al invitar un jurado de ultramar para discernir los premios entre los porcinos, pero, francamente, mejor sería, según mi criterio, que un experto reconocido de los Estados Unidos de Norte América viniese para actuar de jurado entre las razas «Poland China» y «Duroc Jersey», pues es en aquel país que dichas razas gozan de mayor favor y allí donde se crían en mayor escala. Además, los planteles argentinos de las razas mencionadas han sido formados principalmente a base de importaciones de los Estados Unidos.

BOVINOS

Jamás, durante unos diez y seis años de expriencia de Palermo, he visto tiempo tan inclemente. Desde agosto 28, fecha en que los jurados dieron comienzo a sus labores, el tiempo hizo un frío intenso, con lluvias incesantes, con el resultado natural que la concurrencia de espectadores alrededor de las pistas donde los jurados actuaban en adjudicar los premios entre los bovinos no ha sido tan numerosa como en años anteriores. Durante el primer día varias de las categorías de equinos, ovinos y bovinos fueron clasificadas bajo techo, y por primera vez en la historia de la Sociedad, algunas de las catorce categorías de toros Shorthorn de pedigree, fueron discernidas dentro uno de los grandes galpones.

Con excepción de la raza Normanda, no es mi propósito entrar en mayores detalles sobre las razas vacunas en este artículo, pues aun no se ha terminado el trabajo de los jurados, pero probablemente tendré algo que decir sobre el tema en mi próximo artículo. Sin embargo, puede afirmarse que nunca se ha reunido en este país un conjunto mejor de la raza «Aberdeen-Angus» que el que ha concurrido a Palermo este año, y en cuanto a los Herefords algunos ejemplares sobresalientes figuraban entre las categorías para machos. Respecto a los Shorthorns, me atrevo a decir que el campeón de 1922 ha de soportar con todo éxito una comparación con los de años anteriores, y será, sin discusión, un padre de cabaña más lindo que el ganador del año 1921. Y ahora, algunas palabras sobre la

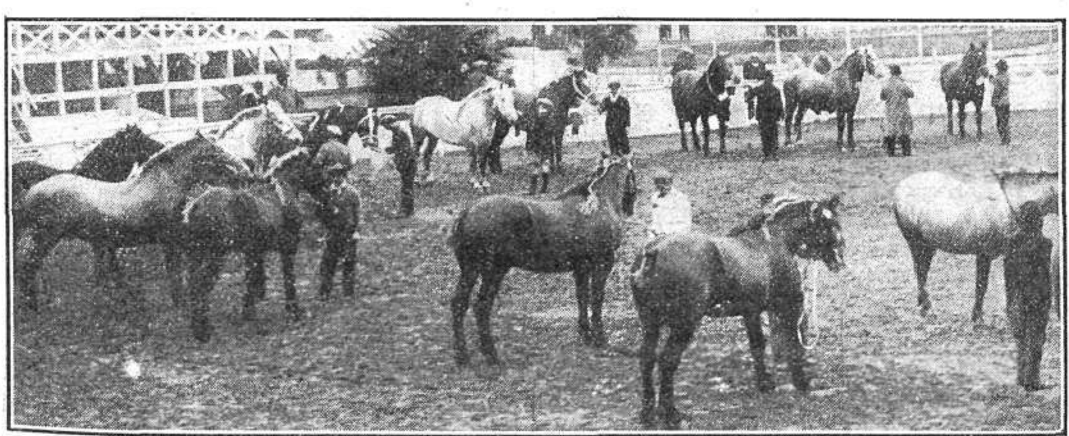
RAZA NORMANDA

El señor José Avelino tuvo una tarea relativamente fácil al adjudicar los premios entre las categorías de la raza Normanda. En la primera categoría hubo un solo ejemplar que ganó merecidamente el primer premio. La categoría para machos nacidos entre julio 1.º 1920 y enero 1.º 1921, reunió siete candidatos que formaron un conjunto admirable. Los primero y segundo premios fueron adjudicados a dos machos tipos lecheros con lomos derechos y buenos costillares. El propietario de estos dos toros es de los más entusiastas del país, y a él se debe el hecho de que la raza se ha popularizado tanto en muchos distritos.

En la categoría reservada para toros jóvenes, el final fué una lucha entre dos padres procedentes de campos adyacentes. El ganador fué un toro bueno, de muy buen carácter racial y bien llenado detrás de la paleta. Fué adjudicado el reservado de campeón después. El campeón resultó ser un toro de propiedad de los señores Signoret y Cía., siendo un hijo del padre importado Louis d'Or y una vaca también importada. Se porta muy bien y caminó alegremente en el desfile.

Las hembras de la raza Normanda formaron un conjunto tan excelente que el jurado resolvió acordar un campeonato y reservado, el premio principal siendo obtenido por una vaca de tres años de excelente cuerpo y el reservado por una vaquillona muy compacta y de gran clase.

Guo. A. J. Peters


El experto francés clasificando la raza Percherones.

JOVITA. — *El presidente del Club Recreativo Jovita, señor Humberto Scaramucci, con la primera división del cuadro de football, que ha ganado catorce premios en los diversos matchs jugados con los teams de igual categoria del departamento General Roca.*

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.



CHARLAS DE MI AMIGO, *por Enrique Loncan.* — Aspira este libro a traducir, a lo menos por algunos aspectos, la sentimentalidad y la ideología porteña, entendiendo especialmente por porteño lo referente a cierta clase de personas que viven y se agitan en cierto sector de la capital. El señor Loncan conoce ese mundo y nos lo presenta en su libro con cariñosa benevolencia aun para sus menos apreciables condiciones. Es verdad que la ironía suele ser cruel; pero como es obra de la inteligencia, sus víctimas suelen encontrar refugio más o menos seguro en la suposición de que se trata de imaginaciones y nada más. Hasta qué punto la perspicacia del autor de estas *Charlas* descubre verdades, no podríamos decirlo, porque nos reconocemos menos perspicaces que él; pero seguramente ha de poner muchas veces el dedo en la llaga, sobre todo cuando trata de aparecer más inofensivo. Entre lo mejor del libro, pueden señalarse los pensamientos y reflexiones de cierto caso observador y malicioso que conoce bien a sus gentes. En conjunto, un libro interesante, bien escrito, finamente irónico, que demuestra en el autor un acentuado temperamento de porteño, en el significado que él mismo da al término en su libro.



LA EXTIRPE BRAVA, *por Santiago Maciel.* — Entre los autores de cuentos susceptibles de ser calificados con el vago epíteto de *criollos*, el señor Maciel, bien conocido y apreciado de los lectores de esta revista, es, sin duda, uno de los más afortunados. Nada en sus cuentos es artificial ni falso. La naturaleza y los hombres son la naturaleza verdadera y los hombres verdaderos de nuestros campos, sin aquella idealización retórica, por decirlo así, en que tan frecuentemente caen los que no los conocen o los conocen mal. Observador agudo y benévolo, el autor de este libro traduce en sus cuentos la vida real, sin que con ello queramos decir que no hay en ellos aquel toque de espiritualidad, casi podría decirse de romanticismo, que es una de las característica de la gente de los campos y de los pequeños pueblos. Además, escritor correcto, preciso, lleno de savia, el autor de *La Extipe Brava* no merece sino aplausos por su obra.



EL PALOMAR DE CASEROS Y LOS SOLDADOS DE URQUIZA, *por Alfredo F. de Urquiza.* — Un laudable sentimiento familiar fué quizás el motivo que indujo al autor a escribir este libro, pero aparte ese sentimiento, siempre respetable, se trata de una obra de rectificación histórica respecto de asuntos que conviene no se deformen con el transcurrir del tiempo. *Suum cuique* debería ser la divisa de todo historiador sincero; pero no siempre ocurre así, pues en ocasiones ciertos prejuicios, ciertas tendencias del espíritu, ciertas modalidades de la inteligencia, contribuyen a que los más severos criterios se perturben y vean las cosas incompletas o cambiadas. El libro del señor Urquiza tiende, como ya se dijo, a rectificar apreciaciones que juzga erróneas, y cabe reconocer que ha realizado su propósito muy cumplidamente.



LOS CONSUELOS, *por Héctor Rodríguez Pujol.* — «Yo tengo, creo tener — dice el autor — la conciencia exacta del valor de mi obra. Todo lo que he escrito hasta hoy es el resultado de un esfuerzo austero y doloroso, constantemente renovado; de muchos años de estudio y de copiosas lecturas. Y, sin embargo, esta obra mía, que ya me va costando el sacrificio de toda mi vida, que ya me ha costado el sacrificio de los mejores años de mi vida, no me representa ni me conforma en lo más mínimo». Quien escribe esto es un poeta de veinticuatro años de edad que allá, en la mansa y aburrida Concordia, escribe buenos versos, dramas y artículos en prosa. Ponemos calificativo sólo a sus versos, porque sus demás obras no las conocemos; y no nos arrepentimos de ese calificativo porque, efectivamente, los versos del señor Rodríguez Pujol nos parecen buenos. Y, aparte esa circunstancia, es plausible que no se sienta satisfecho de su obra, porque esa falta de satisfacción es condición esencial de progreso, en todo orden de cosas. Lo único que le censuraríamos al autor es que llama imbéciles y tontos a aquellos de sus lectores a quienes no gusten sus versos. Ese es un exceso impropio de espíritu tan culto y delicado, pues se puede no ser imbécil ni tonto y no gustar de los versos del señor Héctor Rodríguez Pujol.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

Viajes, de «Valparaíso a París», por Domingo F. Sarmiento. Ed. por «La Cultura Argentina». Buenos Aires.

Alta Silesia, primera parte de «Anexiones y Plebiscitos», por Juan Ernesto Valdeminas. Ed. «Germania». Buenos Aires.

Código Bolchevique del Matrimonio, traducido al castellano por J. A Araujo Müller y E. B. Peralta. Ed. Tor. Buenos Aires.

Cidades Mortas, cuentos e impresiones, por Monteiro Lobato. Ed. M. Lobato y Cía. São Paulo.

La tierra de todos, novela, por Vicente Blasco Ibáñez. Ed. Prometeo. Valencia.

Plumadas, estudios, por Manuel Dobarro. La Plata.

FOLLETOS:

La política pacifista de la Gran Bretaña, actuación de Lloyd George, ecos de la Conferencia en Génova.

La canción que mató, novela corta, por Héctor P. Blomberg. Ed. por «La Editorial Porteña».

Unión Cívica Radical, parroquia Balvanera Norte. Rendición de cuentas período 1920-22.

S. P. de Automóviles Particulares. Memoria y balance, presentados el 28 de julio 1922.

Recuerdo, visita del doctor Marcelo T. de Alvear a Londres. Ed. Conf Anglo-Argentina.

Briznas, poesías, por Juan Manuel Cotta. Ed. Tribuna Libre. Buenos Aires.

MUSICA:

Homenaje Argentino al Brasil, himno, por Juan Serpentini, letra de Gabriel Monserrat. Ed. Ortelli Hnos. Buenos Aires.

Instrucciones, para aspirantes al canto, por Aquiles B. Malnatti. Ed. Olivieri y Domínguez. La Plata.

REVISTAS:

Lo que canta el pueblo, número extraordinario. Año 1. Número 18. Buenos Aires.

Tribuna libre. Año V. N.º 125.

El Teatro Nacional. Año XIII. N.º 174.

Por la salud. Volumen III. N.º 6.

La Novela Porteña. Año I. N.º 18. Buenos Aires.

La Geografía. Año X. N.º 2. Novara (Italia).

La Quena. Año III. N.º 11. Buenos Aires.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales. Año XXXIX. Números: Enero-Mayo 1922.

El bastón



Cuando la silueta de Felipe Ibáñez se transformó (mediante aquella mágica medicina que se llama Empleo de Gobierno), de grotesca e imprecisa forma, en una elegante y nítida; cuando su desesperada situación encontró equilibrio — lo cual denunciaba su exterior, — *no solamente tuvo* que dedicarse a reparar, sino que también se creyó en el caso de crearse nuevas necesidades, de acuerdo a su flamante rango

Dije que cambió su silueta, que se hizo nítida y elegante. A ello concurrieron tres causas: dos internas, que podrían llamarse de reposición, y una tercera, externa, complementaria de las anteriores; las primeras: aumento de carnes por mejor alimentación, y convenientes rellenos de estopa, en su traje, donde la influencia alimenticia fuera infructuosa; la tercera: vestido propio y adaptado a su floreciente cuerpo.

Mas, una vez que hubo ampliado, ajustado, definido y fijado su personalidad dentro de sus límites naturales, se creyó en el caso, como ya anuncié, de crearse nuevas necesidades. Un tiempo anduvo debatiéndose en la impotencia de hallar algo que él presentía signo inequívoco de superioridad, algo que ponía el «doctor» a flor de labios del interlocutor, algo digno, algo respetable, y que a la vez agrandara y fortificara su radio material de acción.

En sus acostumbrados paseos nocturnos por las calles excéntricas planteábase frecuentemente el problema; y una noche que ni pensaba en ello, acometido de temores por su seguridad personal, pensó que su brazo, armado de duro leño, podría resguardarla suficientemente; tuvo una rápida asociación de ideas y vió que el único vacío que le quedaba por llenar era el de su mano, con un bastón. Y desde ese momento la peregrina inspiración fué imperiosa.

El primer cuidao del hombre
es el cuidar su pellejo.

A partir del aforismo local y casi contemporáneo — pero abandonándolo en seguida por lo medroso — Ibáñez, que era filósofo nato, fué ascendiendo mediante aquel su sistema deductivo, rigurosamente metódico, para encontrar precedentes históricos e ilustres que justificaran su determinación. (Porque esa era una de las aplicaciones prácticas de su *vocación filosófica*: partiendo de un movimiento espontáneo, sentimental por excelencia, recobrar paulatinamente la serenidad, dar con el justificativo de su actitud, encontrar los medios por los cuales tal hecho no era sino una consecuencia lógica y natural de un cúmulo de circunstancias remotas y recientes, ligadas entre sí, inseparable y fatalmente, etc., etc., y, formado de esta manera el «dogma», figurar el hecho propulsor como consecuencia natural del «dogma», y no éste como producto de aquél.)

Mientras continuaba su paseo nocturno por la vereda del barrio excéntrico, bordeada por árboles frondosos de grueso tronco y por olorosos cercos de madreselva, distrayéndose de vez en vez en el giro de su sombra entre las del ramaje, proyectada cuando se acercaba, enfrentaba y pasaba por los focos de luz de la mitad de la calzada, iba hilando sus meditaciones al compás de su paso.

Desechando todo precedente de carácter defensivo, por una contradicción muy humana con su móvil, pensó, ante todo, en el bastón de mando del presidente, jefe de su adorada burocracia; en el de los mariscales; en el de los tambores mayores; en el báculo pastoral de los obispos; en el bastón de los alcaldes españoles; en las varitas mágicas de los cuentos de hadas; en el precedente del bastón como insignia de mando: las varas de los líctores de Roma, y en su precedente, solamente *en el tronco diforme arrancado* del árbol por el humano cuaternario o terciario.

¡Ved cómo se remontaba hasta la noche de los tiempos desde este renovado medio día que vamos pasando!

Así dedujo que en cuanto un ser humano usa bastón, su superioridad es evidente.

Es claro que la suya particular no era sino muy relativa, pero tampoco su necesidad le exigía un bastón cubierto de piedras preciosas, como el de los mariscales de Francia; ni una obra de arte de *orfebrería, como* algunos báculos obispales; ni con puño de oro, como el de los presidentes; ni con borlas siquiera, como el de los tambores mayores y el de los alcaldes. Simplemente un término medio entre el leño del hombre cuaternario o terciario y el bastón de mariscal de Francia: un cómodo, confortativo y práctico San Roque. En una palabra: un bastón que fuera entre los bastones lo que él entre los hombres.

Cuando lo compró, y por primera vez salió con él a la calle, tímido, como viendo en cada transeunte un crítico mordaz de su determinación, estuvo varias veces por abandonar el adminículo, pero poco a poco fué familiarizándose con él; ya lo manejaba sin la torpeza de antes — aunque tampoco tuviera pretensiones malabaristas; — ya había ajustado a su paso el movimiento del bastón (cada cuatro pasos debía golpear en el suelo, correspondiendo a cada paso un movimiento particular, de pendulismo casi, por lo preciso); y ya, por fin, se le hizo embarazoso e incómodo salir sin él, admirándose, a los quince días de usarlo, de cómo no se le había ocurrido antes una idea tan cuerda.

Y entonces, cuando él y el bastón fueron una misma cosa, única e inseparable; cuando a influjo de su altura invariable debía caminar constantemente erguido; cuando llegó hasta dudar de que no lo hubiera usado alguna vez, terminó el ciclo de evolución comenzado en aquellas *jornadas memorables* del pase de tranvía, y se dirigió resueltamente por el camino amplio de su nueva actitud espiritual.

Oficinista de corazón, Felipe Ibáñez había adquirido, a fuerza de rasguear cuartillas con su perfilada letra corrida, como agazapado, sobre su mesa de trabajo, cierta curvatura e inclinación dorsal que no abandonaba ni al caminar y que lo hacía aparecer como replegado sobre sí mismo. Jamás hubo forma que correspondiera tan fielmente al espíritu. Jamás un espíritu meticuloso y detallista como el suyo, pudo tener una actitud y postura como la habitual de Felipe Ibáñez.

De estatura menguada que era, jamás sintió el afán de sus *símiles* en altura, de elevarla con taconeras, irguiéndose o levantando siquiera la cabeza; siempre *la llevaba gacha al caminar, y se complacía observando* los pequeños detalles del piso; trataba no pisar las junturas de las losas; cuando éstas eran pequeñas cuidaba poner su pie cada dos o cada tres, regularmente, y sufría de un modo particular si el pavimento no era homogéneo o si estaba levantado o faltaban baldosas. Pero cuando estaba cuidado y bien construído, siendo tan liso como una mesa de billar, gozaba enormemente Felipe Ibáñez y buscaba entonces pequeños accidentes que le dieran asidero y curso a la divagación. Un caminito de hormigas, una hoja caída, una oruga, cualquier detalle érale conveniente; no se detenía, sin embargo, como algunos naturalistas, a contemplarlos, sino que bajo la impresión recibida continuaba el paseo y las divagaciones, siempre al *ras de la tierra.*

El bastón vino — como esos intrusos beneficiosos contra los cuales no tenemos inquina, porque alteran la monoto-

nía — a modificar fundamentalmente aquella modalidad.

Ya lo anuncié diciendo que por influjo de su altura invariable debía caminar constantemente erguido, y válgame la digresión precedente para explicarlo.

Así es como, caminando erguido, un nuevo mundo apareció a sus sentidos. Aprendió, enderezando el torso y levantando la cabeza, infinidad de cosas nuevas para él. Y las descubrió y aprendió, no porque ignorara su existencia, sino porque ahora estaba en verdadero contacto con ellas.

Primeramente fueron los troncos de los árboles y los cercos de enredaderas, el perfume de las madreselvas y de la tierra; se embriagaba con ello. Luego las copas de los árboles, el ramaje, la perspectiva de la calle recta. (En esto último, viendo más allá de sus narices, su seguridad y su tranquilidad aumentaban.)

Y, finalmente, el cielo. ¡Oh, el cielo! ¡Y las estrellas! Mas no la luna. Placía particularmente a su espíritu ese misterio sugestivo del parpadeo de las estrellas, en un profundo cielo sin luna. Los matices de las estrellas, sus intensidades, la infinita variedad de sus colores y sus tonos. ¡Qué banquete cromático para sus pupilas!

Caminaba, como siempre, la diestra manejando el bastón, rítmicamente, apoyándose en él, apenas, cada cuatro pasos.

Entre su cerebro soñador y el bastón existía una secreta correspondencia. Cada golpe de la contera en el suelo ayudaba su cerebración. Llegó a habituarse tanto a la contemplación celeste a compás de contera, que solamente la falta le hubiera demostrado su importancia, impidiéndole o dificultándole seriamente lo primero.

¡Qué abstracción más dulce la que en aquella época vivía nuestro Felipe Ibáñez! ¡Qué sensación más particular del infinito recibía en esa contemplación! ¡Qué angustia al perder su personalidad en el Cosmos! ¡Y qué recóndito placer al recobrarla, retornando a la realidad de sus pensamientos!

En alas de este fantasear, quizás hubiera llegado hasta la metafísica tentadora y turbadora si un accidente no lo impide a tiempo.

Sucedió que, como he dicho, había abandonado su contemplación terrena, convirtiéndola en celeste. A tal punto llegó, que sólo tenía una remota sensación del suelo por el bastón. La buena Providencia de su credo fatalista le envió cierta noche un anuncio de peligro y una adecuada advertencia, mediante un alambre que sobresalía de un cerco y que le atravesó la cara, contusionándosela. Pero el tristemente humano Felipe Ibáñez no entendió la señal y volvió con más ahinco a sus abstracciones para olvidar el percance.

Y sucedió a las pocas noches que, mientras caminaba fija su vista en una constelación, surgieron súbitamente de la zanja que bordeaba la vereda de ladrillo en el barrio suburbano, dos facinerosos que se arrojaron sobre él, sin mayores contemplaciones, haciendo irrupción sus manos en los flacos bolsillos de Felipe Ibáñez. Y como nada apetecible encontraran, se aprovecharon, en la misma forma, del bastón que obstinadamente conservaba en su diestra, con tal confusión, comenzando a propinarle caricias sin ningún miramiento; pero a las primeras no más se partió en dos; y así dividido y Felipe Ibáñez baldado, los abandonaron en el suelo, huyendo presurosos, sorteando obstáculos con una agilidad pasmosa y perdiéndose en la penumbra, finalmente.

Y cuando Felipe Ibáñez, al tiempo de esto, contemplaba las mitades de la falaz arma, varias reflexiones se hizo — llevado de su intelecto divagador — respecto a la práctica utilidad de los símbolos; pues de no haber sido tan frágil aquel su bastón — signo inequívoco de superioridad, sinónimo de fuerza — no sólo le habrían propinado la leve paliza que recibió, sino que hasta hubieran podido fracturarle la base del cráneo, suprimiéndolo de la lista de los vivos.

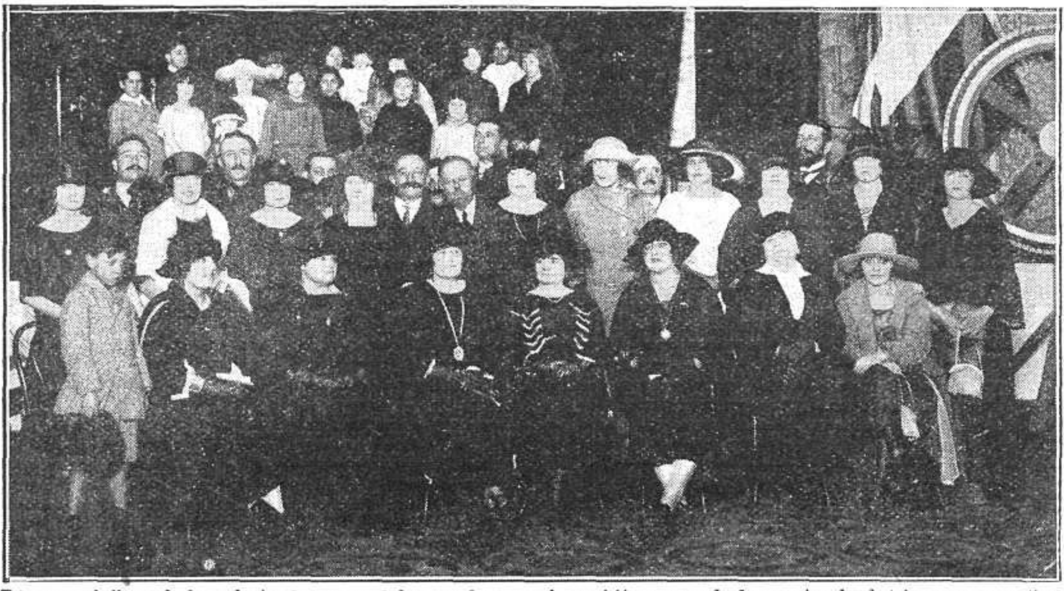
DANIEL RODRIGUEZ CAPURRO



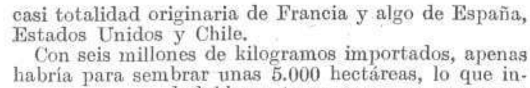
MODERNISMO
Tiene los pies cubiertos porque los debía tener torcidos.



— Anoche me dijo que mi cara parecía un poema.
— Si; mal versificado.



Damas y caballeros de las colonias francesa y belga que formaron la comisión encargada de organizar los festejos conmemorativos de las fechas patrias de las respetivas naciones.



SIEMBRA DE LAS PAPAS

Continúa en este mes y se generaliza en el próximo la siembra de papas, que es uno de los cultivos de bastante importancia, habiéndose llegado a ocupar en estos últimos años hasta 135.000 hectáreas, de las cuales más de 80.000 corresponden a la zona de Balcarce, de la provincia de Buenos Aires, 30.000 a la de Arroyo Seco, de la provincia de Santa Fe, y el resto a Mendoza y otras provincias.


Sembradora de papas.

Las variedades más comúnmente cultivadas son, en primer término, la Early Rose, que es la preferida por el público consumidor, y después la Magnum Bonum, la Bocha y la Mar del Plata, que es hija de la primera, importada.

Ninguna especie de plantas hortícolas o de gran cultivo degenera con tanta facilidad o rapidez como la papa, degeneración que se advierte en la clase del producto y en sus rendimientos; de ahí que la renovación de la semilla o el cambio de la misma, de una a otra zona, es práctica cultural que se impone y se hace efectiva en nuestro país por medio de la importación del extranjero, la que alcanzó en algunos años, a más de dos millones de cajones de papa para semilla, esto es, más de seis millones de kilogramos, siendo la casi totalidad originaria de Francia y algo de España, Estados Unidos y Chile.

Con seis millones de kilogramos importados, apenas habría para sembrar unas 5.000 hectáreas, lo que indudablemente es poco en comparación del área total cultivada con papa; esto sugiere evidentemente la necesidad de que las instituciones oficiales o los particulares traten de producir en el país, por medio de chacras experimentales, la semilla seleccionada y mejorada en cantidad suficiente para la siembra de este tubérculo.

Al efectuar esta operación, no deben olvidar los agricultores la selección de los tubérculos, eligiendo los que sean sanos, bien conservados, de tamaño mediano, de buen aspecto y con ojos o yemas bien desarrolladas; también es buena práctica la de dejar la semilla destinada a la siembra expuesta a la luz durante un tiempo y provocar la iniciación del brote de las yemas antes de entregar los tubérculos al suelo; y en fin, de ninguna manera se emplearán tubérculos cortados; es una economía falaz, que no compensa el menor gasto habido y que sólo puede aceptarse en casos excepcionales de escasez de semilla.

HUERTA ESCOLAR: SUGESTIONES PRÁCTICAS

Establecido que los cultivos más adecuados para adaptarse en la huerta escolar son los de hortalizas y flores, y de algunos frutales y forestales, damos a continuación la nómina de las principales especies que pueden sembrarse en el mes de septiembre.

Hortalizas que se siembran de asiento: melones, sandías, espinacas, zapallos, zanahorias, remolachas, pepinos, papas, maíz dulce; y leguminosas de toda clase, como arvejas, lentejas, porotos, etc. En almácigo pueden sembrarse: acelga, achicoria, apio, cebolla, berenjena, repollos, escarolas, lechugas, pimientos, rabanitos y tomates.

Flores: se pueden sembrar un sinnúmero, como ser: acanthus, adonis, antirrinum, aster, bella de noche, brincos, clavelinas, copetes, cresta de gallo, dianthus, hipomeas, iris, lovelia, petunia, phlox, pilogonum, resedá, silene, tagetes, zinia, etc.

Para hacer un almácigo se elige un sitio más próximo a la casa de habitación y del pozo, o sobre el costado de una pared que tenga una buena exposición, de fácil vigilancia y de terreno suelto, bien preparado y abonado; su trituración ha de ser completa, para recibir la diminuta semilla; sus dimensiones pueden ser de 80 centímetros a 1 metro de anchura, por 2 ó 3 de longitud, para cada almácigo, con sus bordes relevados.

La siembra en este caso se efectúa al voleo, tratando de distribuir la semilla de la manera más uniforme, tapándola luego con rastrillo con el que se remueve suavemente el suelo; si las semillas son finas y livianas, es conveniente comprimir moderadamente la superficie con el dorso de la pala, a fin de que las partículas terrosas se adhieran a las semillas; después de lo cual es también necesario recubrir todo con una ligera capa de pasto u hojas secas o detritus vegetales, para mantener fresco el suelo e impedir que, con los riegos frecuentes y abundantes, forme costra dura que dificulta a las tiernas plantas salir y crecer.

Y, en fin, es indispensable, donde hay gorriones, cubrir los almácigos con ramas secas o una reja de alambre tejido o arpillera, o algo que defienda las plantitas del pico voraz de aquellos pájaros, que comen cuanta planta tierna asoma a la superficie.

INSECTOS NOCIVOS: LA ISOCA DEL MANZANO

Esta isoca o gusano, que ataca el fruto del manzano y del peral, deriva del huevo que, en la primavera y durante la noche, deposita una pequeña mariposa (*Carpocapsa pomonella*).

A los ocho o diez días de depositado el huevo nace un gusano pequeño que penetra en el centro del fruto en formación, donde se queda, formando pequeñas galerías y alimentándose de la pulpa y de las pepitas, siguiendo su desarrollo a medida que el fruto va creciendo en tamaño.


Manzana atacada por la isoca.

Después de un mes, más o menos, el gusano, habiendo adquirido su completo desarrollo, abre en el fruto una galería hacia el exterior, por donde sale y se ubica en las rugosidades o debajo de la corteza del tronco o de las ramas, teje su capullo y se transforma en crisálida, de la que nace a los veinte días una mariposa. Las isocas de esta segunda generación atacan las frutas ya grandes y sus crisálidas pasan el invierno en el tronco de los árboles, en las grietas, en las frutas o en el suelo, hasta que llegada la primavera nacen las mariposas que inician su nuevo ciclo.

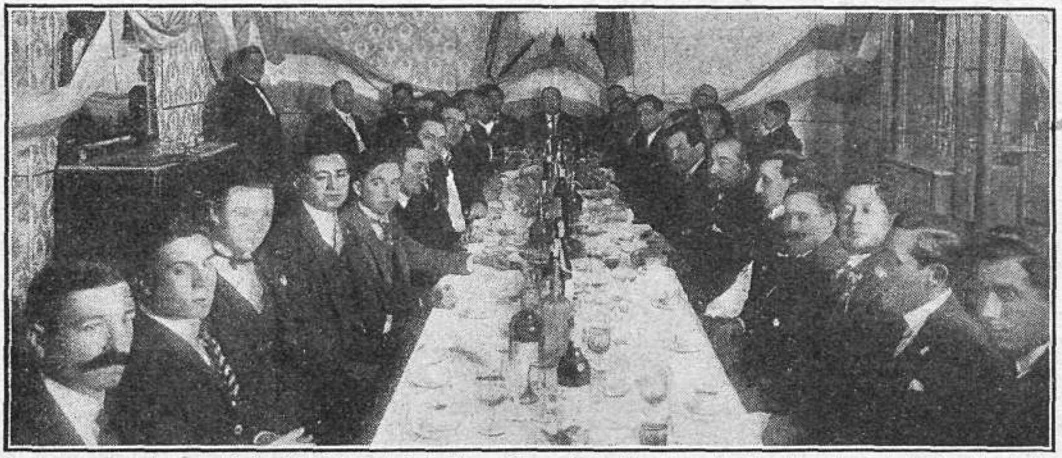
Las frutas picadas generalmente caen antes de llegar a su madurez completa.

Para combatir estas isocas se pulverizan las flores del manzano o peral, en seguida que han cuajado y caídos sus pétalos, con una solución de arseniato de plomo, 500 gramos; cal recién apagada, 1 kilogramo, y agua, 100 litros, disolviendo primero en 50 litros el arseniato y mezclando luego la lechada de cal de los 50 litros restantes; para aplicar esta solución hay que emplear pulverizadores con agitador, y será conveniente repetirla a los quince o veinte días.

Para completar la obra conviene, durante el mes de octubre, atar trozos de arpillera al pie de los árboles para destruir después las orugas o capullos que allí se escondan; durante el invierno remover la tierra alrededor de los árboles, cepillar fuertemente los troncos y ramas y aplicarles caldo bordalés al 4 % de sulfato de cobre y cal; y en fin, destruir toda fruta picada y desinfectar con agua hirviendo o lechada de cal los depósitos, canastos, cajones, etc. donde pueda haber gusanos, capullos o huevos de esta plaga.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.

De San Juan



Banquete con que las autoridades del Club Federal de Tiro y Gimnasia de ésta, obsequió a los delegados de la institución similar de Mendoza, que tomaron parte en el campeonato interprovincial realizado en el polígono del Marquesado.

DE "GASPAR DE LA NOCHE".

EL MARQUÉS DE AROCA

Llegados los días de la canícula, en los bosques, cuando los chillones grajos se disputan la fronda y la sombra, ¿quién no gusta de un lecho de musgo y de las hojas de la encina vistas por el revés?

***

Los dos ladrones bostezaron preguntando la hora al gitano, que los zarandeaba con el pie como a unos cerdos.

— ¡Arriba... — respondió éste; — arriba! Es hora de levantar el campo. El marqués de Aroca nos sigue la pista con seis alguaciles.

— ¿Quién? ¿El marqués de Aroca, al que robé el reloj en la procesión de los reverendos padres dominicos de Santillana? — dijo uno.

— ¿El marqués de Aroca, cuya mula cabalgué en la feria de Salamanca? — dijo el otro.

— ¡El mismo! — replicó el gitano. — Apresurémonos a ganar el convento de los trapenses para escondernos en él nueve días bajo el hábito.

— ¡Alto! ¡Un momento! ¡Primeramente devolvedme mi reloj y mi mula!

Era el marqués de Aroca, a la cabeza de sus seis alguaciles; el marqués apartaba con una mano el follaje blanco de los avellanos y con la otra santiguaba en la frente a los bandoleros con la punta de su espada.

Luis Bertrand.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

(Del libro "Telefonía sin hilos al alcance del aficionado" por Jorge A. Duclout)

Reproducción exclusiva para CARAS Y CARETAS

(*Continuación*)

Es indispensable proveerse de un cuadrante graduado o si no reemplazar la manija aislante por un dial de ebonita (disco graduado que gira junto con la manija, frente a un trazo hecho sobre la parte fija del aparato); esto facilitará encontrar las estaciones de telefonía cuya sintonización es muy exacta.

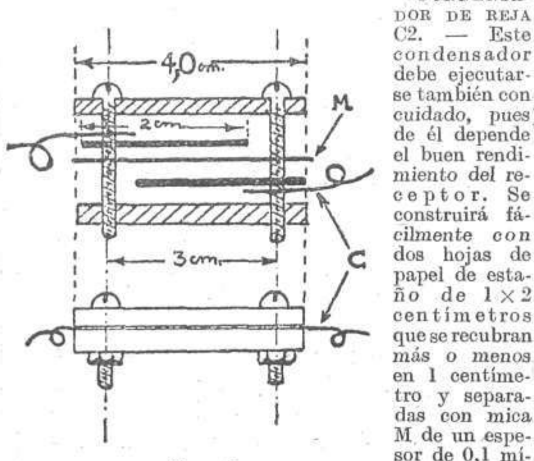


Figura 8.

CONDENSADOR DE REJA C2. — Este condensador debe ejecutarse también con cuidado, pues de él depende el buen rendimiento del receptor. Se construirá fácilmente con dos hojas de papel de estaño de 1×2 centímetros que se recubran más o menos en 1 centímetro y separadas con mica M de un espesor de 0,1 milímetro.

Se aprieta todo entre dos pedazos de ebonita bien planos, teniendo precaución de sacar un contacto de cada hoja de estaño, con un alambre delgado de cobre (C) que se dispone, antes de apretar la ebonita, sobre las partes no utilizadas de cada armadura.

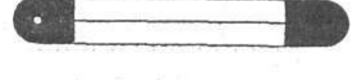
En paralelo con este condensador debe ponerse una resistencia de 2.000.000 de ohms, N, fácil de construir, uniendo con un trazo de lápiz (T) dos bornes, fijos sobre un trozo de ebonita (E) y espaciados de 2 cm. Se obtiene buen resultado con una raya de 1 mm. de ancho, trazada con un lápiz Eversharp. Figura 9.

Para hacer un buen contacto se dispone debajo de cada borne una pequeña arandela de papel de estaño (R), que por ser más blanda se aplica mejor sobre el trazo de lápiz.

CONDENSADOR DE TELÉFONO C3. — Este condensador se efectuará como el de reja C2, pero empleando papel de estaño de 4×5 cm. separado por mica de 0,1 milímetro de espesor; las hojas de estaño se recubrirán una a otra en un ancho de 4 cm., quedando 1 cm. para el contacto con el alambre de cobre.

NOTA: Deberá cuidarse que las hojas de estaño queden perfectamente aisladas una de otra.

INDUCTANCIA S2 Y BOBINA DE REACCIÓN O TIKLER



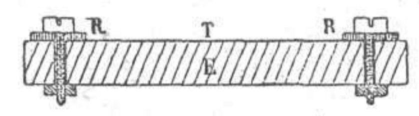


Figura 9.

S1. — La inductancia S2 se hará bobinando sobre un tubo de cartón de 10 cm. de diámetro y 12 de largo, alambre de cobre de 0,5 mm. de diámetro, aislado con dos capas de algodón.

Comprende 80 espiras puestas una al lado de otra, pero sin dejar espacio entre ellas, excepto en K donde se interrumpe el bobinado a las 20 espiras, dejando un espacio de 2 cm. para poder colocar los bujes que veremos luego.

Se sigue bobinando hasta la espira número 40, de la cual parte una derivación t1, que se obtiene uniendo al alambre otro conductor, por medio de una pequeña soldadura; lo mismo se hace al llegar a la espira número 60, cuya derivación es t2; t3 es el final del bobinado. Estas 3 derivaciones van conectadas a 3 topes sobre los cuales puede apoyarse una manija selectora, para hacer contacto. (M).

Una vez terminado el bobinado se le da una mano de barniz a la goma laca, para impermeabilizarlo y evitar que varíe con la humedad.

La bobina de reacción S1 se hará sobre un tubo de 8 cm. de diámetro y 4 de ancho, bobinando 40 espiras del mismo hilo empleado anteriormente para S2.

Este bobinado se efectúa en dos secciones, dejando entre ambas un espacio para fijar el eje, que permite hacerla girar en el interior de la S2, y variar gradualmente la inducción. Las dos extremidades se dejan bastante largas para que lleguen al exterior de S2, sin molestar el movimiento de rotación de S1.

En el espacio K, se practican dos agujeros que permitan el paso de un eje, que se maneja desde el exterior, y sobre el cual se fija la bobina S1 por medio de dos tuercas. Puede proveérsele de dos bujes, como muestra la figura correspondiente, para que el movimiento sea más perfecto.

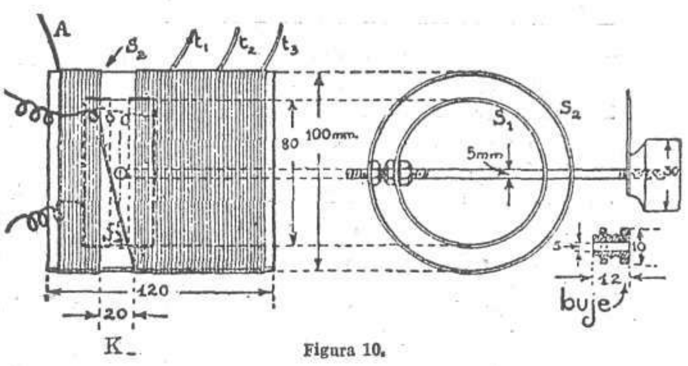


Figura 10.

ACCESORIOS DEL RECEPTOR

LÁMPARA Y PORTALÁMPARA. — Para que las partes descriptas en el capítulo anterior den un rendimiento máximo, deberá emplearse una válvula o lámpara, del tipo militar francés, pues de lo contrario serían necesarios algunos cambios en los bobinados y en los condensadores.

El culote de la lámpara francesa tiene la disposición que muestra la figura 11, en que R y P son los terminales de la reja y de la placa respectivamente, siendo los del filamento F F. Se puede construir un soporte con 4 enchufes adecuados, fijados sobre ebonita, *dándole la misma disposición que los terminales del culote;* en caso de no poderse adquirir ebonita se empleará madera delgada (4 mm.) *hervida durante media hora en parafina;* esta operación conviene efectuarla toda vez que se quiera una buena aislación, *y no se disponga de otro aislante.*



Figura 11.

El filamento deberá alimentarse con la corriente de una batería D, pasando por una resistencia variable, o reostato, cuyo valor en el máximo debe llegar a 7 ohms, para poder variar la luz según más convenga durante la recepción.

(*Continuará.*)



EL MAVSOLEO DE GALLITO



La Municipalidad sevillana, a la que tenemos el honor de pertenecer, acordó conceder terrenos en el cementerio de San Fernando para la instalación del mausoleo que, eternamente, ha de guardar los restos de *Joselito*.

Luego fué advertida de que el lugar en que había de situarse el monumento estaba comprendido en el reservado para sepultura de los héroes, volviendo de su acuerdo con toda prontitud y asignando otros terrenos al emplazamiento.

Este acto honra a la Municipalidad de Sevilla y nos complacemos en hacerlo público para dar un mentís a cuantos creen que la afición a los toros es aquí lo primero y lo que más llega a apasionar.

Nosotros, aparte lo que dejamos dicho, queremos hacer, sin embargo, un elogio de *Joselito*, tanto como ciudadano como torero, para que se justifique el sentimiento que en Sevilla produjo la desgracia de su muerte y el acontecimiento que motivara el entierro de su cadáver, y queremos también dedicar algunas líneas de encomio a la maravillosa obra del mausoleo, objeto de estas líneas, de cuya fotografía hay expreso impedimento de su ilustre autor para que se publique en España.

Era *Joselito* un muchacho excelente, de sentimientos nobilísimos y de una gran austeridad. El era el mantenedor del orden en su casa, a pesar de ser el menor de la dinastía de los famosos toreros gitanos; daba ejemplo de generosidad y compostura, y de su formalidad la gente se hacía lenguas.

Gallito estaba al margen de la torería rumbosa, amiga del escándalo y de la juerga, comportándose como un perfecto ciudadano, en nada reprochable.

Es natural que, con estas condiciones, no llegó a inspirar simpatías en el pueblo, que se deslumbra con el derroche del vino a caño libre y la liberalidad dadivosa; pero se ganó, en cambio, la estimación de la gente culta y pacífica.

Mas por otra parte, con su toreo, que no ha tenido par por lo elegante, por lo sabio y por lo dominador, llegaba a enloquecer a los públicos, y de ahí, con lo uno y lo otro, su sin igual fama y popularidad entre todas las gentes.

Ello hizo que el día del entierro de su cadáver millares de personas obstruyeran el tránsito por las calles de la ciudad, que todas las clases sociales tomasen parte en el duelo y que la desgracia de la muerte del joven lidiador fuera compartida por Sevilla entera.

Y es este el aspecto que ha querido perpetuar en los mármoles y bronces del mausoleo que va a erigirse, el egregio autor de la obra, Mariano Benlliure.

Ved, pues, cómo la representación del pueblo de Sevilla, hombres y mujeres de todas las edades, y hasta la infancia inocente, carga con el féretro del matador muerto, o lo rodea en actitud de profundo dolor y abatimiento.

Delante va Sevilla, encarnada en una garrida mujer del barrio de la Macarena, llevando entre sus manos a la hermosa y popular Virgen de la Esperanza, de cuya cofradía era *Joselito* el hermano mayor. Después sigue el pueblo, todo el pueblo, con la carga del cuerpo exánime de una juventud tronchada.

Todas las figuras son de mármol gris; el ataúd de bronce, el busto del muerto y el crucifijo de mármol blanco, y el capote, que medio lo cubre, de color rosa. Y toda la obra es una maravilla.

Se han asociado para producirla la inspiración y el sentimiento y la maestría, y con ella contaremos en esta ciudad con una obra de firma tan renombrada como la del eminente Benlliure, gloria del arte de España.

Y así quedará el muerto honrado y Sevilla favorecida.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

Necrología



Señora Rosa P. viuda de Van Oppen. — Rosario.



Señorita María Eulalia Valle. — Avellaneda.



Señora Rosa M. de Masciangelo. — Capital.



Señor Joaquín L. Madariaga. — Capital.



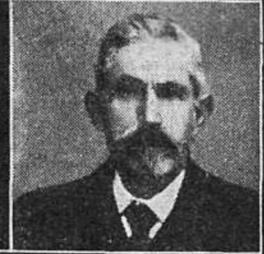
Señor Ramón López Juárez. — Capital.



Señor Humberto P. de Lorenzo. — Capital.



Señor Humberto Lucero. — San Luis.



Señor Lorenzo Gotelli. — Junín.



Señor Casimiro Bordoy. — Rosario.



Doctor Eladio Eguren. — Rosario.



Señor Belisario Olivera, proclamado candidato a gobernador por la Unión Cívica Radical.



Doctor Esteban P. Adaro, candidato a senador nacional por la Unión Cívica Radical.



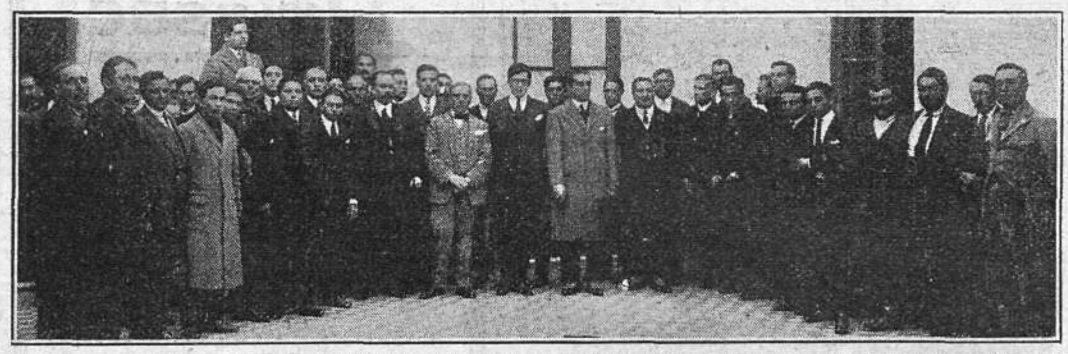
Doctor Alberto Quiroga, candidato a gobernador por el Partido Radical Azul.



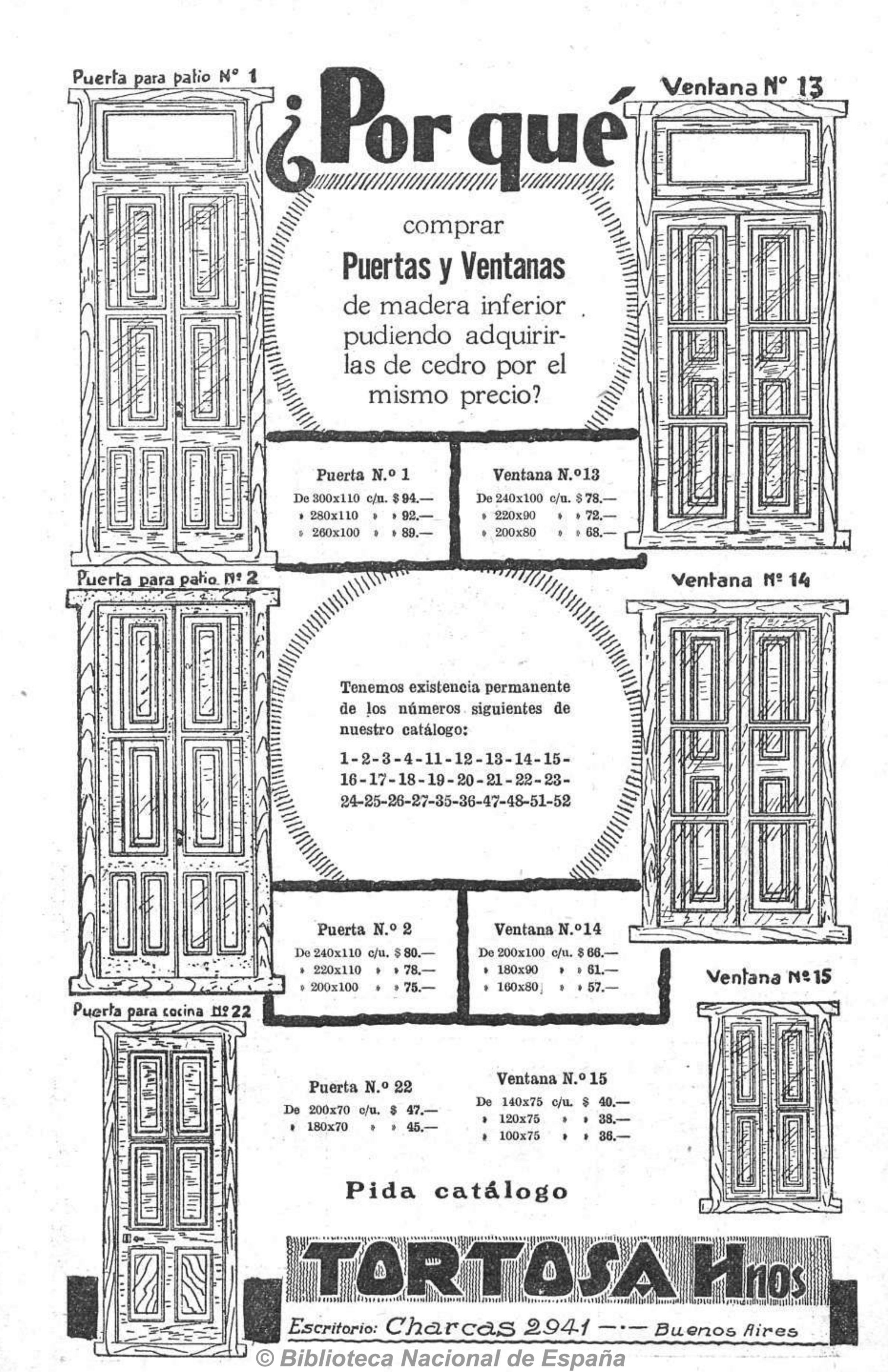
Doctor León Guillet, candidato del Partido Liberal para la gobernación.



Señor Marcos B. Gatica, candidato a gobernador por el Partido Radical Marquista.



El ministro general de la Intervención, señor Niño, el ex intendente, doctor S. Loyola, y demás personas que asistieron al acto de la toma de posesión del cargo por el nuevo intendente, señor Juan Pinto.


Puerta para patio Nº 1
¿Por qué
comprar
Puertas y Ventanas
de madera inferior
pudiendo adquirir-
las de cedro por el
mismo precio?
Ventana Nº 13
Puerta N.º 1
De 300x110 c/u. $ 94.—
» 280x110 » » 92.—
» 260x100 » » 89.—
Ventana N.º13
De 240x100 c/u. $ 78.—
» 220x90 » » 72.—
» 200x80 » » 68.—
Puerta para patio Nº 2
Ventana Nº 14
Tenemos existencia permanente
de los números siguientes de
nuestro catálogo:
1-2-3-4-11-12-13-14-15-
16-17-18-19-20-21-22-23-
24-25-26-27-35-36-47-48-51-52
Puerta N.º 2
De 240x110 c/u. $ 80.—
» 220x110 » » 78.—
» 200x100 » » 75.—
Ventana N.º14
De 200x100 c/u. $ 66.—
» 180x90 » » 61.—
» 160x80 » » 57.—
Puerta para cocina Nº 22
Ventana Nº 15
Puerta N.º 22
De 200x70 c/u. $ 47.—
» 180x70 » » 45.—
Ventana N.º 15
De 140x75 c/u. $ 40.—
» 120x75 » » 38.—
» 100x75 » » 36.—
Pida catálogo
TORTOSA Hnos
Escritorio: Charcas 2941 —·— Buenos Aires

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Comprimido, por «Oilime» (Quilmes, F. C. S.)

RE RE

N.º 2
Intercalación comprimida, por «Oilime» (Quilmes, F. C. S.)

NOM NO U TA BRE

N.º 3
Comprimido, por «Oilime» (Quilmes, F. C. S.)

100 nota 500 en 100 vocal c]ou :

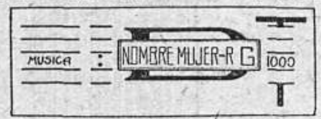
N.º 4
Doble comprimido, por V. P. Volpe (ciudad)



N.º 5
Pensamiento semi-interpretativo, por V. P. Volpe (ciudad)

E BINnBaT FuON
TAA VER BO EL

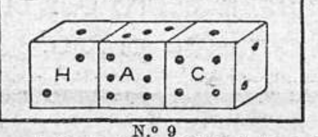
N.º 6
Frase comprimida, por V. P. Volpe (ciudad)



N.º 7
Refrán interpretativo, por V. P. Volpe (ciudad)



N.º 8
Comprimido, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)



N.º 9
Comprimido, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)



N.º 10
Comprimido, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)



N.º 11
Charadístico, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)

1.ª y 3.ª	2.ª y 4.ª
EN LOS NAIPES	FLOR
TODO: DESAMPARADO	

N.º 12
Triángulo numérico, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)

1 2 3 4 5 6 7	Nombre de varón
4 3 7 5 6 7	En el año
6 7 2 2 1	En ajedrez
3 4 6 7	Animal
3 4 5	En los globos
4 5	En los naipes
2	Consonante

N.º 13
Curiosidad, por Ricardo Stefanini (Lanús, F. C. S.)

A E I O U
• • • • •

Cada punto equivale a una consonante que combinadas con las vocales, se forma el nombre de un animal que empieza con M.

RESULTADO DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS CORRESPONDIENTE AL MES DE MAYO DE 1922

Primer premio, por colaboraciones. — Señor *Gonzalo Rodríguez (seudónimo «Onces»)*, Acóncagua 2965 (ciudad).

Segundo premio, por colaboraciones. — Señorita Filomena D. de Lasalle, Rondeau número 2672 (ciudad).

Primer premio, por soluciones. — Señorita Luisa Domínguez, Carlos Pellegrini número 1192 (ciudad).

Segundo premio, por soluciones. — Señor Gustavo R. Pérez, General Pico (F. C. O.).

RESULTADO DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS CORRESPONDIENTE AL MES DE JUNIO DE 1922

Por colaboraciones. — Primer premio, señor Julio Renart, Entre Ríos, 559 (ciudad); segundo premio, señorita María Joseja Hernández (seudónimo «Pepa»), Córdoba, 844 (Tucumán).

Por soluciones. — Primer premio, señor José A. Sampaolesi, Bermejo, 438 (Ensenada); segundo premio, señor José Castro, Tacuarí, 1430 (ciudad).

NOTA. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en la Administración, previo documentos que atestiguen la persona.

OTRA. — La solución del juego N.º 7 (1238) es Enciclopédico, y en el número 1235 el juego N.º 17, en el cuarto renglón, deben leerse las cifras así: 3512.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
SEPTIEMBRE de 1922
CUPON N.º 1249.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco 151.

Concurso de agosto. — Se reciben soluciones hasta **el 10 de septiembre inclusive.**



6 de septiembre de 1869.

Fallecimiento del doctor Valentín Alsina.

Hijo de don Juan de Alsina, pundonoroso y bravo español que murió en la lucha contra los invasores ingleses de 1807, Valentín Alsina vino al mundo el 16 de diciembre de 1802. Trasladada la familia a Córdoba el joven matriculóse en la docta universidad, siendo uno de los discípulos predilectos del deán Funes. El doctorado le fué conferido acá, en la metrópoli, donde se dedicó al ejercicio de la abogacía. El doctor Alsina es una lumbrera del foro argentino. Además ejerció el cargo de director de la Biblioteca Pública.

Perseguido por el tirano Rosas, que lo redujo a prisión, fugóse, emigrado a Montevideo, en donde brilló como periodista eminente. Su campaña contra Rosas es un modelo de energía. A la muerte del doctor Florencio Varela se hizo cargo de la dirección de «El Comercio del Plata», puesto de peligro que desempeñó bravamente.

Después de Caseros volvió a Buenos Aires. Ocupó por dos períodos la gobernación de la provincia. También fué presidente de la Cámara de Justicia y senador en el Congreso Nacional.

Sus dos hazañas filantrópicas y de noble cumplimiento de la abogacía son las defensas del coronel Paulino Rojas y de los Yáñez. El mismo habla de estos honrosos hechos:

«En 1831 trabajé la famosa defensa del coronel Rojas, publicada en principios del siguiente año. Aquel jefe distinguido de la independencia, condenado a destierro en primera instancia, había sido condenado a muerte por la cámara de justicia. Fué en esas circunstancias, casi desesperadas, en súplica, que me encargué de su defensa, la cual tuve que hacer con gran precipitación.

«La notabilidad del acusado; el suceso de que se le acusaba; la circunstancia nunca vista de revocarse una sentencia criminal, no para disminuir la pena, sino al contrario, para aumentarla hasta la pérdida de la vida; la consideración de que, por lo mismo, debía presumirse que los jueces habían meditado mucho el negocio y procedido en virtud de convicciones inalterables, y la casi imposibilidad, por consiguiente, de lograr que ese mismo tribunal variase en ellas y confesase implícitamente que se había pronunciado con injusticia o irreflexión, todo esto excitó el interés del público de un modo extraordinario. El éxito de aquella defensa sobrepasó todos los cálculos y levantó muy alto mi crédito profesional.

«Entretanto, yo hice gratis y con mucho gusto todo ese trabajo. Tengo delante la carta que me dirigió el agradecido Rojas y mi respuesta, publicadas ambas por él. Encargado usted señor (decía aquél entre otras cosas) o más bien, destinado por el cielo para proteger mi inocencia, era menester que abriese usted el templo de la justicia, y que, rodeando mi causa y mis derechos de una inmensa luz, mostrara al tribunal las leyes que me garantían y el laberinto en que se ocultaba la justificación de mis descargos. La constancia de un corazón vigorizado por el espíritu de la verdad, y el poder irresistible de una elocuencia inspirada por el saber y la justicia, derribaron los obstáculos que se oponían a mi salvación; y desenmarañando las incoherencias de un proceso intrincado, me presentaron a unos jueces legales y al inexorable tribunal de la opinión pública, desnudo de las notas que aniquilaban mi reputación y que habían amargado hasta los últimos instantes de mi vida... ¿Y de qué modo podré descargarme de la deuda perpetua de reconocimiento en que me ha constituído el esfuerzo magnánimo y desinteresado de usted? Nada habría que bastase a dejar satisfecho el sentimiento de gratitud de que estoy animado. Pero nada poseo, sino la espada, que empleé por tantos años en la defensa de la libertad e independencia de América, y que tengo que conservar para legarla sin infamia a mi querida hija. Nada me queda, señor, que ofrecer a usted sino ese diploma ¡monumento de honor! con que el gobierno del Perú premió mis servicios, incorporándome a la republicana «Orden del Sol» y asignándome una pensión vitalicia... Si el valor de ese título puede aumentarlo un cándido y sincero voto de un ilimitado agradecimiento, recíbalo usted también, igualmente con el afecto que merece el autor de mi nueva existencia civil.

«Recibí también (le respondía yo entre otras cosas) un diploma que en 1822 le otorgó en premio el gobierno peruano, para el goce de una pensión de quinientos pesos anuales por vida, y que usted se sirve pasarme en compensación de un servicio. Es de mi deber agradecer esta afectuosa consideración de un desgraciado, pero también es el de rehusarla, como lo hago sin la menor violencia. Lo único que me fuera sensible, sería el que usted equivocase los motivos de esta repulsa, señor don Paulino. No cuento, ni he contado en mi vida, con otro patrimonio, capital, renta o ingreso que el escaso producto de mi trabajo personal y diario, y siempre gravitaron sobre mí obligaciones muy sagradas que llenar. Sin embargo de esto, cuando las circunstancias lamentables — que conozco perfectamente — del hombre que me encomendó su vida, exigen que ese trabajo sea gratuito y generoso, no debo consentir recompensas ruinosas para él, que disminuirían quizá la tal cual importancia que aquél se merezca. No lo extrañará usted desde que sabe que he querido que en este asunto, nada, nada, suene a interés de mi parte, desde que sabe que en este concepto me encargué de su defensa; y desde que sabe también que la eminente profesión a que tengo el honor de pertenecer es esencialmente benefactora. Devuelvo, pues, el diploma. Consérvalo usted, señor don Paulino. El es un documento ilustre de su gloria, él le representa un recurso de subsistencia, tanto más necesario a usted que ningún otro posee, cuanto más incierto es hoy su destino futuro. Consérvalo usted amigo mío; tiene usted una hija; esfuércese en sobreponerse a su suerte; el poder invencible del tiempo debilitará gradualmente las dolorosas impresiones de lo pasado; y entretanto, yo viviré satisfecho, si he tenido la fortuna de fijar la gratitud de un hombre de honor, y si hay en la tierra dos seres que en algún modo me sean deudores de su sosiego...

«En el mismo año (1833), trabajé la extensísima y laboriosa «Defensa de los Yáñez» publicada en el siguiente, *logrando poner a plena luz su inocencia*. Esto también fué gratis, y tuve además que hacer varias erogaciones. Los Yáñez, acusados de un crimen odioso y capital, eran dos hombres del campo, padre e hijo, enteramente desvalidos chilenos, y tenían por adversarios a una familia respetable y de muchas relaciones. El hijo vive todavía. Cuando 19 años después, en 1859, regresé a mi país, se me presentó un día un anciano muy desfigurado, y a quien no conocí, y el cual clavando en mí los ojos, corrió en silencio, se me arrodilló y abrazó llorando a mis pies; era el padre.»

CHILECITO.— Grupo de niñas de esta localidad, que con gran entusiasmo se preparan para tomar parte en el próximo concurso de tiro al blanco.



Parte de los asistentes al almuerzo dado por el doctor J. Z. Agüero Vera en la quinta de los Tagliaficos.



BERNASCONI. (Pampa Central). — Parte del personal docente de la 7.ª sección escolar que realizó el escrutinio de autoridades de la Liga de Maestros del Sud. Fueron elegidos: Presidente, el visitador general de escuelas señor Cruz A. González; vicepresidente, el señor Roque Cabral; secretario, el señor Pedro J. Acevedo; tesorero, el señor Felipe S. Garro, y vocales Magdalena Bayo, Lázaro M. González, Nicanora de Mantovani, Angélica A. L. de Escudé y Rosa T. Acevedo.

EL MAR Y LA MONTAÑA

Al borde del mar hay una montaña, recta, lanzada al aire como una flecha. Las olas se acercan a blanquear sus pies. Por la mañana, cuando el primer rayo del sol cae sobre las viejas rocas, éstas tiemblan y una voz se escapa de las piedras grises que se une a la de las olas azules. El mar y la montaña se hablan. El mar dice:

—Hace un millón de años que reflejo el cielo en mis ondas movedizas, y está siempre tan lejos de mí... y tan inmóvil...

Y replica la montaña:

—Hace un millón de años que yo estoy elevada hacia él, y él siempre tan alto...

Un día un rayo de sol cayó tan placentero sobre la frente de la montaña, que ésta quiso interrogarle sobre el cielo lejano del cual venía. El rayo iba a responder, pero la frente de la montaña lo reflejó al instante con dirección al mar, y una ola que centelleaba lo envió de nuevo al cielo... El rayo está aún en camino a través del infinito, hacia la nebulosa Maya, en las Pléyades, que ha permanecido tanto tiempo invisible, o más lejos aún. Y no ha respondido todavía...

JUAN MARÍA GUYAU.

EL DIARIO MÁS ANTIGUO

La «Gaceta» de Pekín es el periódico más antiguo del mundo. Los chinos afirman que lleva más de quinientos años publicándose. Entre los muchos directores que ha tenido en tan largo tiempo figuran diez y siete que murieron decapitados por delitos de imprenta.







EL AVE DE ZEUS

Acabo de leer a Píndaro de Tebas.

"¡Dadme la lira de Homero, pero sin sus cuerdas teñidas de sangre!", decía Anacreonte, el poeta de Teos, después de conocer la epopeya de Ilión, y ¡por Pólux! si Homero es el cantor de los héroes, Píndaro es el cantor de los atletas. Estas armonías inmortales pueden ser gratas al alma estoica de un lacedemonio, pero no conmoverán mi apasionado corazón de ateniense.

Dejemos a otros el afán de conquistar el ramo de olivo allá en las riberas del Alfeo; ellos serán los vencedores en la carrera, el pántalo, el cesto y el pancuacio; sabrán conducir más diestramente un carro de bronce sobre el llano de Olimpia; domarán mejor un brioso caballo de Tracia; pero ninguno de ellos gustará jamás los grandes placeres del espíritu, reservados a los dioses y a los elegidos de los dioses; ninguno de ellos podrá amar con esa pasión que Eros sólo enciende en el alma de los predilectos; ninguno de ellos podrá inmortalizar para siempre el nombre de la mujer amada. ¡Oh! aquellos cuya fuerza consiste sólo en el vigor de los músculos, no probarán el agua de la fuente Castalia consagrada por las musas para templar la intensa sed del genio.

¿Qué me importan tales rumores de combate? No seré yo quien entone himnos en su alabanza, envileciendo la lira de Apolo para cantar festines de cuervos.

Gran sosiego reina en mi espíritu bajo este hermoso cielo del Atica, para que intente turbarla con el recuerdo de escenas sangrientas.

El destino ha querido que las Horas me sean siempre propicias: las veo deslizarse coronadas de flores y sonrientes para mí, bajo la bóveda celeste. El cuerno de Amaltea ha derramado la abundancia en mi mansión alejado del bullicio del mundo, y Palas, la portadora de la negra égida, me ha enriquecido con un caudal de experiencia, sin exigirme el tributo de lágrimas que por él paga el resto de los mortales.

Apartemos, pues, las escenas de fuerza y de violencia, aunque hayan sido cantadas por la lira gloriosa; Píndaro de Tebas tiene una estatua en el templo de Zeus, y, en verdad, bien está allí Píndaro de Tebas: el señor de los dioses gusta tener a su lado al águila sagrada.

Entretanto, hablemos de asuntos más gratos al corazón de los hombres.

Que ningún bárbaro se escandalice al escucharme; soy un hijo del Atica que canta para sus hermanos los demás hijos de la Hélada.

II

¡Diosa de los bellos ojos azules, Palas Atenea, presta inspiración a mis palabras para cantar a Corinto!

¡Oh! Alalá, tú que al pasar imprimes una huella sangrienta, no turbes con los golpes de tu lanza la dicha de sus moradores; allí los acentos viriles de la danza pírrica se han trocado en cadencias de voluptuosidad inefable, y en vez de rudos cantos guerreros sólo encontrarás tiernos arrullos de amor.

Es la segunda hora de la noche, y sus habitantes acostumbran a divertirse ruidosamente. Es ya la hora de los festines.

Terpsias, el más hermoso y elegante entre los jóvenes de la gran ciudad, daba un convite soberbio. Los invitados eran cincuenta para cincuenta hetairas elegidas entre las más jóvenes, entre las más bellas y entre las menos cortesanas.

El plectro de marfil hacía vibrar las sonoras cuerdas de la cítara; sonaban las flautas, y las carcajadas de los comensales atronaban el recinto; una ligera nube de perfumes suavizaba las luces de las lámparas; y las ánforas de Knido, de contornos esbeltos, yacían repletas de vino de Lesbos, de Maronea y de Fiionte. Anchas cráteras abiertas y rebosantes de licor eran continuamente vaciadas por los convidados y vueltas a llenar por esclavas de formas atléticas y piel bronceada. Guirnaldas de frescas rosas orlaban aquellas cabezas juveniles y sus cuellos estaban rodeados por collares hechos con pétalos de las flores más fragantes, fijados sobre cortezas de tilo.

El dios del tirso adornado con pámpanos y hiedra, Dionysos, el risueño hijo de Semelé, se hubiera estremecido de gozo al presenciar aquella fiesta, y el viejo Sileno no hubiera vacilado en lanzar el grito de las fiestas orgíacas: ¡Evohé! ¡Evohé!

Esos jóvenes reían como enloquecidos y bebían como semidioses.

III

Terpsias, presidiendo el banquete, estaba soberbio de belleza viril. Cuatro guirnaldas adornaban su cabeza y su busto digno de ser modelado en bronce por Skopas.

Recostado con indolencia sobre tapices de Cartago, acariciaba blandamente la graciosa cabeza de su compañera.

Era ésta una niña de esa que los mercaderes del archipiélago envían para satisfacer la sensualidad de los hombres opulentos; se llamaba Filyra. En ella los ligeros contornos de Artemis ocultaban, como una promesa de los dioses, los magníficos encantos de Kypris. Su cuerpo tenía el color, el perfume y la frescura de las hojas de rosa que coronaban sus sienes; sus mejillas ostentaban los suaves matices de las manzanas de Eubea, y sus cabellos embebidos en esencias y entrelazados con flores eran negros como sus grandes ojos chispeantes. La expresión de su fisonomía era un conjunto de pureza y de pasión a la vez, y en su mirada no brillaba ese destello lúbrico que anima la de las cortesanas.

Hasta esa noche había sido virgen de cuerpo como de espíritu.

Vestía una ligera túnica de ese color de aurora que despierta los deseos; una túnica hecha del tejido tan leve en que sólo son diestras las mujeres de Laconia. Sus brazos y la extremidad de sus piernas estaban desnudos y adornados con anillos y espirales de oro bruñido; sus pies descubiertos sobre la flexible sandalia.

Terpsias la estrechaba, oprimiéndola sobre su pecho, agitado por angustias que nunca había sentido al lado de ninguna otra mujer; Filyra se había quedado pensativa confundiendo su mirada en la mirada de su compañero. Los demás continuaban bebiendo bulliciosamente, pero éstos habían cesado ya de beber y de reir.

Al lado de Terpsias había una gran copa de oro cincelada, de que sólo él hacía uso. Era un noble presente con que, según la tradición, fué obsequiado uno de sus antepasados por Hefostos, el que forjó el escudo de Aquiles en las fraguas infernales.

Cuando hubo llegado el momento de arrojar en el vino los pétalos de las flores, Terpsias y Filyra, confundiendo las hojas de sus guirnaldas en el licor de la copa, juntaron sus labios hasta tocarse dulcemente apurando al mismo tiempo y en el mismo vaso la onda embriagadora que mezclaba las hojas de las rosas.

—¡Qué bueno es beber así! — dijo Terpsias.

—¡Y qué bello debe ser morir bebiendo de esa manera! — agregó Filyra.

— Aparta esos pensamientos, — replicó él — queden los dolores para otros mortales menos felices; es tentar a los dioses el hablar de ese modo en estos momentos dichosos. ¿Acaso sufres a mi lado?

— Terpsias, — contestó ella — he aquí el pensamiento que me entristece: estas bebidas y estos manjares no son menos agradables ni menos excelentes porque los hayas pagado; pero, con el amor no sucede lo mismo, y tú has comprado mi cariño de esta noche así como compras esas bebidas y esos manjares. Los higos de Rodas ocasionan siempre sueños deliciosos aunque sean adquiridos por dinero, pero con el cariño no sucede lo que con los higos de Rodas. Si quieres amor, dame amor en cambio...

Ambos callaron, y los besos de invisibles alas vo-

laron y comprendieron la esencia de sus dos espíritus.

Eros los había herido a traición con la misma flecha de oro.

IV

Desde entonces Filyra fué la compañera de Terpsias, y el amor, al verificar la fusión de sus almas, las había purificado y ennoblecido. El se creyó indigno de la pasión que inspiraba; sentía dentro de sí ambiciones inmensas, deseos insaciables; Eros le infundió fuerzas sobrehumanas, enardeciéndole con el fuego de su antorcha misteriosa, y Terpsias quiso asemejarse a los dioses inmortales para merecer la felicidad que había conseguido.

Reunía a la belleza la juventud y la gracia; pero deseó aumentar el caudal de la vida, deseó concentrar la vida, y empezando a acumular riquezas, sextercio por sextercio, consiguió formar una verdadera colina de oro. Con ella se había conquistado mayor suma de libertad, de bienestar y de placeres: ensanchaba los límites de su existencia, y de ese modo se asemejaba a las que habitan la cumbre del Olimpo.

Una vez poseedor de inmensos caudales se consagró al estudio para adquirir la ciencia, reservada a los que han aprendido el lenguaje de la Naturaleza, comprensible sólo para los iniciados en sus grandes secretos. Su paciencia y constancia salvaron los obstáculos en la ardua prueba a que se había sometido, y al cabo de algún tiempo le pareció que una luz intensa, suave y tranquila, acababa de surgir en su alma; poseía ya eso que los mortales llamamos sabiduría: el conocimiento de las leyes establecidas por los dioses y el de los poetas convenidos por los hombres.

Pero el amor y la juventud, la gracia y la belleza, la fortuna y la ciencia, no pudieron colmar sus deseos insaciables; ambicionó el poder para jugar con la suerte de los hombres y ser así semejante al destino inflexible. La constancia y la paciencia habían contribuído a darle la sabiduría; la astucia y la audacia le hicieron conquistar el poder; y Terpsias, al entregar el mando, cuando hubo terminado el período de su gobierno, bajó rodeado de las bendiciones de sus conciudadanos, en medio de la fortuna próspera que había sabido propiciarse de los inmortales para el pueblo.

Pero tales bienes, en vez de saciar sus ambiciones, despertaron en su alma la sed de una gloria más pura, más brillante y más duradera.

V

Una noche, mientras dormía con la cabeza reclinada en el seno de su compañera, bendecido por las Gracias, soñó que estaba en su mano la lira de Apolo, y que de su frente coronada de mirtos y laureles irradiaban resplandores sagrados. El cantaba pulsando la lira sonora, y la multitud escuchaba y aplaudía sus cantos armoniosos. Su nombre, grabado en letras de oro, era venerado en todos los templos de la Hélada, y repetido con admiración por todos los hombres. Era un poeta cuya fama podía compararse a la de Homero, el cantor de los heroicos tiempos pasados.

Al despertar refirió a Filyra este agradable ensueño.

— Tu nombre y el mío, la dijo, serán repetidos en las edades venideras, y conservados con amor en la memoria de los hombres. Así es como viven los dioses inmortales.

— Amado mío, preguntó ella, ¿no basta mi amor para saciar tus deseos?

— ¡Oh! Filyra, basta el imperio del mar al carro de Poseidón, pero es necesario el poder de un dios para abarcarlo completo y eternizarlo en la durabilidad de su nombre. Yo quiero que nuestro amor no muera cuando Atropos nos llame al reino de las sombras.

VI

Así como adquirió la riqueza, la sabiduría y el poder, Terpsias deseó que las musas de negros cabellos le fuesen propicias. Se hizo enseñar los secretos del arte divino por los doctos en la poesía y en la elocuencia; y con ardor incansable estudió los modelos que le presentaban los grandes maestros. Sin embargo, desgraciados fueron sus ensayos: sus cantos quedaron envueltos en el silencio y en el olvido; no hubo para ellos ni alabanzas ni sátiras; no despertaron ni un eco. Pero el desaliento no anidaba en el alma de Terpsias, y siguió siempre perseverante en el estudio, sin conseguir jamás persuadir, convencer ni conmover a los hombres.

Un día, un sabio dijo a Filyra:

— Mientras Terpsias posea tu amor y sus riquezas; mientras sea dichoso, las musas le negarán su protección: la poesía es flor que sólo se abre al rocío de las lágrimas.

Filyra meditó largamente las palabras del sabio, y cuando se hubo convencido de que su inmenso amor suscitaba la envidia de las Musas tomó una resolución suprema, de esas que únicamente están reservadas pora los corazones amantes.

En ausencia de Terpsias hizo llenar de flores un departamento, donde tantos goces le habían sonreído.

Un artista, combinando la fragancia y el color de esas flores, tapizó con ellas las paredes y cubrió el suelo formando muelle alfombra.

Filyra, adornada solamente con la casta desnudez de una divinidad, se encerró en ese departamento, y, flor viviente, fué a unirse sobre la alfombra con sus hermanas de los campos.

VII

Cuando Terpsias regresó, y fué a beber en los labios de su compañera la palabra de amor que alentaba su vida, la encontró allí, en el lecho de flores, desnuda como éstas y fría como una gota de rocío. A esas horas su espíritu quizá bogaba en la barca de Aqueronte sobre la onda obscura del Leteo.

Terpsias quedó sin conocimiento al lado del cuerpo de su amada.

Al volver en sí, le pareció que un profundo silencio y una soledad inmensa se habían producido dentro de él; por vez primera se sintió quebrantado ante el infortunio, y en su intensa desolación maldijo a los dioses inmortales.

VII

Filyra, al prepararse a la muerte, había dejado en una placa de marfil esta inscripción que era a la vez su único adiós:

A TERPSIAS: CANTA, AHORA QUE SUFRES

Y cuando el dolor hubo menguado en violencia, quedando más tranquilo, pero más intenso, Terpsias, arrancando fúnebres notas a la lira, cantó el tremendo martirio de su corazón; pero, como antes, la música de sus cantos se extinguió sin repercutir en ningún otro corazón desesperado: la expresión no alcanzaba al sentimiento; el poeta no podía nacer en el hombre.

Entonces, poseído de la más intensa amargura, se trasladó a Delfos, a escuchar la voz inspirada de la pitonisa en el trípode sagrado.

La pitonisa le dijo:

— El águila es el ave de Zeus. El águila nace águila. Sólo ella puede, sin temblar, lanzarse en medio de las nubes tempestuosas surcadas por el rayo; sólo ella puede contemplar el mundo desde el trono de la divinidad. Es en vano que la ciencia de los mortales pretenda revestir a cualquier otra ave con el plumaje del ave de Zeus. El águila nace águila.

CARLOS MONSALVE



DIBUJO DE SIRIO.

El gobernador interino, mayor Guillermo Pino, y el alférez de navío F. L. Anadin, jefe de las fuerzas de desembarco.

Conscriptos de la fuerza de desembarco en la captura de suculentas centollas.

Vista general de Ushuaia desde Punta Observatorio.

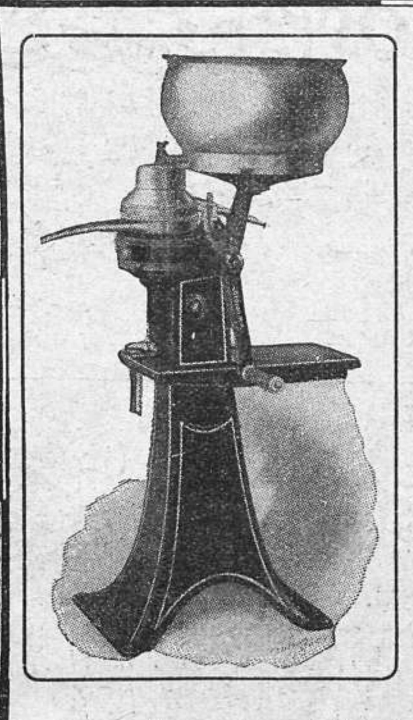
LA TOS

MANERA DE QUITARLA

Según los médicos alemanes:

Basta acudir a una sencilla como eficaz medicación, tomar una infusión de tomillo erytroso caliente 4 ó más veces al día para que desaparezca rápidamente la tos, cualquiera sea su origen o causa. El tomillo erytroso es una variedad de la conocida planta *tomillo*, pero que no debe confundirse con ésta. Como algunos herbolarios aprovechando la fama del tomillo erytroso expenden el tomillo vulgar, y dadas las dificultades que existen para conseguir en Europa tomillo erytroso, la industria farmacéutica alemana ha puesto en venta bajo el nombre de Tomillo Erytroso compuesto un extracto sacado del mismo, que los niños y adultos toman con gran placer solo o mezclado a una tisana de tilo y que se recomienda como excelente para el tratamiento de todas las afecciones bronco-pulmonares.

Sabemos que algunas importantes farmacias de plaza tienen existencia de este preparado.





CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador..................Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Comentarios

Juntos diversos señores,
varios de ellos radicales,
hablan del nuevo ministro,
sucesor del otro, el vate
que, empeñado fieramente
en ser hombre de carácter,
nos ha dejado una punta
de recuerdos imborrables.
— Creo que sabe de todo,
el ministro debutante.
— ¿Usted le conoce?
— No.
— ¿Pues, entonces, cómo sabe
que sabe de todo?
— Eso
lo aseguran sus adláteres.
— Y yo sostengo, también,
que conoce el chino, el árabe,
la doctrina pitagórica,
y en las ciencias y en las artes
es, señores, mucho más
erudito que un arcángel.
— ¿Y cómo se llama?
— Esperen,
que ahora no puedo acordarme.

— Su apellido es muy difícil.
— Yo no lo recuerdo:
— ¡Diantre!
¡Yo lo olvidé por completo!
— Es algo como Bernárdez.
— No es Bernárdez.
— ¿Será, entonces,
Ortiz, Pérez, López, Sánchez?
— Es algo por el estilo.
— ¿Quizás se llama Aristófanes?

— ¡Es raro! Nadie recuerda
su apellido.
— ¿Será Páez?
— No.
— ¿Muñiz?
— Menos.
— ¿Meléndez?
— ¿Domínguez?
— ¿Núñez?
— ¿Fernández?
— ¡Pero, amigos, no se trata
de apellidos tan vulgares!

— A mí me suena Galíndez.
— ¿Le suena? ¡Qué ha de sonarle!
Más cerca se halla Bermúdez.
— Más Alcañiz.
— Más González.
— Más Alcaraz, Paz y Orgaz.
— Más Gutiérrez.
— Más Velázquez.

— Nada; no damos con ello.
— Es para desesperarse.

— ¿No será Diéguez?
— Presumo
que debe de ser Montálvez.
— O Benítez.
— O Jiménez.
— O Cruz.
— O Vértiz.
— O Ibáñez.

— ¿Será Méndez?
— ¿Será Lómez?
— ¿Será Ordóñez?
— ¿Será Máiquez?

— No es ni Sáinz, ni Sáenz, ni Sanz.
— No es Martínez.
— No es Narváez.
— Ni Ferraz.
— Ni Ruiz.
— Ni Vélez.
— Ni Madoz.
— Ni Rodrigáñez.
— Ni Alvarez.
— Ni... ¡Qué difícil!
No lo va a recordar nadie.

— ¿Peláez?
— ¿Iñiguez?
— ¿Albéniz?

— ¿Míguez?
— ¿Blásquez?
— ¿Gámez?
— ¿Suárez!
— ¿Jerez?
— ¿Gómez?
— ¿Hoz?
— ¿Eguílaz?
— ¿Tréllez?
— ¿Juárez?
— ¿Yáñez?
— ¿Gálvez?

— ¿Beiroz?
— ¿Toréllez?
— ¿Salínez?
— ¿Hipólitez?
— ¡Basta! Callen.
Vamos a acabar diciendo
un sin fin de disparates.

— Viene un ordenanza y puede
que el ordenanza nos saque
de dudas. ¿Cómo se llama
ese ministro tan grave,
recién nombrado?
— Rodríguez.
— ¡Ah!
— ¡Rodríguez, Dios te salve
y haga que Alvear no confunda
tu apellido nada fácil!

DIBUJO DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, cuentos, novelas y notas: Historia del Tigre, de los animales domésticos, del León comisario y del Zorro agente de policía, fábulas de **Juan Carlos Dávalos.** Un drama en el frío, por **Ernesto Mario Barreda.** Filosofía del hombre que silba, por **Enrique Méndez Calzada.** Un concejal analfabeto, por **Enrique M. Ruas.** ¡Pobreza, divina pobreza!, por **Alberto Hidalgo.** El toque de rebato, por **Leonidas Andreiev.** El aviso, por **Carlos Baudelaire.** Demir-Kaia, por **Alejandro Kuprin.** El nido de gorriones, por **Joaquín Dicenta.** El delfín se muere, por **Alfonso Daudet.** El campanero, por **Rafael Fragueiro.** La gramática del ladrido, por **Miguel de Unamuno.** El sordomudo, por **H. de Vere Starpoole.** Los animales que se disfrazan, por **Jacques Boyer.** En las proximidades del Illimani, por **J. Céspedes R.**